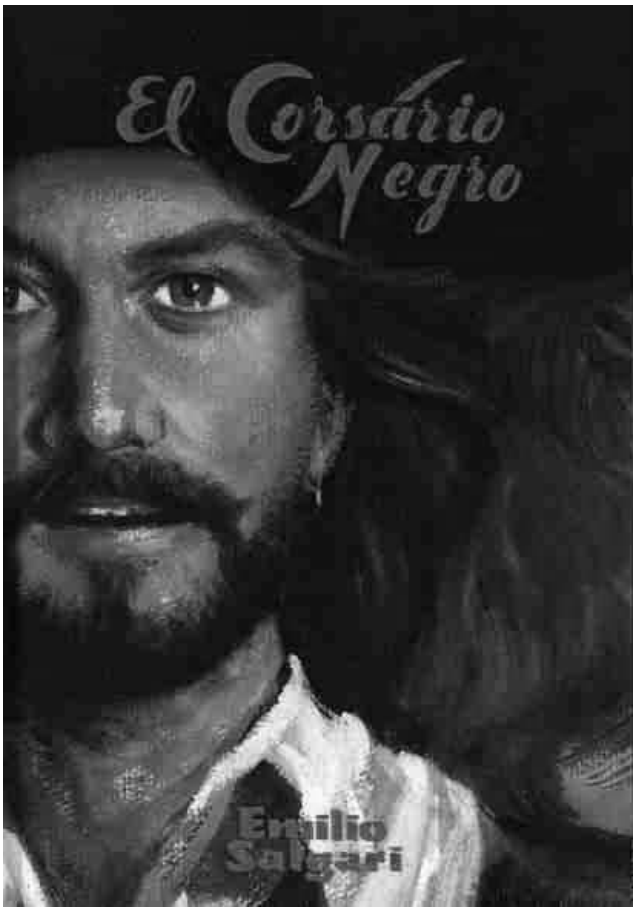
El Corsario Negro

Emilio Salgari



INTRODUCCIÓN

En 1625, Francia e Inglaterra intentaban, con incesantes guerras, dominar el formidable poderío español.

Fue en ese entonces cuando dos barcos, uno inglés y otro francés, tripulados por intrépidos corsarios, enviados al mar de las Antillas para perjudicar el floreciente comercio de las colonias españolas, anclaron casi al mismo tiempo en la isla de San Cristóbal, habitada solamente por algunas tribus caribes.

Los franceses venían capitaneados por un caballero normando llamado D'Enanbue, y los ingleses por el caballero Tomás Warner.

La isla era fértil y dóciles los habitantes. Los corsarios se establecieron en ella sin inconvenientes, dividiéndose fraternalmente ese trozo de tierra y fundando dos pequeñas colonias. Hacía cinco años que esos pocos hombres vivían pacíficamente cultivando la tierra, por haber renunciado a sus incursiones marítimas, cuando un día aciago apareció de improviso una escuadra española; muchos colonos fueron muertos y las casas destruidas, por considerar España que todas las islas del golfo de México le pertenecían.

Algunos colonos, escapados a la furia de los españoles, lograron refugiarse en un islote llamado La Tortuga, a causa de su aspecto: visto desde cierta distancia, el islote tenía la forma de ese animal. Estaba situado al norte de Santo Domingo, casi enfrente de la península de Samana, y contaba con un cómodo puerto, fácil de defender.

Esos pocos corsarios fueron los fundadores de una formidable raza de filibusteros que, poco después, habría de sorprender al mundo entero con sus extraordinarias e increíbles empresas.

Mientras algunos se dedicaban al cultivo del tabaco, que se daba de calidad excelente en esas tierras vírgenes, otros, deseosos de vengarse de la destrucción de las dos pequeñas colonias, volvieron a incursionar por el mar sobre simples canoas, tratando de ocasionar perjuicios a los españoles.

La Tortuga se convirtió muy pronto en un centro importante, pues a ella acudieron muchos aventureros franceses e ingleses de la vecina Santo Domingo y de Europa, enviados especialmente a América por armadores normandos.

Esa gente, compuesta en su mayoría por inadaptados, soldados y marineros ávidos de botín, atraídos por la fiebre de la fortuna, por poner sus manos en las fabulosas minas de las cuales España extraía ríos de oro, al no encontrar en ese islote nada de lo que esperaban, se ponían a incursionar audazmente por el mar, tanto más cuanto que sus respectivas patrias estaban en continua lucha contra el coloso ibérico.

Los colonos españoles de Santo Domingo, ante los terribles perjuicios que sufría su floreciente comercio, pensaron en desembarazarse de esos ladrones y eligieron el momento en que La Tortuga quedó casi desguarnecida para enviar fuerzas importantes y atacarla. Les fue fácil apoderarse del islote y todos los filibusteros que tuvieron la desgracia de caer en manos de los españoles fueron fusilados o ahorcados.

Los filibusteros que estaban en el mar, al conocer la infausta noticia, juraron vengarse, y a las órdenes de Willes, después de un combate desesperado, reconquistaron la isla, matando a las autoridades.

Desgraciadamente, entre los colonos empezaron a producirse ásperos desacuerdos difíciles de salvar, pues los franceses eran mucho más numerosos que los ingleses. Los españoles aprovecharon esa situación para caer por segunda vez sobre la isla, y los habitantes se vieron obligados a refugiarse en los bosques de Santo Domingo.

Así como los primeros colonos de San Cristóbal fueron los fundadores de la filibustería, así los refugiados de La Tortuga fueron los que crearon la bucanería. Los caribes llamaban "bucán" a la piel seca y ahumada de los animales muertos; de allí nació el nombre de bucaneros.

Esos hombres, que serían más tarde los aliados más valientes de los filibusteros, vivían como los indígenas, en míseras cabañas improvisadas con ramas. Llevaban por traje una camisa de tela basta, un par de gruesos pantalones y una ancha faja que sostenía una espada corta y dos cuchillos; calzaban zapatos de cuero de chancho y generalmente se cubrían con un sombrero.

Sólo tenían una ambición: poseer un buen fusil y una numerosa jauría de perros fuertes.

Unidos de a dos, para poder ayudarse, ya que no tenían familia, salían al alba para cazar, afrontando temerariamente a los toros salvajes, numerosos en las selvas de Santo Domingo, y volvían al atardecer, cargados cada uno con una piel y un pedazo de carne para su comida. Durante el día se contentaban con chupar la médula de algún hueso grande.

Se unieron y formaron una confederación que fastidió a los españoles, los cuales empezaron a perseguirlos como si fueran bestias feroces. Al no lograr destruirlos, realizaron enérgicas batidas para exterminar a los bueyes salvajes, quitando a los pobres cazadores su medio de vida.

Fue entonces cuando los bucaneros y los filibusteros se unieron bajo el nombre de Hermanos de la Costa y volvieron a La Tortuga con una sola mística: vengarse de los españoles.

Esos valientes cazadores que jamás erraban una pieza, pues eran fabulosos tiradores, aportaron una extraordinaria ayuda a la filibustería, la cual tomó un incremento notable.

La Tortuga prosperó rápidamente y se convirtió en guarida de todos los aventureros de Francia, de Holanda, de Inglaterra y de otros países, especialmente bajo la dirección de Bertrand d'Orgeron, que ejercía el cargo de gobernador por orden del gobierno francés.

Aprovechando la guerra contra España, los filibusteros comenzaron sus audaces empresas, asaltando, con desesperado coraje, todas las naves españolas que podían sorprender.

Al principio sólo contaban con míseras chalupas, dentro de las cuales apenas si podían moverse, pero luego dispusieron de excelentes naves, tomadas al enemigo.

Como no tenían cañones, equiparaban las acciones de tiro con las de sus bucaneros, que, por ser infalibles, destruían, con pocas descargas, a las tripulaciones españolas. Luego su audacia alcanzó límites insospechados: enfrentaban a los mayores navíos y los abordaban con verdadera furia. Nada los detenía: ni la metralla ni las balas ni la más obstinada de las resistencias. Eran verdaderos desesperados que despreciaban el peligro y no les importaba la muerte; verdaderos demonios, y así los consideraban, de buena fe, los españoles, que no podían concebirlos más que como seres infernales.

Pocas veces concedían cuartel a los vencidos; lo mismo hacían sus adversarios. Solamente dejaban con vida a las personas importantes, para exigir fuertes rescates; a los demás los tiraban al agua. Por ambas partes eran luchas de exterminio, sin ningún asomo de generosidad.

Sin embargo, esos ladrones del mar tenían leyes que respetaban rigurosamente, sin duda mucho más de lo que sus connacionales respetaban las de sus propios países. Todos tenían los mismos derechos, y sólo se reconocía a los jefes una parte mayor en la distribución del botín.

Apenas vendido el producto de sus correrías, entregaban los premios a los valientes y a los heridos. Recibían ciertas sumas los primeros en saltar a los barcos que abordaban, el que arrancaba la bandera enemiga, y aquellos que, en circunstancias difíciles, lograban obtener informaciones útiles sobre el movimiento o la fuerza de las tropas españolas. Concedían un regalo de seiscientas piastras a aquellos que en el asalto perdieran el brazo derecho; quinientas si el brazo era el izquierdo, cuatrocientas recibía el filibustero que perdía una pierna, y los heridos recibían una piastra diaria durante dos meses.

A bordo de las naves corsarias regían leyes severísimas que mantenían la disciplina. Castigaban con la muerte al que dejaba su puesto durante un combate; estaba prohibido beber alcohol después de las ocho de la noche, hora fijada para el toque de queda; estaban prohibidos los duelos, los altercados, toda clase de juegos, y pagaba con la vida aquel que introdujera una mujer a bordo, así fuera la propia esposa.

Los traidores eran abandonados en islas desiertas, y la misma pena sufrían aquellos que, en el reparto del botín, se hubieran quedado con el más pequeño objeto; pero se comenta que fueron rarísimos los casos, pues los corsarios eran de una honestidad a toda prueba.

Al convertirse en dueños de muchas naves, se hicieron más audaces, y cuando los españoles cesaron todo comercio entre sus islas, los corsarios, sin veleros para abordar, comenzaron grandes empresas.

Montbars fue el primer conductor cuyo nombre alcanzó la fama. Este aventurero nacido en Languedoc llegó a América para vengar —según decía— a los pobres indígenas que eran exterminados por los primeros conquistadores españoles; las atrocidades cometidas por Hernán Cortés en México y por Pizarro y Almagro en el Perú, despertaron en. él un odio tremendo contra España, y su lucha fue tan encarnizada que le llamaron "El Exterminador".

Tan pronto al frente de filibusteros como de bucaneros, sus estragos alcanzaron las costas de Cuba y de Santo Domingo, fusilando a. gran número de españoles.

Después de él, fue famoso un francés de Dieppe: Pedro el Grande.

Este audaz marino, al encontrar un barco de guerra español cerca del cabo Tiburón y contando solamente con veintiocho hombres, abrió un rumbo (agujero en el casco) de su propio barco para quitar a sus hombres la esperanza de huir, y con ellos atacó al enemigo. La sorpresa de los españoles fue tan grande al ver aparecer a esos hombres como si salieran del mar, que se rindieron al cabo de una breve lucha, creyendo que esos seres eran espíritus de las aguas.

Lewis Scott, en cambio, con pocos batallones de filibusteros asaltó la ciudad de San Francisco de Campeche, bien defendida, logró tomarla y saquearla; John Davis, con noventa hombres, tomó Nicaragua y después San. Agustín de la Florida; Brazo de Hierro, un normando, perdió su nave cerca de las bocas del Orinoco a causa de un rayo que le incendió la santabárbara, resistió valientemente el asalto de los indios y un día, al ver que llegaba a la costa una nave española, la tomó por sorpresa con poquísimos hombres. Y no ésta la lista completa: otros hombres, más famosos y audaces, llegarían más tarde.

Pedro Nau, llamado el Olonés, se convirtió en el terror de los españoles, y al cabo de. cien victorias terminó tristemente su larga carrera en el vientre de los antropófagos de Darien, después de morir asado.

Grammont, caballero francés, ocupó su lugar, asaltando con pocos batallones de filibusteros y de bucaneros Maracaibo y Puerto Cabello, donde con cuarenta hombres sostuvo el ataque de trescientos españoles; por último tomó Veracruz, unido a Wan Horn y a Laurent, otros dos connotados corsarios.

Pero el más famoso de todos habría de ser Morgan, el lugarteniente del Corsario Negro. A la cabeza de un numeroso grupo de filibusteros ingleses comenzó su brillante carrera con la toma de Puerto Príncipe, en la isla de Cuba, y después de reunir nueve barcos asaltó y saqueó Portobelo, a pesar de la terrible resistencia española y del fuego infernal de sus cañones, después Maracaibo, y finalmente atravesó el istmo y, luego de terribles peripecias y luchas sangrientas, atacó Panamá, a la que incendió después de lograr un botín de cuatrocientas cuarenta y cuatro mil libras de plata maciza.

Otros tres audaces: Sharb, Harris y Samwkins reunidos saquearon Santa María, y recordando la célebre expedición de Morgan atravesaron también ellos el istmo, realizando milagros de audacia. Obligados a ceder ante fuerzas españolas cuatro veces superiores en número, decidieron anidar en el océano Pacifico, en el cual, dueños de varios navíos, destruyeron, en terrible combate que duró nueve horas, a la escuadra española, que se defendió desesperadamente. Después hicieron temblar a Panamá, incursionaron por las costas de México y del Perú, tomando por asalto Ilo y Serena, y volvieron a las Antillas pasando por el estrecho de Magallanes.

Otros muchos les sucedieron, igualmente audaces pero menos afortunados: Montabón, el Vasco, Jonqué, Micheldronage, Grogner, Davis, Tusley y Wilmet, que continuaron las empresas de los anteriores filibusteros en las Antillas y en el océano Pacifico hasta que La Tortuga, perdida su importancia, decayó y con ella, también, los filibusteros, quienes se diseminaron.

Algunos establecieron una colonia en las Bermudas, y durante algunos años todavía dieron que hablar e hicieron temblar a los colonos de las grandes y las pequeñas Antillas, pero bien pronto también esos últimos grupos se dispersaron, desapareciendo por completo esa raza de hombres formidables.

PRÓLOGO

EL CORSARIO NEGRO

Clasificación literaria y estilo

Por su forma y contenido, las obras de Salgari representan genuinamente a la novela de aventuras de la primera mitad del siglo XIX. Pues aunque ellas fueron escritas cuando los grandes novelistas coetáneos de Salgari habían abandonado el romanticismo, éste se quedó en él. El escritor está más cerca de Walter Scott –aunque está lejos de su excelente estilo–, de Víctor Hugo –sin su profundidad–, y especialmente de Alejandro Dumas padre. Es indudable que las novelas de "capa y espada", de este último, como *Los tres mosqueteros* (1844) y *El Conde de Montecristo* (1849), con su evocación de los tiempos galantes y caballerescos de Francia, deben haber influido en el novelista italiano.

No hay duda, además, de que Salgari conoció las obras de Julio Verne –del que fue contemporáneo– y que intentó, como éste, entregar en sus novelas descripciones de tipos y costumbres de los más variados lugares del planeta. Pero sus descripciones están

muy lejos de tener el peso, la riqueza y, sobre todo, la rigurosidad de las de su modelo. En muchos casos Salgari cae en ligerezas y comete errores que ni la vastedad de sus obras ni la velocidad con que fueron escritas, pueden excusar.

Lo que sí es muy rescatable en las novelas de Salgari, es el ritmo cinematográfico de su acción, el dramatismo de la mayoría de sus escenas, y la exaltación de la voluntad y de la valentía de sus protagonistas. Valores que generalmente aparecen reforzados por las virtudes caballerescas en boga durante el siglo XVII.

Temática

Un corsario italiano de origen noble –el Corsario Negro– decide recuperar el cuerpo de su hermano –el Corsario Rojo– que pende de una horca en la plaza mayor de la ciudad de Maracaibo, en Venezuela. El corsario ha sido ejecutado por orden del gobernador de la ciudad, Wan Guld, un noble holandés que ha traicionado a los suyos pasándose al bando de los colonos españoles.

Estamos en pleno siglo XVII, época en que corsarios y piratas ingleses, franceses y holandeses asaltan a los barcos españoles que trafican entre la metrópoli y sus colonias, asolando a veces las ciudades portuarias mismas.

Ayudado por dos de sus fieles seguidores –Carmaux y Wan Stiller–, y tras audaces aventuras, el Corsario Negro rescata el cadáver de su hermano y le da honrosa sepultura en el mar. Jura, entonces, no descansar hasta vengarse de Wan Guld, exterminándolo a él y a toda su familia. Cuando inicia sus correrías para cumplir su promesa, asalta a una nave española y aprisiona a sus pasajeros. Entre estos últimos hay una hermosa joven noble, de la que se enamora sin confesárselo a sí mismo. Pero nada debe obstaculizar su venganza, por lo que atraca en la isla de la Tortuga –refugio de los filibusteros que infectan el Caribe– para dejar allí su botín y sus prisioneros, y urdir un plan para acabar con Wan Guld.

Sin embargo, el destino del Corsario Negro –como el de todos sus hermanos– es trágico. Luego de tomar por asalto a Maracaibo, en persecución de Wan Guld, descubre que éste es el padre de su amada. Pero como ha jurado exterminar a la familia de su enemigo, sacrifica su amor y a la joven a su juramento.

Personajes

Como a la mayoría de sus héroes, Salgari dio al protagonista de esta novela una ascendencia noble. Emilio di Roccanera, señor de Ventimiglia –el Corsario Negro– es un noble italiano. Ventimiglia es una pequeña ciudad italiana fronteriza con Francia, en el Mediterráneo.

El Corsario Negro posee, pues, todos los atributos y virtudes de un caballero. Su sentido del honor lo hace luchar limpiamente. Previene a su adversario que va a atacarle, le devuelve la espada si éste la pierde en el combate, y reanuda la lucha. Es valeroso y sabe reconocer el valor de los demás. Perdona incluso la vida de un enemigo que le ha combatido valientemente. Y respeta, asimismo, escrupulosamente las reglas

del honor de los hombres de mar: su derecho a saqueo, sus modos de repartir el botín, sus supersticiones...

Otras dos virtudes caballerescas adornan también al Corsario Negro: la ferocidad para combatir al enemigo y la delicadeza para tratar a las mujeres, siempre –claro está– que éstas sean de noble estirpe; es decir, damas.

El juramento y la palabra empeñada de un caballero son sagrados. Atado por estos valores, el Corsario Negro no sólo expondrá su vida y la de sus hombres en su cumplimiento, sino que renunciará al único amor de su existencia.

Otros dos personajes, Carmaux y Wan Stiller, son, en cierto modo, coprotagonistas de la novela; aunque quien lleva el hilo de la trama es el Corsario Negro.

El primero es de origen francés, y el segundo, holandés. Ambos se caracterizan por la invencible fidelidad con que sirven a su capitán. Pero esta fidelidad no está hecha de servilismo sino que de admiración. Son hombres tan audaces como valerosos, que sólo pueden seguir a quien sea aún más audaz y valeroso que ellos.

CAPÍTULO 1

UN CORSARIO EN LA HORCA

De entre las tinieblas del mar, surgió una voz potente y metálica:

—¡Alto los de la canoa o los echo a pique!

Al oír tan amenazadoras palabras, los dos hombres que tripulaban fatigosamente una barquilla apenas visible, soltaron los remos y miraron con inquietud el algodonoso seno del mar. Tenían unos cuarenta años, y sus facciones enérgicas y angulosas aún parecían más hoscas a causa de sus enmarañadas barbas. Llevaban sobre la cabeza sombreros amplios agujereados de balas, cuyas alas parecían rotas a dentelladas; sus camisas de franelas y sus calzones estaban desgarrados, y sus pies desnudos demostraban que habían caminado por lugares fangosos. Sin embargo, sostenían pesadas pistolas, de aquellas que se usaban en los últimos años del siglo XVI.

Ambos hombres, a quienes cualquiera habría tomado por fugitivos escapados de algún presidio del Golfo de México, si en aquel tiempo hubieran existido tales establecimientos, al ver la gran sombra sobre ellos cambiaron entre sí inquietas palabras.

—Carmaux, mira bien —dijo el que parecía más joven—; tú tienes mejor vista que yo.

—Veo un gran barco, a unos tres tiros de pistola. Pero no sabría decir si vienen de las Tortugas o de las colonias españolas.

—Sean quienes fueren, nos han visto, Wan Stiller, y no nos dejarán escapar.

La misma voz de antes volvió a resonar en las tinieblas que cubrían las aguas del gran Golfo:

—¿Quién vive?

—El diablo —murmuró el llamado Wan Stiller.

Su compañero —en cambio, gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Si tiene tanta curiosidad, acérquese hasta nosotros y se lo diremos a pistoletazos!

La fanfarronada no pareció incomodar a la voz que interrogaba desde la cubierta del barco:

—¡Avancen, valientes —respondió—, y vengan a abrazar a los hermanos de la costa!

Los hombres de la canoa lanzaron un grito de alegría.

—Que me trague el mar si no es una voz conocida —dijo Carmaux, y añadió—: Sólo un hombre, entre todos los valientes de las Tortugas, puede atreverse a venir hasta aquí, a ponerse a tiro de los cañones de los fuertes españoles: el Corsario Negro.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡El mismo!

—¡Y qué triste noticia para ese marino audaz! Otro de sus hermanos colgado en la infame horca.

—¡Se vengará, Carmaux!

—¡Lo creo, y nosotros estaremos a su lado el día que ahorque a ese condenado gobernador de Maracaibo!

El magnífico barco del Corsario se había puesto al pairo para esperar la canoa. Pero sobre su proa, a la luz de un farol, se veían diez o doce hombres armados de fusiles.

—¿Quiénes sois? —preguntó un hombre a los recién llegados, arrojando sobre ellos la luz de una lámpara.

—¡Por Belcebú, mi patrón! —exclamó Carmaux—. ¿Ya no conoce a los amigos?

—¡Que me trague un tiburón si no es éste el vizcaíno Carmaux! —gritó el hombre de la lámpara—. Y ese otro ¿no es el hamburgués Wan Stiller? ¡Los creíamos muertos!

—La muerte no nos quiso.

—¿Y el jefe?

—¡Bandada de cuervos! ¿Han concluido de graznar? —gritó la voz metálica que amenazara a los hombres de la canoa.

—¡El Corsario Negro! —barbotó Wan Stiller.

—¡Aquí estamos, comandante! —respondió Carmaux.

Un hombre descendió desde el puente de mando. Vestía completamente de negro, con una elegancia poco frecuente entre los filibusteros del Golfo de México. Llevaba una rica casaca de seda negra con encajes oscuros y vueltas de piel, calzones en el mismo tono negro e idéntica tela; calzaba botas largas y cubría su cabeza con un chambergo de fieltro, sobre el cual había una gran pluma que le caía hacia la espalda.

Tal como en su vestimenta, en el aspecto del hombre había algo fúnebre. Su rostro era pálido, marmóreo. Sus cabellos tenían una extraña negrura y llevaba barba cortada en horquilla, como la de los nazarenos. Sus facciones eran hermosas y de gran regularidad; sus ojos, de perfecto diseño y negros como carbunclos, se animaban de una luz que muchas veces había asustado a los más intrépidos filibusteros de todo el Golfo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen? —preguntó el Corsario, frente a ellos, con la diestra en la culata de la pistola.

—Somos filibusteros de las Tortugas; dos hermanos de la costa, y venimos de Maracaibo —contestó Carmaux.

—¿Han escapado de los españoles?

—¡Sí, comandante!

—¿A qué barco pertenecían?

—Al del Corsario Rojo.

Al oír estas palabras, el Corsario se estremeció. Agarró bruscamente a Carmaux por un brazo, y lo condujo casi a la fuerza hacia popa, gritando:

—¡Señor Morgan! Usted dará la alarma si algo sucede. ¡Todos a las armas!

El corsario descendió hasta una pequeña cámara, elegante e iluminada, y le indicó a Carmaux que hablara. Pero el marinero de la canoa no pudo despegar los labios.

—Lo han matado, ¿verdad?

—Sí, comandante. Tal como mataron al otro hermano, el Corsario Verde.

Un grito ronco, salvaje y desgarrador, salió de la garganta del comandante.

—Murió como un héroe, señor. Aun cuando el lazo de la horca le quitaba la vida, tuvo fuerzas para escupir la cara del gobernador.

—¡Ah, ese perro de Wan Guld! No moriré sin haber exterminado antes a ese maldito y a toda su familia, y entregado a las llamas la ciudad que gobierna. No dejaré piedra sobre piedra. ¡Y ahora, amigo, cuéntamelo todo! ¿Cómo los apresaron?

—No lo hicieron por la fuerza de las armas, comandante, sino por sorpresa, a traición. Como usted ya sabe, el hermano de usted se había dirigido a Maracaibo para vengar la muerte del Corsario Verde. Éramos ochenta hombres decididos, pero en la

embocadura del Golfo nos sorprendió un tremendo huracán que hizo pedazos nuestro barco. Sólo veintisiete hombres pudimos alcanzar la costa. Su hermano nos condujo por los pantanos, y cuando creíamos que encontraríamos refugio, caímos en la emboscada que nos tendió Wan Guld en persona. El Corsario Rojo se defendió como un león, decidido a morir en el campo antes que en la horca. Pero el flamenco lo reconoció y ordenó que lo respetaran.

El marinero hizo una pausa. Luego prosiguió:

—Conducidos a Maracaibo, después de haber sido injuriados y maltratados por los soldados y la población, nos condenaron a la horca. Pero ayer en la mañana, mi compañero Wan Stiller y yo escapamos estrangulando a nuestro centinela. Desde la espesura asistimos a la muerte de su hermano y de sus animosos filibusteros. Después, durante la noche, y ayudados por un negro, nos embarcamos en la canoa dispuestos a llegar a las Tortugas. Eso es todo, comandante.

—Todavía estará colgando de la horca —dijo el Corsario, con una calma terrible.

—Durante tres días, señor.

—¿Y después lo arrojarán a cualquier basural?

—Seguramente, comandante.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el Corsario, con extraña voz.

—¡No!

—Entonces me seguirás.

—¿Adónde?

—Esta noche iremos a Maracaibo y asaltaremos esa ciudad. Iremos nosotros dos y tu compañero.

—¿Pero, qué quiere usted hacer?

—Recuperar el cadáver de mi hermano —repuso el Corsario.

—¡Rayos y truenos! ¡Usted es el filibustero más audaz de las Tortugas!

—¡Ve a esperarme en cubierta, y manda que preparen una chalupa!

Carmaux se apresuró a obedecer; sabía que cualquier vacilación ante el Corsario era peligrosa. Cuando el hamburgués supo que volverían a la costa de la cual se habían escapado milagrosamente, no pudo disimular su asombro y sus recelos. Pero Carmaux ya estaba entusiasmado con el plan del Corsario Negro.

—¡Ahí está! —dijo en aquel momento Wan Stiller.

Sobre la cubierta apareció el Corsario. Se había ceñido una espada muy larga y puesto en el cinto un par de grandes pistolas y un puñal de los que los españoles llamaban de *misericordia*.

Los tres hombres bajaron en silencio a la canoa pertrechada. El barco filibustero apagó sus luces de posición. Los marinos echaron manos a los remos. El Corsario, tendido en la proa, escrutaba el negro horizonte con sus ojos de águila, tratando de distinguir la costa americana. De tiempo en tiempo, volvía la cabeza hacia su barco.

Wan Stiller y Carmaux bogaban con gran brío, haciendo volar el esbelto botecillo. Hacía una hora que remaban, cuando el Corsario divisó una luz que brillaba al ras del agua.

—¡Maracaibo! —dijo con acento sombrío y un movimiento de furor.

—¡Sí! —contestó Carmaux, volviéndose.

—¿Es cierto que hay una escuadra en el lago?

—Sí, comandante; la del contralmirante Toledo, que vigila Maracaibo y Gibraltar.

—¡Tienen miedo! Pero entré el Olonés y nosotros, la echaremos a pique.

Debía ser medianoche cuando la canoa embarrancó en medio de la manigua, quedando oculta entre las plantas. El Corsario saltó a tierra y pistola en mano inspeccionó rápidamente el lugar.

—¿Saben dónde estamos? —preguntó.

—A diez o doce millas de Maracaibo.

—¿Podremos entrar esta noche en la ciudad?

—Eso es imposible, capitán. El bosque es espesísimo. Llegaríamos por la mañana.

—Mostrarnos de día en la ciudad es una imprudencia —dijo del Corsario, y agregó, como si hablara consigo mismo—: Si tuviera aquí mi barco, me atrevería; pero *El Rayo* cruza ahora las aguas del Golfo.

Después de meditar en silencio, el Corsario preguntó:

—¿Hallaremos todavía a mi hermano?

—Estará expuesto tres días en la plaza de Granada.

—Entonces tenemos tiempo. ¿Conocen a alguien en Maracaibo?

—Sí, al negro que nos ayudó a escapar. Tiene una cabaña en el bosque.

—¿No nos traicionará?

—Respondemos con nuestras vidas.

—¡Pues, andando!

El oscuro bosque se alzaba ante ellos impenetrable. Los árboles, con sus troncos gigantescos y su desmesurado follaje, no les dejaban ver una estrella del cielo. Las

ramas caían en festones por todas partes, y raíces misteriosas se levantaban súbitas, obligándolos a hacer uso de sus hachas.

Miles de puntos luminosos danzaban a nivel del suelo y proyectaban haces de luz para luego apagarse. Eran las grandes luciérnagas de la América meridional, *vaga lume,* que en número de dos o tres dentro de un frasco pueden iluminar una habitación.

Habrían recorrido unas dos millas cuando Carmaux, que iba delante, montó su pistola y exclamó, deteniéndose:

—¿Un jaguar o un hombre?

El Corsario se echó a tierra y escuchó conteniendo la respiración. Luego les hizo una seña y ambos filibusteros lo siguieron empuñando sus sables. De pronto, Wan Stiller y Carmaux le vieron lanzarse hacia adelante y caer sobre una forma humana que se irguió de repente en la maleza. El hombre quedó tumbado y Carmaux y Wan Stiller se avalanzaron sobre él. Era un soldado español.

—¿Lo matamos de un pistoletazo?

—No. Vivo puede sernos más útil que muerto.

Lo ataron firmemente. El pobre diablo que había caído en manos de los corsarios era un hombre que no tenía treinta años, largo y flaco como su compatriota Don Quijote. Vestía una raída casaca de piel amarilla y calzones anchos y cortos a rayas negras y rojas, y botas negras. Llevaba un casco con una pluma rota y una larga espada en una vaina estropeada.

—Por Belcebú, patrón —exclamó Carmaux riendo—; si el gobernador de Maracaibo tiene valientes como éste, no los alimenta con capones, porque nuestro prisionero está más seco que arenque ahumado.

—Habla, si aprecias el pellejo! —dijo el Corsario, tocando al prisionero con la punta de la espada.

—El pellejo ya lo tengo perdido. Nadie sale con vida de sus manos —respondió el español.

—Te he prometido la vida.

—¿Y quién va a creerle? Usted es un filibustero.

—Sí, pero que se llama el Corsario Negro.

—¡Por Nuestra Señora de Guadalupe! Ha venido usted para exterminarnos a todos —exclamó el español con pánico.

—Así es. Pero el Corsario Negro es un noble caballero y un noble que nunca falta a su palabra —contestó el capitán con voz solemne.

—¡En ese caso, interrogue usted!

Apenas el prisionero les hubo revelado que el Corsario Rojo seguía colgado en la Plaza de Granada, se pusieron en camino, marchando en hilera y llevando al español consigo.

Comenzaba a alborear. Los monos, muy abundantes en Venezuela, despertaban dando extraños gritos. También chillaban a voz en cuello enormes variedades de pájaros y papagayos. Los hombres, acostumbrados a todo ello, no se detenían ni un minuto.

Llevaban caminando unas dos horas, cuando resonaron en medio de la espesura unos sonidos melodiosos.

—Es la flauta de Moko —dijo sonriendo Carmaux.

—¿Y quién es Moko? —preguntó el Corsario.

—El negro que nos ayudó a huir. Debe estar domesticando a sus serpientes.

El Corsario desenvainó su espada e hizo seña de seguir adelante.

Ante una cabaña de ramas entretejidas hallábase sentado uno de los más bellos ejemplares de la raza africana. De elevada estatura, tenía un cuerpo musculoso que debía desarrollar una fuerza descomunal. En su rostro no se observaba la ferocidad que se encuentra en muchos rostros de esa raza; había en él cierto aire de bondad, de ingenuidad, cierto aspecto de niño.

Al oír el grito de Carmaux, el negro apartó la flauta de sus labios.

—¿Ustedes todavía aquí? Yo los creía en el Golfo.

—Viene conmigo el capitán de mi barco, el hermano del Corsario Rojo —dijo Carmaux desde la espesura.

—¿El Corsario Negro, aquí?

—¡Silencio, negrito! Necesitamos tu cabaña.

El Corsario, que en aquel momento llegaba con Wan Stiller y el prisionero, saludó al negro. Luego preguntó a Carmaux:

—¿Acaso odia a los españoles?

—Tanto como nosotros.

El negro les ofreció una comida de harina de mandioca, piñas y *pulque*, bebida fermentada hecha de pita. Más tarde, los filibusteros se echaron sobre algunas brazadas de hojas secas y se durmieron tranquilamente. Sin embargo, Moko hizo de centinela después de atar al soldado.

Ninguno de los tres filibusteros se movió en todo el día. Pero apenas sobrevino la noche, el corsario se levantó.

—Tú permanecerás aquí, cuidando al español —dijo a Wan Stiller, que se había puesto de pie.

—Basta el negro, capitán.

—No; el negro es fuerte como un hércules y lo necesito para transportar el cadáver de mi hermano. ¡Ven, Carmaux: iremos a beber una botella de vino de España a Maracaibo!

—¡Mil tiburones! ¿A éstas horas, capitán?

Y los tres hombres, entre risas burlonas, entraron en la selva.

CAPÍTULO 2

ENTRE UN NOTARIO Y UN CONDE

Aun cuando Maracaibo no tenía más de diez mil almas, era entonces una de las ciudades más importantes que los españoles habían levantado en el Golfo de México.

Era, además, un gran fuerte muy bien artillado. Y los primeros aventureros habían erigido en aquellas playas hermosas casas y no pocos palacios.

Cuando el Corsario y sus dos compañeros entraron en Maracaibo, las tabernas estaban aún llenas. Los recién llegados fueron a la plaza de Granada. Ésta ofrecía un aspecto tan lúgubre, que haría temblar al hombre más impasible de la tierra. Quince cadáveres pendían en semicírculo frente al palacio y, sobre ellos, revoloteaban numerosas bandadas de zopilotes, los pájaros encargados del aseo en las ciudades de la América Central.

Una terrible emoción descompuso las facciones del Corsario, quien se alejó de allí a grandes pasos, entrando luego en una posada.

—¡A ver, un vaso de tu mejor jerez, hostelero de los demonios! —gritó Carmaux en vizcaíno, mientras se sentaba con el negro junto al Corsario.

El capitán de filibusteros estaba absorto en tétricos pensamientos. No parecía escuchar la conversación de la taberna, la burla que hacían de los ahorcados.

—Cuentan que al Corsario Rojo le han puesto un cigarro entre los dientes —dijo uno.

—Yo quiero ponerle un quitasol en la mano para que se dé sombra —agregó otro.

Carmaux, incapaz de contenerse, cayó encima de la mesa vecina dando un tremendo puñetazo y pidiendo respeto por los muertos. Los cinco bebedores de la mesa, estupefactos, se levantaron de inmediato con sus navajas abiertas y se abalanzaron hacia él. Pero el negro, a una señal del Corsario, lanzó una silla que detuvo a los cinco vascos. El estrépito hizo salir de la habitación contigua a una veintena de bebedores, precedidos por un hombronazo armado de un espadín.

—¿Qué sucede? —preguntó rudamente el hombrote.

—¡Nada que a usted le importe! —repuso Carmaux.

—¡Por todos los infiernos! —gritó el hombre, enrojeciendo! ¿No hay nadie que pueda enviar al señor de Gamara al otro mundo para hacerle compañía al perro del Corsario Rojo?

—¡Tú eres el perro, y tu alma la que acompañará a los ahorcados! —respondió el Corsario, sacando su espada.

—¡Un momento, caballero! ¡Cuando se cruza el hierro, se tiene derecho a saber cuál es el adversario!

—¡Soy más noble que tú!

—Es el nombre lo que quiero.

El Corsario se le acercó y le murmuró al oído algunas palabras. El aventurero lanzó un grito de asombro, mientras el Corsario le atacaba vivamente, obligándole a defenderse. Los bebedores abrieron un amplio círculo para los contendientes. Pero el señor de Gamara no era un espadachín cualquiera: alto, robusto y de pulso firme, podía oponer larga resistencia. El Corsario manejaba su espada con velocidad abismante, saltaba como un jaguar y la cólera le brillaba en los ojos. Pronto, el aventurero se encontró atrapado por un muro, palideció, y la transpiración invadió su frente:

—¡Basta! —gritó.

—¡No! ¡Mi secreto debe morir contigo!

—¡Socorro!¡Es el Cor...!

No pudo concluir: la espada del Corsario le atravesó el pecho, clavándole en la pared. Un chorro de sangre salió de sus labios, y cayó al suelo, quebrando el acero que lo sostenía al muro.

—¡Ése sé ha ido! —dijo Carmaux, burlón.

El Corsario tomó la espada del vencido, cogió el sombrero; tiró un doblón de oro sobre la mesa y salió con sus acompañantes sin que nadie osara detenerlos.

Cuando llegaron a la plaza, reinaba un profundo silencio, interrumpido únicamente por los pájaros que vigilaban las horcas.

Esta vez fue Moko quien inició las acciones. Astuto como sus serpientes, se deslizó en las sombras para eliminar a dos centinelas del palacio del gobernador.

El Corsario, oculto tras un tronco de palmera, le observaba admirado enfrentarse casi inerme a un hombre bien armado.

—¡El compadre tiene hígados! —dijo Carmaux.

Pronto el negro fue a reunírseles y los tres llegaron al centro de la plaza. En medio de los hombres descalzos que colgaban, había un ajusticiado que vestía de rojo y al que habían colocado entre los labios un pedazo de cigarro

—¡Malditos! —exclamó con horror el Corsario—. ¡Esto es lo último del desprecio!

El negro trepó a la horca, descolgó el cadáver y lo envolvió en la negra capa del Corsario.

—¡Adiós, valientes y desgraciados compañeros! ¡Los filibusteros vengarán sus muertes! —se despidió Carmaux.

—¡Entre Wan Guld y yo está la muerte! —sentenció el Corsario.

Rápidamente se alejaron del lugar.

Habían caminado tres o cuatro callejas desiertas, cuando Carmaux creyó ver sombras ocultas tras unas arcadas.

—¡Son los cinco vizcaínos! —dijo Carmaux—. Veo relucir sus navajas en los cinturones.

—¡Tú te encargas de los dos de la izquierda y yo de los tres de la derecha! —ordenó el Corsario—. Moko, tú, lleva el cadáver hasta el bosque.

Los vizcaínos avanzaban con sus navajas abiertas y las capas enrolladas en el brazo izquierdo.

—¿Qué es lo que quieren? —los frenó Carmaux.

—Satisfacer una curiosidad: saber quién es usted —dijo uno.

—¡Un hombre que mata a quien le incomoda! —contestó con fiereza el Corsario, y avanzó con la espada desnuda.

Los cinco vizcaínos esperaban la acometida de ambos filibusteros. Debían ser cinco valientes, para quienes los golpes más peligrosos no parecían serles desconocidos; el jabeque, que produce una afrentosa herida sobre el rostro, o el desjarretazo, que se da por detrás, bajo la última costilla, y que secciona la columna vertebral.

Los filibusteros atacaron con prudencia al percatarse de la peligrosidad de sus adversarios.

Los siete hombres luchaban con furor, pero sin lanzar un grito, atentos todos a parar y tirar tajos y estocadas. De pronto, el Corsario, al ver que un vizcaíno perdía pie, se lanzó a fondo y le tocó en el pecho. El hombre cayó sin un gemido.

Los vizcaínos no se atemorizaron y arremetieron buscando dar un desjarretazo. El Corsario respondía con viveza cuando su espada se embotó en el sarape de su adversario y saltó quebrada por la mitad.

—¡A mí, Carmaux! —gritó con rabia.

Carmaux no podía deshacerse de sus atacantes. El Corsario amartilló precipitadamente una pistola que llevaba al cinto. Entonces, desde la oscuridad, una sombra gigantesca cayó sobre los cuatro vizcaínos, descargando sobre ellos una lluvia de garrotazos, que los tiró por tierra con las cabezas rotas y las costillas hundidas: era Moko.

—¡Gracias, compadre! —gritó Carmaux—. ¡Qué granizada!

—¡Huyamos! —dijo el Corsario—. ¡Aquí ya no hay nada que hacer!

Iban a emprender la marcha, pero una patrulla se acercaba al lugar. Carmaux cedió su espada al Corsario y recogió una navaja vizcaína. Echaron a correr sigilosamente, precedidos por Moko; pero, a los pocos pasos, oyeron el andar cadencioso de otra patrulla.

—Vamos a vender caras nuestras vidas —susurró el Corsario—. Moko, tú llevarás a bordo el cadáver de mi hermano. Ponte a salvo con Wan Stiller.

—¡Volveré con refuerzos, señor!

—El negro salió corriendo. Pero como la calle estaba ocupada por ambas patrullas, se ocultó en un jardín.

Los ocho alabarderos de una de las patrullas disminuyeron su marcha.

—¡Despacio, muchachos! —dijo uno de ellos—. ¡Esos bribones deben andar cerca!

—El tabernero dijo que eran dos y nosotros somos ocho —comentó otro de los soldados.

—¡Adelante! —gritó el Corsario, con su espada en alto.

Sorprendidos, los alabarderos no supieron qué posición tomar. Cuando se repusieron, los filibusteros ya estaban lejos. —

—¡Deténganlos! ¡Deténganlos!

El Corsario y Carmaux corrían desesperados por calles y más calles, sin saber por dónde iban. El vecindario había despertado con los gritos y abría sus ventanas. La situación de los fugitivos se hacía desesperada.

—¡Truenos, capitán! —exclamó Carmaux—. Esto es una trampa. La calle no tiene salida.

Aún tenían tiempo para volverse; la patrulla estaba distante, pero el Corsario decidió hacerles perder el rastro con un poco de astucia.

—¡Carmaux! ¡Ábreme esta puerta!

Era una vivienda modesta, de dos pisos, construida parte con mampostería y parte con madera; en lo alto de la azotea tenía tiestos con flores.

Ambos filibusteros se apresuraron a entrar, cerrando la puerta tras ellos. Por la calle pasaban los soldados gritando.

A tientas se dirigieron a la escalera y llegaron al piso superior, donde Carmaux encendió una mecha de cañón.

Por una puerta entreabierta escapaba un ronquido. Carmaux ubicó una vela y la encendió; luego los filibusteros entraron.

Un viejo calvo y arrugado, de piel color ladrillo y barba de chivo, dormía allí, a pesar de la habitación iluminada.

El Corsario le cogió de un brazo y lo sacudió rudamente.

—Necesita que le disparen un cañonazo —dijo Carmaux.

A la tercera sacudida, el hombre despertó. Al divisar a los hombres armados exclamó:

—¡Muerto soy! —

—Nosotros no tenemos intenciones de hacerte daño si contestas nuestras preguntas.

—¿No son ladrones?

—Somos filibusteros de las Tortugas.

—¡Filibusteros! ¡No hay duda de que soy hombre muerto!

—¿Vives solo en esta casa?

—Solo, señor.

—Y en la vecindad, ¿quiénes viven?

—Honrados burgueses.

—¿A qué te dedicas?

—¡Soy un pobre viejo!

—¡Viejo zorro! —dijo Carmaux—. Tienes miedo de quedarte sin el dinero.

—¡Yo no tengo dinero, excelencia!

Carmaux se echó a reír:

—¡Tratas de excelencia a un filibustero! ¡Éste es el compadre más alegre que he visto!

—¡Acabemos! —gritó el Corsario al viejo—. ¿Qué haces?

—Soy notario.

—¡Bien! Nos alojaremos en esta casa hasta que nos pongamos en marcha. No te haremos daño. Pero cuídate de traicionarnos. ¡Ahora, levántate!

Mientras Carmaux amarraba al viejo, el Corsario abrió las ventanas para ver lo que sucedía. Los vecinos y la soldadesca estaban alborotados con los filibusteros e intercambiaban frases a gritos en la calleja.

—Ya llegará el día en que tendrán noticias mías —les respondió en voz baja el Corsario.

Entretanto, Carmaux, recordando que no habían tenido tiempo de comer la noche anterior, registraba la despensa.

—Señor —dijo Carmaux al Corsario—, mientras los españoles persiguen nuestra sombra, pruebe un trozo de este pescado, que es una magnífica tenca de lago, y de este pato silvestre. Después traeré algunas botellas de Jerez y Oporto que el notario guardaba para las grandes ocasiones.

El Corsario agradeció, se sentó a la mesa, pero le hizo muy poco honor a la comida. Estaba silencioso y triste, como siempre le vieron los filibusteros.

Por su parte, Carmaux no sólo se comió todo, sino que se bebió un par de botellas ante la desesperación del notario.

El Corsario volvió a la ventana. Media hora después, Carmaux lo vio entrar precipitadamente.

—¿Es de confianza el negro?

—¡Comandante! ¡Es un hombre fiel!

—¡Está rondando la calleja!

—Lo iré á buscar, comandante. Déme diez minutos.

El Corsario se encontraba muy inquieto cuando entraron Carmaux vestido de notario, el negro y Wan Stiller.

Rápidamente, Carmaux, que ya conocía lo sucedido, le relató al Corsario que el bosque estaba plagado de soldados, que el negro había dejado el cadáver en su choza y que, tras soltar a las serpientes, había regresado con Wan Stiller.

—La situación es grave, capitán —dijo Wan Stiller—, no creo que podamos volver a bordo de *El Rayo.*

El Corsario se paseaba de un punto a otro de la habitación, tratando de resolver el aprieto, pero no tuvo tiempo de seguir pensando: un sonoro golpe dado en la calle vibró en la escalera.

—¡Relámpagos! —exclamó Carmaux—. Alguien viene a buscar al notario.

—Algún cliente que quizás me haría ganar buen dinero —balbuceó el viejo.

—¡Cállate, charlatán!

—¡Carmaux! —dijo el Corsario, que había tomado una resolución—. Abre la puerta. Atas al importuno y lo traes para que le haga compañía al notario.

Al oír un tercer golpe que casi astilló la puerta, Carmaux bajó para abrirla. Un jovencito de dieciocho años, vestido señorialmente y con un elegante puñal, entró apresuradamente.

—¿Hacen esperar así a los clientes? ¡Condúzcame ante el notario! Se le había advertido que hoy debía casarme con la señorita Carmen de Vasconcelos. Por lo visto, se hace de rogar ese...!

Las manos del negro le cayeron de improviso sobre los hombros, y el joven, medio estrangulado por la presión, cayó de rodillas. Desarmado y atado, fue conducido al piso alto junto al notario.

—¿Quién es usted? —preguntó el Corsario.

—Uno de mis mejores clientes —dijo el notario.

—¡Cállate!

—Soy el hijo del juez de Maracaibo, don Alfonso de Convenxio. Ahora, espero que me explique usted el motivo de mi secuestro.

—Eso es inútil. Si no ocurren acontecimientos imprevistos, mañana quedará usted libre.

—¡Mañana! —exclamó el jovencito, asombrado—. ¡Hoy me caso con la hija del capitán Vasconcelos!

—Se casará mañana.

—¡Cuidado! Mi padre es amigo del gobernador y en Maracaibo hay soldados y cañones.

—¡No les temo! —le respondió el Corsario, y le volvió la espalda.

Carmaux y el negro habían logrado preparar rápidamente otra comida con una cecina ahumada y cierta especie de queso bastante picante, además del buen vino que a todos debía poner de buen humor. Sin embargo, no habían alcanzado a anunciar los manjares cuando oyeron llamar nuevamente a la puerta.

—¡Es un criado! —anunció Carmaux desde la ventana.

—¡Tráiganlo hasta acá! —roncó el Corsario, que intuyó que era el criado del jovencito.

El almuerzo, muy al contrario de lo previsto por Carmaux, estuvo poco alegre. Todos estaban inquietos. No podía pasar inadvertida la misteriosa desaparición del jovencito y su criado, y era de esperar nuevas visitas.

—¡Demonios! —exclamó Carmaux—. ¡Si esto continúa, vamos a hacer prisioneros a todos los habitantes de Maracaibo.

El Corsario y sus dos marineros discutieron varios proyectos de huida, pero ninguno parecía bueno. Los filibusteros, generalmente fecundos en astucias, se encontraban en aquel momento en un atolladero.

Hallábanse en esa perplejidad, dándole vueltas al asunto, cuando una tercera persona golpeó a la puerta del notario.

Desde la ventana, Carmaux vio que el que dejaba caer sin cesar el llamador de hierro no iba a dejar dominarse con la facilidad del jovencito y del criado.

—¡Ve, Carmaux! —le apuró el Corsario.

—¡Aquí, por lo visto, se necesita un cañón para que abran la puerta! —dijo el recién llegado.

Era un hombre de unos cuarenta años, arrogante, de alta estatura, de tipo varonil y altivo, ojos negrísimos y una espesa barba negra, que le daba cierto aspecto marcial. Vestía en forma elegante y llevaba botas largas con espuelas.

—¡Perdón, caballero! —dijo Carmaux—. Pero estábamos ocupadísimos.

—¿En qué? —preguntó el castellano.

—En curar al señor notario. Tiene mucha fiebre, señor.

—¡Llámame conde, tunante!

—Adelante, señor conde, no tenía el honor de conocerle.

—¡Vete al demonio! ¿Dónde está mi sobrino. —A una señal de Carmaux, el negro cayó sobre el visitante con la rapidez del rayo, pero éste, con una agilidad prodigiosa, lo esquivó, empujó a Carmaux y, sacando la espada, gritó:

—¡Hola! ¡Ladrones! ¡Canallas! ¡Voy a cortarles las orejas!

—¡Ríndase, señor! —le gritó el Corsario desde lo alto del corredor.

—¿A quién? ¿A un bandido que tiende un lazo para asesinar a traición a las personas?

—No: al caballero Emilio de Roccanera, señor de Ventimiglia.

—¿Ah? ¿Es usted un noble? Quisiera saber por qué trataba de hacerme asesinar por sus criados.

—Ésa es una suposición que usted ha hecho. Nadie quiere asesinarle, solamente retenerlo por algunos días como prisionero.

—¿Por qué razón?

—Para evitar que usted advierta a las autoridades de Maracaibo de mi presencia.

—Un noble con problemas! ¡No entiendo!

—¡Entréguese!

—¿Quién es usted?

—¡Debió haberlo adivinado! Somos filibusteros de las Tortugas. ¡Defiéndase; porque lo mataré!

—En ese caso, lo pondré muy pronto fuera de combate. ¡Usted no conoce el brazo del Conde de Lerma!

—Ni usted el del señor de Ventimiglia. ¡Defiéndase, conde!

—Sólo una pregunta: ¿Qué ha hecho usted con mi sobrino y su criado?

—Están presos juntamente con el notario. No se inquiete por ellos. Mañana estarán libres.

—¡Gracias, caballero!

Instantes después, sólo se oía en el corredor el ruido de los aceros. El castellano se batía de un modo admirable, como un espadachín valiente, pero pronto hubo de convencerse de que tenía por delante a un adversario de los más temibles. El Corsario realizaba un inteligente juego para cansar al enemigo. En vano, el castellano había procurado arrastrarle basta la escalera. De improviso, el Corsario se lanzó a fondo. Dio un golpe seco a la hoja del conde y la hizo caer al suelo.

Al verse desarmado, éste se puso pálido. La hoja de la espada del Corsario, que le amenazaba el pecho, se levantó.

—¡Es usted un valiente! —dijo el Corsario, saludándole—. Usted no quería ceder el arma: ahora yo me la tomo, pero le dejo la vida.

Un profundo asombro dominaba al castellano. No creía estar vivo aún.

—Mis compatriotas dicen que los filibusteros son hombres sin fe ni ley, dedicados sólo al robo en el mar; ahora puedo decir que entre ellos también hay valientes que, en lo que a caballerosidad se refiere, pueden dar punto y raya a los más cumplidos caballeros de Europa. Señor caballero, permítame estrechar su mano. ¡Gracias!

El Corsario se la estrechó cordialmente, y recogiendo la espada caída, se la alargó al conde.

—Conserve su arma, señor. A mí me basta con que me prometa usted no esgrimirla contra nosotros hasta mañana.

—¡Se lo prometo por mi honor, caballero.

—Ahora, por favor, déjese atar. Me disgusta recurrir a este extremo, pero no puedo hacer otra cosa.

—¡Haga usted lo que quiera!

Pronto la casa del notario se vio envuelta en una gran operación de fortificación. El negro llevó hasta el portal los muebles más pesados de la casa. Cajas, armarios y mesas quedaron obstruyendo la puerta. Además, los filibusteros levantaron una segunda barricada en la parte baja de la escalera.

Apenas habían terminado los preparativos de defensa, cuando Wan Stiller, que montaba guardia junto a los prisioneros, bajó corriendo la escalera.

—¡Comandante! —gritó—, los vecinos se están agrupando frente a la casa.

El Corsario no se inmutó. Wan Stiller había dicho la verdad. Alrededor de cincuenta personas señalaban la casa del notario.

—¡Va a suceder lo que me temía! —murmuró el Corsario—. Estaba escrito también que yo debía morir en Maracaibo. Pobres hermanos míos, muertos sin que pueda vengarlos! ¡Maldición! ¡Carmaux!

—¡Aquí estoy, comandante! —respondió el marino, al oírse llamar.

—¿Me habías dicho que habías encontrado municiones?

—Sí; un barrilito de pólvora como de ocho o diez libras, un arcabuz y municiones.

—Coloca el barril en el portal, detrás de la puerta, y ponle una mecha.

—¡Relámpagos! ¿Va a volar la casa? ¿Y los prisioneros?

—Peor para ellos si los soldados quieren prendernos. ¡Tenemos derecho a defendernos y lo haremos sin vacilar!

Por la calle avanzaba un pelotón de arcabuceros, perfectamente armados para el combate. Frente a la casa del notario, se colocaron en triple línea, con los arcabuces listos para hacer fuego.

—¡Abran, en nombre del gobernador! —gritó el teniente que comandaba el pelotón.

—¿Están ustedes dispuestos, mis valientes? —preguntó el Corsario.

—¡Sí, señor comandante! —contestaron Carmaux, Wan Stiller y el negro.

—¡Ustedes permanecerán conmigo, y tú, mi bravo africano, sube al piso alto y busca algún lugar que nos permita escapar por los tejados.

Dicho esto, abrió la ventana y preguntó:

—¿Qué es lo que desea, señor?

—¿Quién es usted? Yo pregunto por el notario.

—El notario no puede moverse. Yo contesto por él.

—Tengo orden de averiguar qué le ha pasado al señor don Pedro Convexio, a su criado y a su tío, el Conde de Lerma.

—Si le interesa saberlo, le digo que ellos están sanos y de muy buen humor.

—¡Mándelos usted bajar!

—¡Señor, eso es imposible! —contestó el Corsario.

—¡Obedezca! ¡O haré derribar la puerta!

—¡Hágalo! Pero le advierto que hay un barril de pólvora detrás de la puerta. Al primer intento que usted haga para forzarla, pondré fuego a la mecha y volará la casa con todos sus ocupantes.

—¿Pero, quién es usted? —gritó frenético el teniente.

—Un hombre que no quiere ser molestado —respondió con calma el Corsario.

—¡Un loco!

—¡Tan loco como usted!

—¡Eso es un insulto! ¡Concluyamos! ¡La broma ha durado demasiado!

—¿Lo quiere usted? ¡Eh, Carmaux; anda a poner fuego a la pólvora!

Al oír la terrible amenaza, los vecinos corrieron a ponerse a salvo; otros entraban en sus casas para rescatar sus objetos de más valor. Hasta los soldados retrocedieron.

—¡Deténgase, señor! —gritó el teniente— ¡Está usted loco!

—¡Déjeme usted en paz! Retire a la tropa.

En aquel momento se acercó al teniente un hombre con una venda ensangrentada en la cabeza; caminaba como si llevara una pierna muy herida. Carmaux se estremeció.

—¡Comandante, nos delataron! Ése es uno de los vizcaínos que nos acometieron.

—¡Señor teniente, que no se le escape! ¡Es uno de los filibusteros!

Un grito, no de espanto, sino que de furor, estalló por todas partes. Le siguieron un disparo y un gemido doloroso.

A una señal del Corsario, Carmaux había levantado el mosquete y con admirable puntería tumbó al vizcaíno.

—¡Quémenlos vivos! —gritaban algunos.

—¡Ahórquenlos en la plaza! —pedían otros.

—Son las seis de la tarde, señor —gritó el Corsario al teniente—. Mientras usted decide qué hacer, voy a tomar un bocado con el Conde de Lerma y su sobrino y beberé un vaso por usted antes de que vuele la casa.

—¿Qué vamos a hacer, capitán? preguntó Carmaux, asombrado.

—¡Quiá! ¡Nuestra última hora está más lejos que nunca! Cuando llegue la noche, ese barrilito de pólvora hará maravillas.

Entró en la habitación y sin más explicaciones cortó las amarras del Conde de Lerma y su sobrino, a quienes invitó a compartir la improvisada comida y a mantener la promesa de no intervenir en el asunto.

—¿Qué hacen mis compatriotas? He oído un vocerío ensordecedor —preguntó el conde.

—Por ahora, se limitan a sitiarnos.

—Lamento decírselo, pero el asedio continuará, y tarde o temprano tendrá usted que rendirse. Y le aseguro que sería un disgusto para mí ver a un hombre amable y valiente como usted en manos del gobernador. ¡El no perdona a los filibusteros!

—¡No me cogerá! Es preciso que arregle cuentas con el flamenco.

—¿Lo conoce usted?

—Ha sido un hombre fatal para mi familia, y si me he hecho filibustero, a él se lo debo. Pero no hablemos de esto, me lleno de odio y me vuelvo triste. ¡Beba usted, conde!

La comida terminó en silencio, sin que nada la interrumpiera. Los soldados, a pesar de sus ganas de quemar vivos a los filibusteros, no habían tomado ninguna determinación. No les faltaba el valor, ni los espantaba el barril de pólvora, pero temían por el Conde de Lerma y su sobrino, dos personas muy respetables en la ciudad.

Al caer la noche, Carmaux vio llegar más soldados a la calleja. Rápidamente llamaron al negro, quien había logrado hundir una parte del techo haciendo un, boquete de escape.

En aquel momento sonó una descarga y la casa se estremeció. Las balas horadaron las murallas y el techo.

—Les he prometido la vida —dijo el Corsario al conde y a su sobrino—, y suceda lo que quiera, sostendré mi palabra, pero ustedes deben jurar que no se rebelarán.

—Hable usted, caballero —dijo el conde—. Siento mucho que los asaltantes sean mis compatriotas. Si no lo fuesen, le aseguro que tendría el placer de combatir a su lado.

—Tienen ustedes que seguirme si no quieren volar.

—¿Cómo? ¿Van a volar mi casa? ¿Quieren arruinarme?

—¡Cállate, avaro —gritó Carmaux—. ¡Que te indemnice el gobernador!

En la calle sonó otra descarga. —

—¡Carmaux, la mecha! ¡Adelante, hombres del mar! —gritó el Corsario.

Ya en el desván, el africano, mostró el boquete. El Corsario entró por él y salió al tejado. Cuatro tejados más adelante, se veía un muro al lado de una palmera.

—¿Por allí debemos descender?

—Sí, patrón —respondió el negro.

—¿Se podrá salir por el jardín?

—¡Eso espero!

—¡Pronto! —gritó Carmaux—. ¡La casa se va a hundir bajo nuestros pies!

—¡Estoy arruinado! —exclamó el notario.

A pesar de tener que llevar en vilo al notario, que no podía moverse de espanto, los filibusteros llegaron en pocos instantes al borde del último tejado, junto a la palmera. Había allí un jardín que parecía prolongarse en dirección del campo.

—Yo conozco este jardín —dijo el conde—. Pertenece a mi amigo Morales.

—¡Bajemos pronto! —apuró Carmaux—. ¡La explosión puede lanzarnos al vacío!

Apenas había terminado de decir esto, cuando se vio brillar un enorme relámpago, al cual siguió un horroroso estampido. Inmediatamente cayeron sobre ellos trozos de maderas, muebles deshechos, pedazos de tela ardiendo.

—¿Están todos vivos? —preguntó el Corsario.

—Eso creo —respondió Wan Stiller.

Pero el notario yacía desvanecido y hubo que arrastrarlo, para evitar que muriera abrasado tras el incendio de su casa.

Ya caminaban hacia el muro que cercaba el jardín, cuando unos hombres armados de arcabuces se lanzaron fuera de la espesura gritando:

—¡Quietos, o hacemos fuego!

El Corsario empuñó la espada con la diestra y con la otra mano se quitó la pistola del cinto, dispuesto a abrirse paso; el conde lo detuvo con un gesto y adelantándose gritó:

—¡Cómo! ¿Acaso no conocen a los amigos de su amo?

—¡El señor Conde de Lerma! —exclamaron atónitos.

—Perdone usted, señor conde —dijo uno de los criados—; hemos oído una detonación espantosa, y como sabíamos que los soldados cercaban en la vecindad a unos corsarios, hemos acudido para impedirles la fuga.

—Los filibusteros han escapado ya; por lo tanto, ustedes pueden regresar. ¿No hay alguna puerta en la tapia del jardín?

—Sí, señor conde.

—Pues, ábranla, para que mis amigos y yo podamos salir.

El conde guió a los filibusteros unos doscientos pasos fuera del jardín.

—Caballero —dijo luego, deteniéndose—; usted me ha concedido la vida y yo me felicito de haberle podido prestar este pequeño servicio. Hombres tan valerosos como usted no deben morir en la horca y le aseguro que no habría perdonado al

gobernador si usted hubiese caído en sus manos. ¡Vuelva usted en seguida a bordo de su buque!

—Gracias, Conde —contestó el Corsario.

Los dos nobles se estrecharon las manos cordialmente y se separaron quitándose el sombrero.

—Ése es un hombre de una pieza —dijo Carmaux—. Si volvemos a Maracaibo, no dejaré de ir a buscarle. Se detuvieron unos cuantos minutos a la sombra de un gigantesco simaruba. Cuando estuvieron ciertos de que ningún español exploraba la campiña, avanzaron a escape, siempre bajo los árboles.

Cuando llegaron a la cabaña encontraron al prisionero gemebundo.

—¿Quieren ustedes hacerme morir de hambre? Prefiero que me ahorquen en seguida.

—¿Ha venido alguien a rondar por estos sitios? —le preguntó el Corsario.

—Señor, yo no he visto más que vampiros.

—¡Anda! ¡Recoge el cadáver de mi hermano! —dijo el Corsario dirigiéndose al negro.

Luego, se volvió hacia el prisionero y le cortó las ligaduras.

—Eres libre, porque el Corsario Negro cuando promete algo lo cumple. Pero debes jurarme que cuando llegues a Maracaibo, irás donde el gobernador y le dirás que he jurado por el mar, Dios y el Infierno, que le mataré a él y a todo el que lleve el nombre de Wan Guld. Ahora, ¡vete, y no vuelvas!

—¡Gracias, señor! —dijo el español, escapando con verdadero miedo.

El Corsario se volvió a sus acompañantes:

—¡Andando: el tiempo apremia! —apuró.

CAPÍTULO 3

UNA BELLEZA FLAMENCA EN BARCO ESPAÑOL

El Corsario y sus hombres, guiados por el africano, avanzaban a la carrera por el bosque, buscando alcanzar con prontitud la orilla del Golfo. Estaban inquietos por la suerte del barco, pues temían que el gobernador hubiera pedido ayuda a la escuadra del almirante Toledo.

A las dos de la mañana, Carmaux, que iba delante del negro, oyó un rumor lejano que indicaba la cercanía del mar. El Corsario hizo señas para que apresuraran más el paso y, poco después, llegaron a una playa baja llena de plantas.

La oscuridad era muy grande, pues había una niebla densa que se elevaba de las marismas que costeaban el lago.

Las crestas de las olas parecían despedir chispas y en muy pocos instantes trazos grandes de mar, poco antes negros como si fuesen tinta, se iluminaban de pronto, como si en su seno se hubiera encendido una poderosísima lámpara eléctrica.

—¡La fosforescencia! —exclamó Wan Stiller.

—¡Que el diablo se la lleve! —dijo Carmaux—. Hasta los peces parece que están de parte de los españoles.

El Corsario, entretanto, miraba el mar. Como no distinguía nada, miró hacia el Norte, y vio sobre el llameante mar una gran mancha negra que se destacaba entre la fosforescencia.

—Allí está *El Rayo* —dijo—. ¡Busquen el bote!

Carmaux y Wan Stiller se orientaron lo mejor que pudieron, pero no sabían dónde estaban. Después de recorrer más de un kilómetro, lograron descubrir la chalupa, que la marea baja había dejado entre la espesura.

Colocaron el cadáver cuidadosamente envuelto y le taparon el rostro. Inmediatamente se hicieron mar adentro, remando con vigor.

El Corsario, sentado en la popa, frente al cuerpo del ahorcado, había vuelto a caer en su tétrica melancolía.

La chalupa se deslizaba con rapidez alejándose de la playa. El agua llameaba y los remos parecían levantar chorros de chispas. Bajo las aguas, moluscos extraños ondulaban en número infinito, jugando entre aquella orgía de luz con sus cuerpos de diamantes y con sus desplazamientos, seguidos de breves relámpagos azules.

Sin dejar de remar, los filibusteros miraban en todas direcciones con inquietud, temiendo ver de un momento a otro los navíos enemigos.

Ya no distaban más de una milla del barco, el cual salía a su encuentro corriendo bordadas pequeñas, cuando llegó a sus oídos un grito extraño que semejaba un quejido y parecía terminar en un sollozo.

Ambos remeros se detuvieron en el acto y miraron en derredor llenos de espanto.

—¿Has oído? —preguntó Wan Stiller, bañado en sudor frío.

—¡Sí! —contestó Carmaux.

—¿Habrá sido un pez?

—¡Jamás he oído a un pez gritar de esa manera!

—¿Será el hermano del muerto?

—¡Silencio, camarada!

Los dos miraron al Corsario, pero éste seguía inmóvil, con los ojos fijos en el muerto.

—¿Has oído ese grito, compadre negro?

—¡Sí!

—¿Qué crees que haya sido?

—Quizás lo haya lanzado un lamantino.

—¡Hum! —exclamó Carmaux—. Habrá sido un lamantino, pero...

Se interrumpió bruscamente y palideció. Detrás de la popa del bote, entre un círculo de espuma luminosa, desaparecía una forma oscura e indecisa, hundiéndose en el acto en los negros abismos.

—¿Has visto? —preguntó con voz ahogada a Wan Stiller.

—¡Sí! —contestó éste, con un castañeteo de dientes.

—Una cabeza, ¿verdad?

—Sí, de un muerto.

—¿Y el Corsario no ha visto ni oído nada?

—¡Es el hermano muerto del Corsario Rojo llamando a su hermano!

—Tú, compadre, ¿no has visto nada?

—¡Sí; una cabeza! —contestó el africano.

—¿De quién? —preguntó Carmaux.

—De un lamantino.

—¡Al diablo!

En aquel instante resonó una voz que venía del barco.

—¡Eh!, los de la chalupa. ¿Quién vive?

—El Corsario Negro —gritó Carmaux.

Cuando el Corsario sintió que la proa del bote chocaba contra el casco del barco, hizo un movimiento como si despertara de tétricos pensamientos. Estaba asombrado de verse junto a su nave. Una vez que izaron el bote a bordo, tomó el cadáver de su hermano y fue a depositarlo junto al palo mayor.

Al ver al muerto, la tripulación que estaba escalonada, se descubrió.

Morgan, el segundo comandante, descendió del puente de órdenes y se dirigió al encuentro del Corsario Negro.

—A sus órdenes, señor! —dijo.

—¡Ya sabe usted lo que debe hacer! —respondió el Corsario con rabia y tristeza.

Comenzaba a clarear con una luz pesada como hierro. El Corsario llegó al puente y allí se quedó inmóvil. Su bandera había sido puesta a media asta, en señal de luto. Toda la tripulación estaba en cubierta. La campana resonó en la toldilla de popa y la tripulación en masa se arrodilló. En aquel momento parecía que la formidable figura del Corsario adquiría gigantescas proporciones. Su voz metálica rompió de improviso el fúnebre silencio que reinaba a bordo del buque.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Oídme! ¡Juro por Dios, por estas olas, nuestras compañeras, y por mi alma, que no gozaré de bien alguno sobre la tierra hasta que haya vengado a mis hermanos muertos por Wan Guld! ¡Que los rayos incendien mi barco y los abismos los traguen a todos si no mato a Wan Guld y no extermino a toda su familia, así como él ha exterminado la mía! ¡Hombres de mar! ¿Me han oído?

—¡Sí, comandante! —gritó la tripulación al unísono.

—¡Al agua el cadáver! —ordenó con voz sombría.

El contramaestre y tres marinos tomaron la hamaca con el cadáver y la dejaron caer. El fúnebre bulto se precipitó entre las olas, levantando un chorro de espuma como una llamarada.

De repente, lejos, se oyó otra vez el misterioso grito que tanto asustara a Carmaux y Wan Stiller.

Ambos se miraron, pálidos como dos muertos.

—¡Es el grito del Corsario Verde llamando al Corsario Rojo! —murmuró Carmaux.

—¡Sí! Los dos hermanos se han encontrado al fondo del mar.

Un silbido les cortó bruscamente la palabra.

—¡Sobre babor! —gritó el contramaestre.

El Rayo viró de bordo, y volteó entre los islotes del lago huyendo hacia el Gran Golfo.

Las aguas se doraban ya con los primeros rayos del sol, y se extinguió de repente la fosforescencia.

El día que siguió al entierro del Corsario Rojo fue tranquilo. El comandante no se había dejado ver, había dejado el mando y el gobierno del buque a su segundo, Morgan, para encerrarse en su camarote. Nadie lo había visto, ni siquiera Wan Stiller y

Carmaux. Se sospechaba, eso sí, que estaba con el africano, pues a éste tampoco se le encontraba por parte alguna del buque.

Llegada la noche, y mientras *El Rayo* recogía parte de sus velas, Wan Stiller y Carmaux, que rondaban cerca de la cámara, vieron salir por la escotilla la cabeza lanuda del africano.

—¡Eh, compadre! —dijo Carmaux al negro—. Ya era tiempo de que vinieras a saludar al compadre blanco.

—El patrón no ha hecho otra cosa que hablar de sus hermanos y de venganzas tremendas.

—Y las cumplirá. Wan Guld siente un odio implacable hacia el Corsario, pero le será fatal —aseguró Carmaux.

—¿Y se sabe cuál es el motivo de ese odio, compadre blanco?

—Es muy antiguo. Desde que estaban en Europa. Wan Guld había jurado vengarse de los tres corsarios antes de venir a América.

—¿Ya se conocían antes?

—Eso se dice. Los tres eran hermosos y valientes. El Verde era el más joven, y el Negro, el mayor; pero en ánimo, ninguno era inferior al otro. Y sus tres barcos eran los más veloces y los mejor armados de todo el filibusterismo.

—Lo creo —contestó el africano—. Basta con mirar este barco.

—Pero también para ellos llegaron días tristes —prosiguió Carmaux—. El Corsario Verde, que había zarpado de las Tortugas, fue sorprendido por la escuadra española. Tras una batalla desesperada, le capturaron y le condujeron a Maracaibo, donde lo ahorcaron por orden de Wan Guld.

—Lo recuerdo —expresó el negro—; pero su cadáver no quedó para pasto de las fieras. El Corsario Negro, con algunos servidores, robó el cadáver y logró sepultarlo en el mar.

—Ahora le ha tocado al Corsario Rojo. También ha sido sepultado en el mar Caribe.

—Compadre, va a ir a Maracaibo muy pronto. El comandante me ha pedido datos precisos. Piensa atacar la ciudad con una flota numerosa.

—El terrible Olonés Pedro Nun es amigo del Corsario Negro y se encuentra todavía en las Tortugas. ¿Quién va a poder resistir a esos dos hombres? ¡Mírale! ¿No da miedo ese hombre?

Allí, sobre el puente, estaba el Corsario con su atuendo negro.

—¡Parece un espectro! —murmuró en voz baja Wan Stiller.

—Y Morgan no le va en zaga —dijo Carmaux—. Si no es tétrico como la noche, el otro no es mucho más alegre.

Entre las tinieblas resonó una voz. Descendía de lo alto de la cruceta del palo mayor.

—¡Barco a sotavento!

—¡Morgan, mande usted apagar las luces! —gritó el Corsario.

—Gaviero —volvió a decir el Corsario, ya en la oscuridad—, ¿por dónde navega ese barco?

—Hacia el sur, comandante.

—¿Hacia la costa de Venezuela?

—Eso creo.

—¿A qué distancia?

—Cinco o seis millas.

El Corsario se inclinó sobre la pasarela:

—¡Hombres, a cubierta! —gritó.

Los ciento veinte filibusteros de la tripulación de *El Rayo* se colocaron en sus puestos de combate. Era tal la disciplina en el barco, que podría considerarse desconocida aun en los buques de guerra de las naciones más marineras. Sabía que sus jefes no dejarían impune una falta por pequeña que fuese, y se las harían pagar con un pistoletazo en la frente o abandonándolos en una isla desierta.

—¿Atacaremos esta noche a ese barco español, señor? —preguntó Morgan.

—¡Lo echaremos a pique! ¡Allá abajo duermen mis hermanos; pero ya no dormirán solos!

—¿Atacaremos con el espolón?

—Sí, si es posible.

—¡Perderemos los prisioneros, señor!

—¿A mí qué me importa?

—¡Ese barco puede ir cargado de riquezas!

—¡Tengo tierras y castillos en mi patria!

—Hablaba por lo que toca a nuestros hombres.

—Para ellos tengo oro. Mande usted virar de bordo

El Rayo viró de bordo, casi en el mismo sitio, y empujado por una brisa fresca que soplaba del sudeste, se lanzo sobre la ruta del velero señalado, dejando a popa una estela ancha y rumorosa.

A lo largo de las amuras, los arcabuceros inmóviles espiaban el barco enemigo, e inclinados sobre las piezas, los artilleros soplaban las mechas dispuestos a desencadenar una tempestad de metralla.

El Corsario negro y Morgan se mantenían vigilantes en el puente de mando.

Carmaux, Wan Stiller y el negro, en el castillo de proa, conversaban en voz baja.

—Mala noche para esa gente —decía Carmaux—. ¡Me temo que el comandante, con la ira que lleva en el corazón, no deje vivo ni un solo español!

—A mí me parece que ese barco es muy alto de bordo —reflexionaba Wan Stiller—. No me gustaría que fuera un barco de línea que va a reunirse con el almirante Toledo.

—¡Psch! Ya habrás oído que el comandante hablaba de acometerle con el espolón.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡Si hace eso, cuando menos piense se quedará sin proa *El Rayo!*

La voz del Corsario cortó de pronto la conversación.

—¡Hombres de la maniobra! ¡Arriba las suplementarias y afuera las bonetas!

—¡De caza! —exclamó Carmaux—. Según parece, boga bien el barco español para obligar a *El Rayo* a largar todo el trapo.

En aquel instante resonó en el mar una voz fuerte. Procedía del barco contrario.

—¡Ohé! ¡Barco sospechoso a babor!

El Corsario subió sobre la cubierta de cámara gritando:

—¡Venga la barra! ¡Hombres de mar, a la caza!

Solamente una milla separaba a ambos buques, pero los dos debían tener una velocidad extraordinaria, porque la distancia no parecía acortarse.

Había transcurrido una media hora, cuando la cubierta del barco español se iluminó rápidamente y una estruendosa detonación se propagó sobre las aguas. Un silbido bien conocido de los filibusteros se oyó en el aire; después un chorro de agua saltó a más de veinte brazas de la nave corsaria. Aquel cañonazo era la advertencia del buque adversario para que no lo siguieran

El Corsario Negro se hizo cargo en seguida de la ruta.

—¡Señor Morgan, a proa! —ordenó.

—¿Comienzo el fuego?

—Todavía no. Vaya usted a disponerlo todo para el abordaje.

—¿Abordaremos?

—Ya se verá.

Morgan y el contramaestre se dirigieron al castillo de proa, donde había cuarenta hombres con el hacha de abordaje colocada delante y un fusil en la mano.

—¡En pie! —ordenó—. ¡Preparen los bichos de lanzamiento!

Los cuarenta hombres se pusieron en silencio a la faena de los bicheros y a levantar barricadas con barriles llenos de hierro, en el caso de que el enemigo ocupara el barco.

Si temían al Corsario Negro, no menos miedo tenían de Morgan, tan audaz como su jefe. De origen inglés, había emigrado a América. Había hecho sus pruebas de modo sorprendente bajo las órdenes del famoso corsario Mausfled. Pero luego había superado a todos los filibusteros más célebres con la famosa expedición a Panamá, considerada como imposible. Dotado de una robustez excepcional y de una portentosa fuerza, hermoso de facciones, como el Corsario Negro sabía imponerse a sus rudos hombres con la sola indicación de una mano.

Pronto todo estuvo dispuesto bajo su mirada severa.

El buque adversario se hallaba entonces a unos seiscientos pasos de *El Rayo.* A pesar de no haber luna, se podía distinguir perfectamente el barco español, que, como Wan Stiller sospechara, era un barco de línea, un verdadero barco de guerra, armado seguramente de una manera formidable y tripulado en consecuencia por hombres aguerridos.

Otro corsario cualquiera de las Tortugas se habría guardado muy bien de atacarle, porque aun cuando venciesen, muy poco tendría que saquear. Pero el Corsario Negro, como hombre a quien las riquezas le tenían sin cuidado, no pensaba así.

Al ver que le seguían de modo tan obstinado, el buque español disparó a quinientos metros otro cañonazo con una de sus grandes piezas de proa. Esta vez la bala no se perdió en el mar; pasó por entre las velas para romper el extremo del pico de randa, haciendo caer la bandera del Corsario.

—Comandante, ¿comenzamos?

—¡Todavía no! —respondió el Corsario.

Un tercer cañonazo resonó en el aire y una bala hundió la amura de popa, a unos tres pasos del timón, que manejaba el Corsario.

Una sardónica sonrisa apareció en los labios del filibustero, pero no dio orden alguna.

El Rayo acrecentaba la rapidez de la carrera, presentando el alto espolón al barco enemigo. Avanzaba calladamente, sin contestar las provocaciones ni dar señal de que lo tripulase alguien. Parecía una sombra al ataque.

Muy pronto produjo un efecto siniestro entre los supersticiosos marinos españoles. Oíanse gritos de terror y órdenes precipitadas.

—¡Fuego de costado! —ordenó una voz, probablemente la del comandante.

Las siete piezas de estribor y los dos cañones de proa de la cubierta vomitaron sobre el barco corsario todos sus proyectiles. Las balas atravesaron velas, cordajes, se clavaron en el casco, hundieron amuras, pero no detuvieron el empuje de *El Rayo.* Guiado por el brazo robusto del Corsario Negro, éste cayó con todo su ímpetu sobre el gran barco. Por suerte para él, un golpe de barra dada a tiempo por su piloto, le salvó de una catástrofe espantosa, huyendo milagrosamente.

Fallado el golpe, el barco corsario prosiguió su carrera y desapareció entre las tinieblas sin haber dado señal de su numerosa tripulación ni de su poderoso armamento.

—¡Relámpagos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller, conteniendo la respiración—. ¡Españoles, eso se llama tener suerte!

—No se han producido más que averías insignificantes.

—¡Calla, Carmaux!

El Corsario gritaba por el portavoz:

—¡Dispuestos para virar de bordo!

—¿Volvemos? —preguntó Wan Stiller.

—¡Por Baco! ¡Por lo visto, no quiere dejar marchar al barco español! —contestó Carmaux.

—¡Y a mí me parece que éste tampoco tiene intenciones de irse!

Era verdad; el buque español viraba lentamente de bordo, presentando ahora el espolón, para evitar una nueva embestida.

—Compañero, preparémonos para una lucha desesperada. Y como es costumbre entre nosotros, los filibusteros, si me parte una bala de cañón o muero en el puente enemigo, te nombro heredero de mi fortuna.

—¿Que asciende...? —dijo Wan Stiller, sonriendo.

—A dos esmeraldas de más o menos quinientas piastras que llevo cosidas en el forro de mi chaqueta.

—Con eso me divierto una semana en las Tortugas. Yo también te nombro mi heredero; pero te advierto que no tengo más de tres doblones cosidos en el cinturón.

—¡Basta para vaciar media docena de botellas de vino a tu memoria!

El Rayo, entretanto, continuaba su carrera en derredor del barco de línea, sin contestar los cañonazos que de cuando en cuando éste le lanzaba sin éxito. Al amanecer, el Corsario, que no había soltado la barra del timón, hizo clavar su bandera y dirigió derechamente su barco contra el enemigo resuelto a abordarle.

—¡Hombres de mar! ¡Ya no les detengo más! ¡Vivan los filibusteros!

Tres vivas formidables le respondieron.

A mil pasos comenzó el cañoneo con furor.

El barco de línea era un gran buque de tres puentes, altísimo de bordo y con catorce bocas de fuego; un barco de batalla, probablemente destacado por algún asunto urgente de la escuadra del almirante Toledo. Llevaba en el palo mayor el estandarte de España y se dirigía hacia *El Rayo* cañoneándolo de un modo terrible.

Bastante más pequeño, el buque corsario apresuraba la marcha contestando con sus cañones de proa y en espera del momento oportuno para descargarle las doce piezas de sus costados.

En el puente caía una espesísima lluvia de balas, que ya iba abriendo claros entre los filibusteros. Pese a ello, *El Rayo* se dirigía con audacia sin par al abordaje.

A cuatrocientos metros, los fusileros fueron en ayuda de los cañones de proa y acribillaron la cubierta de la nave española. Los hombres de ésta caían por docenas a lo largo de las bordas; caían los artilleros y caían también los oficiales del puente de mando.

Bastaron diez minutos para que ni uno solo quedara vivo. Incluso el comandante cayó en medio de su oficialidad. Pero quedaban aún los hombres de las baterías, más numerosos que los marineros de cubierta. Había que disputar la victoria final.

El Rayo se apartó de pronto al impulso de un violento golpe de barra y fue a meter el bauprés por entre las escalas y el cordaje de mesana del barco enemigo.

El Corsario saltó a la cubierta de la cámara, con la espada en la diestra y una pistola en la izquierda.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Al abordaje!

Al ver que su comandante y Morgan se abalanzaban sobre el barco enemigo, los filibusteros les siguieron empuñando sus pistolas y hachas de abordaje.

Hallaron una resistencia inesperada. De todas las escotillas aparecían aguerridos españoles, que hasta entonces habían estado sirviendo a las baterías de los cañones.

De un nuevo salto el Corsario Negro cayó sobre la toldilla del buque español.

—¡A mí, los valientes de las Tortugas! —gritaba.

Morgan y los arcabuceros saltaron tras él, mientras desde las escalas y las crucetas, otros arrojaban bombas de manos con sus mechas encendidas.

El Corsario y sus hombres asaltaron tres veces la cubierta de la cámara, pero fueron rechazados. Morgan tampoco lograba conquistar el castillo de proa.

Pero la heroica resistencia de los españoles no podía durar mucho. Trepando por las escalas, los filibusteros se dejaron caer sobre la toldilla y el castillo. El Corsario Negro, espada en mano, se batía a punta de molinetes, dejando a su paso innumerables cadáveres.

Morgan, tras haber tomado el castillo de proa, acudió en su ayuda.

—¡Maten al enemigo! —ordenaba.

—¡No! ¡El Corsario Negro vence, pero no asesina! —contraordenó a su comandante— ¡Ríndanse! ¡Yo les aseguro la vida a los valientes!

Un contramaestre, el único oficial español que aún quedaba con vida, se adelantó, tirando su hacha de abordaje:

—¡Somos sus prisioneros, señor!

—Recoja su arma —dijo el Corsario—. Yo respeto a los valientes.

Los sobrevivientes, unos dieciocho, estaban asombrados. No esperaban piedad de los filibusteros.

—Morgan; haz botar una chalupa con agua y víveres.

—¿Los dejo libres, señor?

—Yo premio el valor.

—Gracias, señor —dijo el contramaestre—. Nunca olvidaremos la generosidad del Corsario Negro.

—¿De dónde venían ustedes?

—De Veracruz. Navegábamos a Maracaibo.

—¿De qué escuadra es este barco? —continuó el Corsario.

—De la del almirante Toledo.

—Están ustedes libres. —Y al ver que el contramaestre vacilaba, agregó—: Parece que usted quiere decirme algo más.

—Hay más personas a bordo, señor. Mujeres y pajes. Están en la cámara de popa.

—¿Quiénes son?

—No lo sé, señor. Pero una de las mujeres es una dama importante; creo que una duquesa.

—Es raro, en un barco de guerra. Bien, en La Tortuga mis hombres decidirán qué rescate tendrá que pagar por ella su familia. ¡A la chalupa, valientes! ¡Han hecho honor a su patria y a su bandera!

El Corsario Negro les miró alejarse.

—¡Demasiado valerosos para el traidor que los comanda! —murmuró sordamente—. ¡Morgan! Comunique a mis hombres que renuncio en su favor a la parte que me corresponde por la venta de este barco.

—Pero, señor, ¡vale una fortuna!

—¡El dinero no me importa! Yo combato por motivos personales. Que mis hombres fijen el rescate de la duquesa. Los gobernadores de Veracruz y de Maracaibo deberán pagar si la quieren libre.

La puerta de la cámara se abrió y apareció una joven, seguida por dos camareras y dos pajes. Todos estaban ricamente vestidos.

La joven era alta, de tez nacarada y sus cabellos, de oro trigo, estaban recogidos en una larga trenza. Unos ojos grises iluminaban su lindo rostro.

Al ver la carnicería de la cubierta, la joven tuvo un gesto de espanto. Habló al Corsario con altivez:

—¿Qué ha pasado, caballero?

—Un combate, señora. Un combate en el que ustedes perdieron.

—¿Quién es usted?

El Corsario Negro apartó su espada tinta en sangre y se quitó el sombrero.

—Emilio de Roccanera, señor de Ventimiglia. Pero se me conoce con otro nombre —añadió.

—¿Cuál?

—El Corsario Negro.

Una mueca de terror recorrió el rostro de la joven.

—¡El Corsario Negro! ¡El enemigo de los españoles!

—Lucho contra ellos, pero no los odio. La prueba es que he dejado en libertad a los sobrevivientes de su barco.

—Entonces, ¿mienten quienes aseguran que usted es sanguinario?

—Posiblemente.

—Y... ¿qué va usted a hacer conmigo, caballero?

—Yo preguntaré: ¿usted es española?

—Flamenca.

—Duquesa, ¿no es cierto?

—Cierto.

—Su nombre, por favor.

—¿Necesita saberlo?

—Sí, si quiere verse libre.

—Olvidaba, señor, que soy su prisionera.

—No mía; de mis hombres. Por mí, la desembarcaría en el puerto más cercano. Pero no puedo violar la ley del mar.

—Gracias —sonrió—. Me pareció raro que un caballero de la nobleza europea se convirtiera en ladrón.

—Tal vez llegue el día en que usted sepa, señora, por qué un noble europeo puede hacerse filibustero en los mares de América. ¿Su nombre, repito?

—Honorata Willeman, duquesa de Weltendram.

—Bien, señora, baje a su cámara. Tenemos el triste deber de sepultar a los muertos. A usted la espero esta tarde, en mi barco, para que coma conmigo.

—Gracias, caballero.

Le ofreció su mano, hizo una leve inclinación y salió. El Corsario se mantuvo inmóvil. Miraba la puerta cerrada, con la frente sombría.

Los españoles habían perdido ciento sesenta hombres y cincuenta los filibusteros. La enfermería de *El Rayo* estaba repleta de heridos.

Ambos barcos estaban averiados, pero el español no podía navegar con sus propios medios. El Corsario hizo limpiar las toldillas y realizar las reparaciones urgentes, mientras se arrojaban los cadáveres al mar envueltos en sacos y una bala de cañón como lastre.

El Rayo quedó unido al otro barco mediante una cuerda para remolcarlo. El Corsario dio órdenes a Carmaux y al negro de que trajeran a la duquesa. Mientras ésta llegaba, se paseó nervioso y sombrío de un lado a otro.

Tres veces se acercó a Morgan, como para ordenarle algo, pero no lo hizo. Había salido la luna. De pronto se oyó llegar la chalupa.

La duquesita subió livianamente por la escala. Con el sombrero en la mano, el Corsario la esperaba en la borda.

—Gracias por haber aceptado mi invitación, señora.

—Soy yo la agradecida por recibirme en su barco, pues soy su prisionera —repuso afablemente la joven.

El Corsario le pidió que le siguiera, pero ella le detuvo:

—Caballero, ¿no le importa que haya traído a una de mis camareras?

—En absoluto, señora.

Le ofreció el brazo, la hizo entrar en el saloncito de la cámara y sentarse junto a su camarera mulata. Él tomó asiento frente a ambas, mientras Moko servía la comida en vajilla de plata.

Durante la comida, apenas se habló.

—Perdone, señora —dijo el Corsario cuando les trajeron los postres—, que haya estado tan silencioso. Al atardecer siento una tristeza que no puedo reprimir. Me atormentan negros recuerdos.

—¿Tal cosa le sucede al corsario más valeroso que surca los mares? —preguntó ella con extrañeza—: ¡Me cuesta creerlo!

—Observe usted mi traje... ¿No es fúnebre, señora?

—Sí, usted viste de negro. En Veracruz se rumorean cosas sobre usted que aterran al más valiente.

—¿Qué cosas, señora?

—Se rumorea que el Corsario Negro ha navegado, junto con dos hermanos vestidos uno de verde y otro de rojo, para realizar una horrible venganza.

El Corsario no dijo nada. Su frente se mantenía hosca.

—Dicen también que usted está siempre triste. Y que, cuando hay tormenta en las Antillas, desafía al viento y al mar protegido por espíritus infernales...

—¿Qué más dicen?

—Que a sus hermanos los ahorcó un mortal enemigo de usted. Y que...

—¡Continúe!

—No me atrevo —dijo ella, inquieta.

—¿Acaso le doy miedo?

—No, pero... —poniéndose en pie, le preguntó—: ¿Es cierto que usted evoca a los muertos?

A babor del barco estalló una enorme ola. El Corsario se levantó y se quedó mirando, pálido, a la joven. En sus ojos había una indisimulada emoción. Fue hacia la ventana.

El mar brillaba, calmo, iluminado por la luna, pero a babor el agua arremetía contra el casco como impulsada por una fuerza misteriosa.

El Corsario, mudo, observaba el mar. La duquesa se le había acercado, llena de un supersticioso espanto.

—¿Qué ve usted, caballero? —susurró.

—Me preguntaba —dijo él—, si los sepultados en el mar pueden volver a la superficie.

Un escalofrío recorrió a la joven.

—¿A qué muertos se refiere usted?

—A los que no han sido vengados —repuso él.

—¿A sus hermanos, talvez?

—¡Talvez!

Regresó a la mesa y llenó dos vasos de vino.

—¡A su salud, señora! —dijo, sonriendo forzadamente—. Es tarde. Es hora de que vuelva a su barco.

—El mar ya está calmo, caballero. No hay peligro para la chalupa que ha de trasbordarme.

El Corsario pareció serenarse.

—¿Quiere usted acompañarme un rato más, señora?

—Si a usted no le molesta.

—¡Molestarme! ¡Oh, no! Pero..., ¿me equivoco o usted tiene alguna otra razón para continuar aquí?

—Es posible, caballero.

—Hable, se lo ruego. Usted me quita mi tristeza.

—Dígame, caballero, ¿por qué usted odia tanto al hombre de que quiere vengarse? —preguntó ella dulcemente.

—Porque mató y destruyó a mi familia completa, señora. Hace dos noches, apenas, hice un juramento que mantendré aunque me cueste la vida.

—Ese hombre, ¿se encuentra ahora en América?

—¡Sí!

—¿Quién es? ¿Puede usted decírmelo? —preguntó ansiosamente.

—Ya es tarde, señora, y usted debe trasbordar.

Se dirigió al negro, que permanecía en un rincón:

—¿Lista la chalupa?

—Sí, comandante.

El Corsario ofreció el brazo a la joven y la llevó a cubierta. Ante la escala, dijo:

—Buenas noches, señora.

Ella le tendió su mano y sintió temblar la del Corsario.

—Gracias por todo, caballero.

Él hizo una venia. Seguida de la mulata, la joven bajó hasta la chalupa. Desde allí alzó la vista y vio que el Corsario continuaba inmóvil, mirándola.

El Rayo navegaba lentamente hacia las costas de Cuba o de Santo Domingo, llevando a remolque el barco español. Gracias a unos vientos favorables, al tercer día enfilaba la proa hacia las costas meridionales de Cuba.

El Corsario salió de su cámara al oír el silbido que anunciaba tierra a la vista. Aún se mantenía intranquilo, sin cambiar una palabra con nadie, ni siquiera con Morgan. Miró abstraído las montañas de Jamaica, en el horizonte, y luego se fijó en la proa del barco español, que navegaba a unos veinte metros.

Una sombra blanca se apoyaba en la amura. Era la duquesa, envuelta en un amplio manto blanco y con los cabellos sueltos cayéndole dorados sobre la espalda. También ella miraba el barco filibustero.

Sin saludar, el Corsario Negro clavó los ojos en los de la joven. La fascinación duró casi un minuto. Pero el Corsario, como arrepentido de su debilidad, dio un paso hacia el timonel.

La joven continuaba inmóvil, mirándole sin pestañear.

El Corsario siguió retrocediendo, hasta tropezar con Morgan.

—¿Miraba usted el sol, señor? —le preguntó éste.

—¿Qué pasa con el sol?

El comandante de *El Rayo* abrió los ojos, que había cerrado para no ver la figura de la joven, y miró. El sol estaba poniéndose rojo.

—Se acerca un huracán —murmuró.

—Así parece, señor.

—Sí. Tendremos que abandonar nuestra presa. No podremos remolcarla.

—¿Me permite una sugerencia, señor? Envíe a la mitad de la tripulación al buque español.

—Sí. No quiero que mis hombres pierdan lo ganado tan duramente.

—¿Dejará usted en aquel navío a la duquesa? Creo, con su permiso, comandante, que estaría mejor a bordo de *El Rayo.*

—¿Acaso le importa si se ahoga? —repuso el Corsario, clavándole la vista.

—Vale muchos miles, señor.

—¡Cierto!

—¿Ordeno que la trasborden, señor, antes de que la tormenta lo impida?

Sin responder, el Corsario continuó paseándose. De pronto se detuvo.

—¿Cree usted que la fatalidad acompaña a ciertas mujeres? —preguntó bruscamente a Morgan.

—No lo sé, señor —repuso éste, perplejo.

—¿Le daría a usted miedo amar a una mujer?

—¿Miedo? No le comprendo, señor.

El Corsario mostró a la joven, que seguía en el mismo sitio.

—¿Qué le parece?

—Una criatura muy bella.

—¿No le tendría miedo?

—¡No, desde luego!

—A mí sí me da miedo.

—¡Al valiente Corsario Negro! Usted bromea, señor.

—Me acusan —dijo el Corsario— de conocer el destino. Sucede que una gitana me predijo que la primera mujer que amase me sería fatal.

—Supersticiones, comandante.

No. La misma gitana predijo que uno de mis hermanos moriría a traición en un combate, y los otros en la horca. ¡Y no se equivocó!

—¿Y usted cómo moriría, mi comandante?

—En el mar, lejos de mi patria, a causa de la mujer amada.

Y acercándose a Carmaux, a Wan Stiller y a Morgan, ordenó:

—Bajen una chalupa y trasborden a la duquesa.

Morgan, a su vez, despachó a treinta filibusteros al barco español.

—¿Tenía algo urgente que comunicarme, caballero? —preguntó la joven en cuanto estuvo ante el Corsario.

—Sí, señora. Es posible que apenas se desate el huracán debamos dejar su barco a su suerte. Mi navío es seguro.

—Gracias, señor.

—¡No me las dé! ¡Mi decisión puede ser fatal para alguien!

—¿Para quién?

Sin responder, el Corsario hizo que la joven se retirara a una cámara. Luego examinó el cielo, preocupado.

—¿Cómo capearía usted esta tormenta? —preguntó a Morgan.

—Refugiándome en Jamaica.

—Eso vale para el barco español. Pero *El Rayo*.... ¡Corten el cable de remolque! Ordene a los del navío español que se refugien en Jamaica. Les esperaremos en las Tortugas.

Ambos barcos se separaron. El huracán se acercaba velozmente. El Corsario, tranquilo, no parecía preocupado por las olas y el viento cada vez más furiosos.

—¡Dame la barra! —ordenó al timonel—. ¡Yo guiaré mi barco!

El atardecer se había ennegrecido de golpe. El mar y la lluvia bullían. *El Rayo* navegaba casi sin velamen, luchando valerosamente contra el furioso oleaje. Todo estaba saturado de electricidad.

El Corsario piloteaba su navío con mano firme. Las olas le bañaban el cuerpo, el viento casi le arrancaba del timón, pero continuaba en su puesto sonriendo.

De pronto, un gesto de terror borró su sonrisa. Una mujer salía de la cámara y subía a la toldilla. El viento huracanado batía su suelta cabellera.

—¡Señora! —gritó el Corsario—. ¡Vuelva a la cámara! ¡Aquí reina la muerte!

—¡No le temo!

—¡Váyase! ¡Es una orden!

La joven continuó sujeta a la baranda.

—¿Qué hace aquí? —gritó el Corsario.

—¡Vengo a ver al Corsario Negro!

—¿No se da cuenta de que las olas pueden sacarla del barco?

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Me importa! ¡No quiero que muera!

La joven sonrió sin moverse de su sitio. Los ojos de ambos se encontraron, con la misma expresión de esa mañana.

—¡No me mire así, señora! —gritó él, tras un violento bandazo—. ¡Estamos jugándonos la vida!

La duquesa se tapó el rostro con las manos.

Se acercaban a las costas de Haití. A la luz de los rayos se veían los escollos contra los que el barco podía destrozarse.

—¡Cambien la vela del trinquete! ¡Abajo los foques! ¡Listos para la virada!

Sin ceder, *El Rayo* absorbía las olas estremeciéndose entero. Cuando se inclinaba mucho a babor o a estribor, el Corsario lo levantaba con un rápido golpe de barra.

Cuando amaneció, el viento había cambiado y *El Rayo* estaba frente al Cabo de Haití. Apenas vio el faro del puerto, el Corsario, que estaba agotado, entregó la barra a Morgan y se acercó a la joven.

—Sígame, señora. Estuve admirándola. Jamás había visto a una mujer afrontar tan tranquila un peligro como el que pasamos.

Ella se sacudió sus vestimentas empapadas.

—Ya puedo contar —dijo— que he visto al Corsario Negro enfrentar a uno de los huracanes más violentos que han azotado las Antillas.

—¡Cuánto siento, señora, que usted haya de ser una mujer fatal, según la gitana!

—¿Qué dice? —preguntó la joven, sorprendida—. ¿Acaso cree en supersticiones?

—¿Por qué no? Las predicciones de la gitana se han cumplido todas. —Señaló las olas, agregando—: ¡Pregúnteselo a mis hermanos! ¡Eran valientes, jóvenes y fuertes! ¡Ahora yacen en ese fondo! ¡La profecía se cumplió y también se cumplirá la mía!

Esbozó un movimiento de protesta, con los puños cerrados, y descendió a la cámara. La joven quedó sorprendida ante aquellas palabras y gestos que no podía comprender.

Empujado por vientos favorables en un mar tranquilo, *El Rayo* se hallaba tres días después a la altura de La Tortuga, el refugio de los filibusteros del Gran Golfo.

CAPÍTULO 4

SEGUROS EN LA TORTUGA

Cuando El Rayo ancló en el puerto seguro de La Tortuga, los filibusteros estaban en plenos festejos. La mayoría de ellos habían obtenido un rico botín en correrías recientes por las costas de Santo Domingo y de Cuba a las órdenes del Olonés y de Miguel, el Vasco.

Tigres en el mar, en tierra aquellos hombres eran los más alegres habitantes de las Antillas y, cosa insólita, también los más corteses. A sus fiestas invitaban a todos los infortunados prisioneros españoles por los que estaban pidiendo rescate. En todo momento trataban de hacerles olvidar su triste condición. Triste, porque si el rescate exigido no llegaba, los filibusteros acostumbraban, entre otras artimañas, a mandar la cabeza de algún prisionero para hacerlos decidir por los restantes.

Cuando la nave ancló, los corsarios interrumpieron su banquete, sus bailes y sus juegos, la alegría de ver llegar al Corsario Negro se ensombreció por la bandera a media asta de *El Rayo.*

El caballero de Roccanera, que lo había visto todo desde el puente, llamó a Morgan.

—Comuníqueles que el Corsario Rojo ha tenido honrosa sepultura y que su hermano prepara la venganza que... —se interrumpió para agregar—: Díganle al Olonés que quiero hablar con él; luego, preséntele mis saludos al gobernador, al que también visitaré más tarde.

Media hora después, cuando ya habían terminado las labores de amarre, el Corsario bajó al camarote donde se encontraba la joven flamenca preparada para desembarcar.

—Señora, una chalupa la llevará a tierra.

—Soy su prisionera, caballero, y no me opondré a usted.

No es mi prisionera, señora.

—¿Por qué? Todavía no he pagado mi rescate.

—Ya fue recibido en la caja de la tripulación.

—¿Quién lo pagó? —preguntó la joven, sorprendida—. Todavía no he comunicado mi situación al marqués de Heredia ni al gobernador de Maracaibo. ¿Acaso ha sido usted?

—Y bien, ¿si hubiera sido yo?... —preguntó el Corsario, mirándola a los ojos.

—Es una generosidad que no creía encontrar entre los filibusteros de la Tortuga, pero que no me sorprende en el caballero de Roccanera, señor de Ventimiglia. Sólo le ruego decirme en cuánto fue fijado mi rescate.

—¿Está usted ansiosa por abandonar La Tortuga?

—Se equivoca usted. Cuando llegue el momento, lamentaré abandonar la isla. Le guardaré vivo agradecimiento y jamás le olvidaré.

¡Señora! —exclamó el Corsario con los ojos iluminados, y avanzó hacia ella, pero se contuvo.

Empezó a pasearse por la habitación. Bruscamente preguntó a la joven:

—¿Conoce usted al gobernador de Maracaibo?

La duquesa se estremeció al oírle. En sus ojos se veía una gran ansiedad.

—Sí —respondió, con un hilo de voz.

—¿Qué le sucede, señora? —preguntó el Corsario, sorprendido—. Está usted pálida e inquieta.

—¿Por qué esa pregunta? —insistió la joven, sin responder.

El Corsario iba a contestar cuando se oyeron los pasos de Morgan.

—Comandante —dijo éste, entrando—, Pedro Nau le espera en su casa. Le tiene importantes noticias.

El Corsario se volvió hacia la joven:

—Señora, permítame que le ofrezca la hospitalidad de mi casa y que ponga a su disposición a Moko, a Carmaux y a Wan Stiller. Ellos la conducirán hasta allá y quedarán a sus órdenes.

—Caballero..., por favor, una palabra... —balbuceó la duquesa.

—Sí, la comprendo a usted. Pero del rescate hablaremos luego.

Y sin más, salió y atravesó apresuradamente la cubierta, descendiendo a la chalupa que le esperaba. Saltó a tierra y pronto se internó pensativo en un bosque de palmeras.

—¡Ah!, el tétrico filibustero oculto en el bosque.

—¡Eres tú, Pedro! —dijo el Corsario, volviéndose.

—Soy el Olonés, el mismo que viste y calza.

Era el famoso filibustero, el más despiadado enemigo de los españoles, que terminaría su fugaz carrera bajo los dientes de los antropófagos. Natural de Olón, había sido marinero contrabandista en las costas de España. Sorprendido por los aduaneros, perdió su barco, su hermano fue muerto a balazos y él, gravemente herido. Curado, pero en la más espantosa miseria, se vendió como esclavo para ayudar a su anciana madre.

Luego se enroló como bucanero esclavo; después, en las mismas condiciones, pasó a ser filibustero. Como demostrara un coraje excepcional, obtuvo un pequeño barco que le concedió el gobernador de La Tortuga.

Con este barco realizó audaces prodigios, ocasionando enormes daños a las colonias españolas. Lo respaldaban los tres corsarios: el Negro, el Rojo y el Verde.

—Acompáñame a casa —dijo ahora el Olonés, después de estrechar la mano al capitán de *El Rayo*—. Esperaba impaciente tu regreso.

—También yo estaba impaciente por verte. Estuve en Maracaibo.

—¿Tú?... —exclamó, asombrado, el Olonés.

—Preferí rescatar personalmente el cadáver de mi hermano.

—Ten cuidado. Tu audacia te puede costar la vida. Recuerda a tus hermanos.

—¡No hables de eso, Pedro! ¡Voy a vengarlos muy pronto!

—¡Y yo! Ya he hecho algo: preparé la expedición. Tengo ocho naves, incluyendo la tuya, y cuento con seiscientos hombres, entre filibusteros y bucaneros. Nosotros capitanearemos a los primeros y Miguel, el Vasco, a los otros.

—¿Necesitas dinero? —preguntó el Corsario.

—Me gasté ya todo lo que obtuve en la expedición a Los Cayos.

—Por mi parte, puedes contar con diez mil piastras.

—¡Por las arenas de Olón!...

—Te habría dado más, pero esta mañana tuve que pagar un fuerte rescate.

—¿Un rescate, tú?

—Sí, por una gran dama que cayó en mis manos. El dinero del rescate le correspondía a mi tripulación.

—¿Una española?

—No, una duquesa flamenca emparentada con el gobernador de Veracruz.

—¡Flamenca! Igual que tu mortal enemigo —reflexionó con tristeza el Olonés.

—¿Qué quieres sugerir? —preguntó el Corsario, palideciendo.

—Qué podría estar emparentada con Wan Guld.

—¡Dios no lo quiera! —murmuró el Corsario, en un susurro.

—Y si así fuera, ¿por qué iba a importarte?

—He jurado exterminar a todos los Wan Guld, y también a sus parientes.

—Bueno, la matas y santas paces.

—¡Oh, no! —exclamó el Corsario, aterrorizado.

—¡Por las arenas de Olón!... Estás enamorado de tu prisionera.

—¡Calla, Pedro!

—¿Por qué? ¿Acaso es una vergüenza para los filibusteros amar a una mujer?

—No, pero sé que esa joven me será fatal.

—Entonces, abandónala a su suerte.

—Demasiado tarde. La amo con locura.

—¿Y ella te corresponde?

—Creo que sí.

—¡Qué linda pareja, a fe mía!... ¡El señor de Roccanera sólo podía emparentarse con una dama de alcurnia!... Suerte rara en América, y aún más rara para un filibustero. Vamos a bebernos unas copas a la salud de tu duquesa, amigo mío.

La casa del Olonés —una sencilla casa de madera a la usanza de las Antillas— estaba en el linde del bosque, a media milla de la ciudadela. Ya en su interior, ambos hombres se sentaron en sillones de bambú y descorcharon varias botellas de vino español.

—A tu salud, caballero, y a los ojos de tu dama —brindó el Olonés, chocando los vasos.

—Prefiero que bebamos por el éxito de nuestra expedición —repuso el Corsario.

—Será un éxito, amigo. Dime, ¿tú conoces a Wan Guld?

—Lo conozco mejor que a los españoles que sirve.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un viejo soldado que peleó largamente en Flandes y que lleva uno de los apellidos más ilustres de la nobleza flamenca. Fue un gran conductor de ejércitos y habría ganado muchos otros títulos si el oro español no lo hubiera hecho traidor.

—¿Es viejo? —preguntó el Olonés.

—Debe tener unos cincuenta años. Es un zorro astuto.

—En Maracaibo, entonces, nos espera una resistencia terrible.

—Nuestros hombres, Pedro, tienen un valor insuperable. ¿Cuándo partimos?

—Mañana al alba.

—Me quedaré en tu casa; he cedido la mía a la duquesa.

—Es una alegría inesperada. Prepararemos mejor la expedición, junto con el Vasco, que vendrá a comer.

—Gracias, Pedro —repuso el Corsario, y se levantó dirigiéndose a la puerta.

—¿Ya te vas?... —le preguntó el Olonés.

—Sí, tengo algo que hacer. Pero dentro de unas horas estaré de vuelta.

—Adiós. No te dejes hechizar por la flamenca.

El Corsario ya estaba lejos. Había tomado otro sendero, avanzando por el bosque que se extendía detrás de la ciudadela y cubría buena parte de la isla. Soberbias palmas llamadas maximilianas, gigantescas mauritias de grandes hojas recortadas en forma de abanico, entrecruzaban su fronda con la de las bosnelías de hoja rígida como de metal.

Debajo de esos colosos, las palmas crecían en profusión, sin necesidad de cultivo, los agaves preciosos que dan un líquido picante y dulzón, conocido en las orillas del Golfo de México como aguamiel y mezcal cuando está fermentado, las vainillas selváticas y los largos pimenteros.

Pero el Corsario Negro, abstraído en sus pensamientos, no se detenía a contemplar aquella espléndida vegetación. Apuraba el paso, impaciente por llegar.

Media hora después se detenía bruscamente al borde de una plantación de altas cañas, cuyo color amarillo rosado adquiría tonalidades de púrpura a los rayos del sol poniente. Las hojas largas caían hacia el suelo, apretadas alrededor de un fuste delicado que terminaba en un bellísimo penacho blanco adornado con una franja tenue cuyo

colorido estaba entre cerúleo y rubio: era una plantación de caña de azúcar en plena madurez.

El Corsario caminó al lado del cultivo durante un rato, luego penetró resueltamente entre las cañas y atravesó el terreno cultivado para detenerse, del otro lado, frente a una construcción muy graciosa que se levantaba entre un grupo de palmeras que la sombreaban por completo.

Era una casa de dos plantas, semejante a las que se construyen en México; las paredes estaban pintadas de rojo, adornadas con mosaicos, y el techo formaba una gran terraza llena de tiestos con flores.

Un enorme calabacero de largas y tupidas hojas que produce un fruto reluciente, color verde pálido y forma esférica, del tamaño de un melón, la cubría por completo, llegando a las ventanas y a la terraza.

Ante la puerta, Moko, el coloso africano, estaba sentado fumando una vieja pipa que le había regalado su único amigo, el compadre blanco.

El Corsario permaneció inmóvil un instante, mirando las ventanas y la terraza, luego hizo un gesto de impaciencia con la cabeza y se dirigió hacia el africano, quien, al verle, se levantó prestamente.

—¿Dónde están Carmaux y Wan Stiller? —le preguntó..

—Fueron. al puerto, para saber si habíais ordenado algo, señor.

—¿Qué hace la duquesa?

—Está en el jardín.

—¿Sola?

—Con sus camareras y sus pajes

—¿Qué hace?

—Os está preparando la mesa

—¿Para mí?... —pregunto el Corsario, cuya frente se aclaró de pronto como si un fuerte golpe de viento hubiese dispersado las nubes que la oscurecían.

—Estaba segura de que vendríais a cenar con ella.

—La verdad es que me están esperando en otro lugar, pero prefiero mi casa y su compañía a la de los filibusteros —murmuró.

Entró por un zaguán adornado con tiestos floridos que exhalaban delicado perfume, y salió del otro lado de la casa, al amplio jardín rodeado por una cerca alta y sólida imposible de escalar.

Si la casa. era graciosa, el jardín era muy pintoresco; hermosos senderos que los plátanos sombreaban prodigando su delicada frescura y ofreciendo su carga de frutas brillantes en forma de enormes racimos, se abrían en todas direcciones, dividiendo el terreno en canteros, en los que crecían espléndidas flores tropicales.

En los ángulos se levantaban maravillosas perseas que producen una fruta verde del tamaño de un limón y cuya pulpa servida con azúcar y jerez es riquísima; pasifloras, que dan una fruta exquisita, del tamaño de un huevo de pato, que contiene una sustancia gelatinosa de exquisito sabor; graciosas cumarú de flores purpurinas de delicado perfume, y palmas oacuri con sus almendras colosales, que alcanzan un tamaño de sesenta y hasta de ochenta centímetros.

El Corsario tomó uno de ésos senderos y llegó, sin hacer ruido, a una especie de glorieta formada por un gran calabacero como el que recubría la casa, bajo la espesa sombra de un "yupati" del Orinoco, palma maravillosa cuyas hojas alcanzan el increíble largo de quince pies, es decir, de más de once metros.

Rayos de luz brillaban por entre las hojas del calabacero y se oían juveniles risas.

El Corsario se detuvo a mirar: una mesa cubierta con albo mantel de encaje de Flandes estaba tendida en aquel pintoresco lugar.

Ramos de flores perfumadas decoraban con gusto la mesa, dispuestos alrededor de dos candelabros y de pirámides de frutas exquisitas: ananás, bananas, nueces de coco frescas, y "aphunas", especie de melocotones muy grandes que se comen cocidos con agua y azúcar.

La joven duquesa disponía las flores y las frutas, ayudada por sus dos mestizas.

Llevaba un vestido de color azul como el cielo, con encajes de Bruselas, que daba mayor realce al candor rosado de su piel y a su cabellera rubia recogida en una gruesa trenza que le caía a la espalda. No usaba joyas, contra la costumbre de las hispanoamericanas, entre las cuales sin duda había vivido mucho tiempo; sólo una doble fila de hermosas perlas cerradas con una esmeralda ceñía su cuello.

El Corsario Negro la contemplaba con ojos brillantes, su mirada no perdía ni uno de sus movimientos. Parecía estar hechizado por esa belleza nórdica, ya que no se atrevía casi a respirar, por temor de romper el encanto.

De pronto hizo un ademán, y su mano golpeó las hojas de una pequeña palma que crecía junto a la glorieta.

Al ruido, la joven flamenca se volvió y vio al Corsario. Un ligero sonrojo tiñó sus mejillas y sus labios se abrieron en una sonrisa que dejaba ver sus pequeños dientes brillantes, como las perlas que llevaba al cuello.

—¡Ah...! ¿Sois vos, caballero? —exclamó alegremente, y con una graciosa inclinación, mientras el Corsario se quitaba el sombrero, agregó:

—Os esperaba... Mirad: la mesa está preparada para cenar.

—¿Me esperabais, Honorata? —preguntó el Corsario, besando la mano que ella le tendía.

—Lo estáis viendo, caballero. Hay un trozo de manatís, aves asadas y pescado, que sólo esperan que les hagáis los honores. Yo misma he vigilado su preparación.

—¿Vos, duquesa?

—¿De qué os asombráis?.. Las mujeres flamencas acostumbran preparar ellas mismas la comida para sus huéspedes y sus maridos.

—¿Y vos me esperabais?

—Sí, caballero.

—Sin embargo, no os había advertido que tendría la inefable dicha de cenar con vos.

—Es cierto, pero el corazón de la mujer adivina a veces la intención del hombre y mi corazón me dijo que vendríais esta noche —agregó ella, sonrojándose otra vez.

—Señora —dijo el Corsario—, la verdad es que un amigo me invitó a cenar. Pero ¿creéis que pueda renunciar a vuestra exquisita hospitalidad? Quizá sea la única vez.

—¿Qué estáis diciendo, caballero? —inquirió la joven, estremeciéndose—. ¿Acaso el Corsario Negro tiene prisa por retornar al mar?... ¿Apenas ha puesto pie en tierra de regreso de una audaz expedición y quiere ya correr en busca de nuevas aventuras?... ¿No sabe que en el mar puede esperarlo la muerte?

—Lo sé, señora, pero el destino me empuja lejos y obedezco.

—¿Nada puede deteneros?... —preguntó ella con voz trémula.

—Nada.

—¿Ningún afecto?

—No.

—¿Ni siquiera la amistad? —preguntó la joven, cada vez más ansiosa.

El Corsario, nuevamente sombrío, iba a contestar con otra negativa, pero se contuvo, y ofreciendo una silla a la joven, dijo:

—Sentaos, señora, la cena se enfría y lamentaría no hacer honor a esta comida preparada por vuestras hermosas manos.

Se sentaron uno frente al otro y las dos mestizas comenzaron a servir. El Corsario estaba amabilísimo; mientras comía hablaba con entusiasmo, y su conversación era espiritual y cortés. Trataba a la joven duquesa con la gentileza de un perfecto hombre de mundo, la informaba sobre los usos y costumbres de los filibusteros y de los bucaneros, le hablaba de sus prodigiosas fiestas, de sus extraordinarias aventuras, le narraba batallas, abordajes, naufragios, pero sin hacer la menor mención referente al viaje que habría de emprender en compañía del Olonés y del Vasco.

La joven flamenca lo escuchaba sonriendo y admiraba su espíritu, su locuacidad nada frecuente y su amabilidad, aunque parecía preocupada como si un pensamiento la asediara o una invencible curiosidad, ya que al responderle volvía siempre al tema del viaje a emprender.

Las tinieblas habían caído dos horas antes y la luna brillaba entre los claros de la fronda, cuando el Corsario se levantó. Sólo en ese instante se acordó del Olonés y del Vasco que lo esperaban, y de que antes del alba habría de completar la tripulación de *El Rayo*

—¡El tiempo vuela a vuestro lado, señora! —le dijo—. ¿Qué embrujo misterioso poseéis para hacerme olvidar las graves obligaciones que debo cumplir?... Creía que eran apenas las ocho y son las diez.

—Ha sido el placer de descansar un instante en vuestra propia casa después de tantas incursiones por el mar, caballero —contestó la duquesa.

—¿No serán, más bien, vuestros bellísimos ojos y vuestra encantadora compañía?

—En ese caso, caballero, es vuestra persona la que me ha hecho pasar horas deliciosas... y... ¡quién sabe si podremos volver a gozarlas juntos, en este poético jardín, lejos del mar y de los hombres!... —agregó con profunda amargura.

—¡La guerra mata y la fortuna protege!

—¡La guerra!... ¿y no contáis el mar? No siempre *El Rayo* podrá vencer los huracanes del Gran Golfo.

—Mi nave no teme a la tempestad cuando yo la guío.

—¿Habéis decidido volver pronto al mar?

—Mañana al alba, señora.

—No acabáis de desembarcar y ya pensáis en huir; se diría que teméis a la tierra.

—Amo el mar, duquesa. Además, no será quedándome aquí que podré encontrar a mi mortal enemigo.

—¡Vuestro pensamiento está siempre fijo en él!

—Siempre, y sólo se extinguirá con mi vida.

—¿Es para combatir contra él que partís?

—Sin duda.

—¿Y vais a...? —inquirió la joven con una angustia que no pasó inadvertida para el Corsario.

—No os lo puedo decir, señora; son secretos de la filibustería. No debo olvidar que vos, hasta hace pocos días, erais huésped de los españoles de Veracruz y tenéis amigos también en Maracaibo.

—La frente de la joven se ensombreció y miró al Corsario con ojos tristes:

—¿Desconfiáis de mí? —le preguntó con tono de dulce reproche.

—No, señora. Dios me libre de sospechar de vos, pero debo obediencia a las leyes de la filibustería.

—Me hubiera dolido mucho que el Corsario Negro dudara de mí. Lo conocí en todo momento leal y caballero.

—¡Gracias por vuestra opinión, señora!

Se puso el sombrero, tomó la espada, pero era evidente que le costaba decidirse a partir. Permanecía de pie frente a la joven con los ojos fijos en ella y su rostro melancólico.

—Creo que deseáis decirme algo, ¿verdad, caballero? —preguntó la duquesa.

—Sí, señora.

—¿Es algo grave, que os preocupe?

—Talvez.

—Hablad, por favor, caballero.

—Deseo preguntaros si, durante mi ausencia, abandonaréis la isla.

—¿Y si lo hiciese...?

—Lamentaría mucho, señora, no encontraros a mi regreso.

—¿Sí?... ¿Puedo preguntar por qué, caballero? —inquirió ella sonriendo y enrojeciendo a la vez.

—No sé por qué, pero me sentiría muy feliz si pudiera pasar otra noche como ésta, cenando a vuestro lado. Me compensaría de grandes sufrimientos que desde los lejanos países de ultramar arrastré conmigo a estas aguas americanas.

—Pues bien, caballero, si lamentaríais no encontrarme, os confieso que yo también me sentiría muy triste si no volviese a ver al Corsario Negro —dijo la joven duquesa bajando la cabeza.

—Entonces, ¿me esperaréis?... —inquirió impetuosamente el Corsario.

—Haré más que eso, si me lo permitís.

—Hablad, señora.

—Os pediré hospitalidad, una vez más, a bordo de vuestra nave.

El Corsario Negro no pudo esconder su alegría, pero cambió presto y se puso muy serio.

—Es imposible... —dijo con firmeza.

—¿Acaso os molestaría?

—No, pero no está permitido a los filibusteros, cuando emprenden una expedición, llevar ninguna mujer. Es cierto que *El Rayo* es mío y que soy patrón absoluto a bordo y no tengo que dar cuenta a nadie, pero...

—Continuad —dijo la duquesa, muy triste.

—No sabría explicaros la causa, señora, pero tengo miedo de volveros a ver a bordo de mi nave. ¿Será el presentimiento de una desgracia que no puedo prever? ¿O algo peor?... ¿Veis? Me habéis hecho esa pregunta y mi corazón, en vez de alegrarse, ha sufrido una punzada... Miradme: ¿no me veis más pálido que de costumbre?

—Es cierto —exclamó la duquesa, asustada—. ¡Dios mío!... ¡Que esta expedición no os sea fatal!

—¿Quién puede leer el porvenir?... Señora, dejadme partir. En este momento sufro sin poder adivinar la causa. Adiós, señora; si tuviese que hundirme con mi barco en las profundidades del Gran Golfo o morir en la brecha con una bala o una puñalada en el pecho, no olvidéis demasiado pronto al Corsario Negro.

Después de decir esas palabras, salió con paso rápido, sin volverse, como si tuviera miedo de quedarse allí todavía, y luego de atravesar el jardín y el zaguán penetró en el bosque para dirigirse a la casa del Olonés.

CAPITULO 5

EL ODIO DEL CORSARIO NEGRO

A la mañana siguiente, con la primera luz del día y la marea alta, entre el redoble de los tambores, el sonido de los pífanos, los tiros al aire de los bucaneros de La Tortuga y los ¡hurra! estrepitosos de los filibusteros de las naves ancladas, la expedición abandonaba el puerto, bajo las órdenes del Corsario Negro, del Olonés y de Miguel, el Vasco.

Se componía de ocho naves grandes y pequeñas, armadas con ochenta y seis cañones, de los cuales dieciséis se encontraban en el barco del Olonés y doce en *El Rayo*, con una tripulación de seiscientos cincuenta hombres entre filibusteros y bucaneros.

El Rayo, por ser el velero más raudo, navegaba a la cabeza de la escuadra, sirviendo de explorador.

Al tope del palo maestro flameaba la bandera negra a franjas de oro del comandante y en la cima del trinquete la gran cinta roja de las naves de guerra; detrás, en doble fila, venían los otros barcos, conservando la distancia necesaria para poder maniobrar sin peligro.

La escuadra salió mar afuera y se dirigió hacia occidente, en busca del canal de Barlovento, por el cual habría de desembocar en el mar Caribe.

Les acompañaba un tiempo espléndido y todo era favorable para la navegación tranquila a Maracaibo. Los filibusteros sabían, además, que la flota del almirante Toledo navegaba frente. a las costas de Yucatán, en dirección hacia México.

Tras dos apacibles días, la escuadra se disponía a doblar el Cabo del Engaño, cuando *El Rayo* comunicó la presencia de una nave enemiga en ruta a Santo Domingo.

El Olonés, comandante supremo de la expedición, ordenó que se la persiguiera, pues llevaba el estandarte de España. El barco enemigo se vio pronto rodeado y sin posibilidades de escapar. Habría bastado una andanada para hundirlo u obligarlo a rendirse, pero los soberbios corsarios tenían gestos incomprensibles y hasta admirables en ladrones del mar.

El Olonés ordenó por señales al Corsario Negro que la escuadra se colocara a la capa, y avanzó audazmente al encuentro del barco, para intimarlo a una rendición incondicional.

El buque enemigo, que en todo momento se había considerado perdido, respondió a la intimación con una descarga de sus ocho cañones de estribor. La batalla comenzó entonces con gran furia. Los españoles, aunque poco numerosos, decidieron defenderse valerosamente. Un duelo formidable de artillería se entabló con grave perjuicio para arboladuras y velas.

El Olonés estaba molesto. Seis veces intentó abordar la nave y otras tantas fue rechazado, hasta que en el séptimo asalto logró que la nave enemiga arriara su bandera.

La victoria fue un triste augurio para la gran empresa de los filibusteros, a pesar de que *El Rayo* durante el combate había descubierto a otro barco español oculto en una ensenada y lo había capturado tras una frágil resistencia.

La revisión de las dos naves tomadas les reportó un botín en mercaderías de gran valor, en lingotes de plata, en pólvora y en armas. Los filibusteros, que no querían prisioneros, los desembarcaron en la costa, repararon los daños de la arboladura y esa misma tarde se hicieron a la vela rumbo a Jamaica, incorporando a la escuadra las dos naves capturadas.

En Jamaica recalaron por breve tiempo, el suficiente para curar a los heridos y abastecer las bodegas. Después siguieron rumbo al sur.

La noche del decimocuarto día de navegación, el Corsario avistó la punta de Paraguana, donde un faro señala a los navegantes la boca del golfo. De inmediato llamó a Morgan.

—Que esta noche no se encienda luz a bordo. Es la orden del Olonés. Los españoles no deben advertir la presencia de la escuadra. Si la descubren, mañana en la ciudad no encontraremos ni una piastra.

—¿Nos detendremos a la entrada del golfo? —preguntó Morgan.

—No; la escuadra navegará hasta la boca del lago, y mañana, al amanecer, entraremos de improviso en Maracaibo.

—¿Bajarán a tierra nuestros hombres?

—Sí, junto a los bucaneros del Olonés. La escuadra bombardeará las fortificaciones de la costa y nosotros atacaremos por tierra. Así impediremos que el gobernador pueda huir a Gibraltar. ¡Que estén listas las chalupas de desembarco!

—Está bien, señor.

—Bajo un momento a ponerme la coraza de combate. También yo estaré en el puente.

Abría la puerta de su camarote, cuando un delicado perfume, que ya conocía, le llegó de pronto.

—¡Qué extraño! —exclamó asombrado—. Si no estuviera seguro de haber dejado a la flamenca en La Tortuga, juraría que está aquí.

Miró a su alrededor, pero la oscuridad era total. Sin embargo, le pareció ver en un rincón una figura blanca, inmóvil, apoyada contra una de las amplias ventanas que daban al mar.

El Corsario era valiente, pero supersticioso, como todos los hombres de su época. Al percibir la sombra, se llenó de un sudor frío y su primer pensamiento fue para el alma del Corsario Rojo. Pero, sobreponiéndose a esa debilidad, empuñó una daga y avanzó:

—¿Quién vive? ¡Hable o le mato!

—Soy yo, caballero —respondió una voz suave, que estremeció el corazón del Corsario.

—¡Usted aquí!... ¿Acaso estoy soñando?

—No, caballero.

El Corsario soltó la daga y avanzó con los brazos extendidos hacia la duquesa, mientras sus labios rozaban los encajes del alto cuello.

—¿De dónde salió usted? —preguntó, trémulo—. ¿Cómo abordó mi nave?

—No lo sé... —repuso turbada la duquesa.

—¡Hable, señora!

—Pues... he querido seguirle.

—Entonces ¿me ama? ¿Sí, señora?...

—Sí —susurró ella con un hilo de voz.

—¡Gracias!... Ahora puedo desafiar la muerte sin temor.

El Corsario sacó un pedazo de yesca y una cerilla, y encendió un candelabro que puso en un lugar donde la luz no se proyectara al mar. Se miraron en silencio unos instantes, asombrados de aquella confesión de recíproco amor. Ella se veía hermosa con su abrigo blanco adornado de encajes y el Corsario estaba radiante de felicidad. Él la hizo sentarse cerca del candelabro.

—Ahora me contará, señora —dijo—, por obra de qué milagro está aquí.

—Se lo diré, caballero, si me promete perdonar a mis cómplices.

—¿Cómplices? ¡Ah, sí! Entiendo. Quienes han desobedecido mis órdenes para darme esta deliciosa sorpresa están perdonados. Ahora puede decirme, señora, quiénes son.

—Wan Stiller, Carmaux y el negro.

—¡Debí sospecharlo!... ¿Cómo ha logrado su cooperación?... Los filibusteros que desobedecen las órdenes de sus jefes son fusilados.

—Estaban convencidos de no desagradar a su comandante. Se habían dado cuenta de que usted me amaba en secreto.

—¡Cuánto cariño hay en estos rudos hombres!... Desafían la muerte por la felicidad de sus jefes. Y, sin embargo..., quién sabe cuánto puede durar la felicidad —agregó con acento triste.

—¿Por qué, caballero? —preguntó la joven, inquieta.

—Porque dentro de un par de horas el amanecer me obligará a dejarla.

—¿Tan luego?... ¡Apenas nos hemos visto!... —exclamó la joven, sorprendida.

—Cuando despunte el sol en el horizonte me lanzaré al frente de seiscientos hombres contra los fuertes que protegen a mi mortal enemigo.

—¡Volverá a desafiar la muerte!... —exclamó la duquesa, aterrorizada.

—Señora, la vida de los hombres está en las manos de Dios.

—Deberá jurarme que será prudente.

—Desde hace dos años sólo vivo para castigar a un infame.

—¿Pero qué ha hecho ese hombre para que lo odie así?

—Me ha matado a tres hermanos y ha cometido vil traición.

—¿Cuál?

El Corsario no respondió. La joven lo miraba con angustia. De pronto él se sentó a su lado y le dijo:

—Escúcheme y podrá juzgar si mi odio se justifica o no. Han pasado diez años, pero lo recuerdo como si fuera ayer: en Flandes acababa de estallar la guerra de 1686 entre Francia y España. Luis XIV, sediento de gloria, invadió las provincias conquistadas por el terrible Duque de Alba. Luis XIV, que ejercía en esa época gran influencia sobre el Piamonte, pidió ayuda al duque Victorio Amadeo II, quien no pudo negársela y le envió tres de sus más aguerridos regimientos: los de Aosta, Niza y Marino. En este último servíamos como oficiales mis tres hermanos y yo. Mi hermano mayor tenía treinta y dos años y el menor, que sería más tarde el Corsario Verde, apenas veinte.

"Cuando llegamos a Flandes, las armas aliadas triunfaban, obligando a los españoles a retroceder hacia Anvers. Pero un día nuestro regimiento, que había avanzado hasta la desembocadura del Escalda, fue rodeado por un enemigo diez veces

superior que atacaba para reconquistar posiciones. No nos quedaba otra alternativa que morir o rendirnos. Como nadie hablaba de rendición, juramos dejarnos sepultar antes que arriar la gloriosa bandera de los valientes duques de Saboya.

"Al mando del regimiento, Luis XIV había puesto a un viejo duque flamenco, que se decía era un experimentado y valeroso guerrero. Él dirigía la defensa. Durante quince días y quince noches los asaltos se sucedieron con gravísimas pérdidas para los españoles, que no podían conquistar el viejo fuerte donde nos habíamos fortificado. Mi hermano mayor, con su gallardía, valor y destreza en las armas, era el alma de la defensa. Esto hizo nacer una sorda envidia en el corazón del comandante flamenco, que tendría fatales consecuencias para nosotros.

"Olvidándose de nuestro juramento, pactó en secreto con los españoles. El precio de la traición fue una fuerte suma de dinero y un cargo de gobernador en una colonia española en América. Una noche, acompañado por algunos flamencos, abrió una de las trincheras y dejó pasar al enemigo, que se había acercado furtivamente al fuerte. Mi hermano, al darse cuenta de la situación, dio la alarma; pero el traidor, que lo esperaba oculto, lo mató y el enemigo entró en la ciudadela. Combatimos metro a metro, pero todo fue en vano. La fortaleza cayó y unos pocos sobrevivientes nos retiramos a Courtray. Dígame, señora, ¿habría perdonado a ese hombre?"

—No —contestó la duquesa.

—Tampoco nosotros lo perdonamos. Juramos matar al traidor y vengar a nuestro hermano. Supimos que estaba en América y nos hicimos corsarios. El Corsario Verde, más impetuoso y menos experto, cayó en poder de nuestro mortal enemigo y fue ahorcado como un vulgar ladrón. Después tentó suerte el Corsario Rojo, pero no le fue mejor. Mis dos hermanos, cuyos cuerpos sustraje de las horcas, reposan en el fondo del mar esperando mi venganza.

—¿Qué hará con ese hombre?

—¡Lo ahorcaré, señora! —repuso duramente el Corsario—. Y luego acabaré con todos los que tengan su apellido.

—¿Cuál es su apellido? —inquirió la joven, angustiada.

—¿Le interesa saberlo?...

—No sé —dijo ella con voz quebrada—. En mi juventud creo haber oído contar una historia parecida de boca de algunos hombres de armas que servían a mi padre.

—No es posible —dijo el Corsario—. Jamás ha estado usted en Piamonte.

—No, jamás. Por favor, dígame su apellido.

—Es el duque Wan Guld...

Un cañonazo retumbó entonces sobre el mar.

El Corsario Negro se lanzó fuera de la cámara gritando:

—¡Amanece!

La joven flamenca no hizo gesto alguno para retenerlo. Se tapó el rostro con ambas manos, en un gesto desesperado, y cayó sobre la alfombra, como fulminada por un rayo.

CAPÍTULO 6

EL ASALTO A MARACAIBO

El navío del Olonés, a dos millas de Maracaibo, había lanzado el primer cañonazo. Con increíble rapidez, todas las chalupas de los diez barcos habían sido arriadas, y los bucaneros y filibusteros de desembarco se apresuraban llevando consigo sus fusiles y espadas de abordaje.

Cuando el Corsario Negro apareció en el puente, Morgan ya había hecho bajar una sesentena de selectos hombres a los botes.

—¡Comandante, no podemos perder ni un instante!

Estaba aclarando. El Corsario saltó a la chalupa más grande, que llevaba treinta hombres armados.

Los botes se dirigían rápidamente hacia una playa boscosa, elevada como una pequeña colina donde se levantaba el fuerte defendido por dieciséis grandes cañones.

Los españoles, alarmados por el primer cañonazo, enviaban apresuradamente batallones al pie de la colina para cerrar el paso a los filibusteros y abrir fuego graneado con su artillería.

Las naves corsarias se habían puesto a resguardo de los cañones del fuerte y sólo *El Rayo,* capitaneado por Morgan, cubría el desembarco con sus dos cañones de caza.

A pesar del intenso cañoneo, las primeras chalupas tardaron quince minutos en llegar. Los filibusteros saltaron a tierra y bajo las órdenes de sus jefes se abalanzaron en busca de los batallones españoles.

Los cañones del fuerte tronaban con ruido ensordecedor, disparando proyectiles en todas direcciones. Los árboles se rompían y caían al suelo, la metralla abría la tierra, pero nada podía detener el empuje devastador de los filibusteros de La Tortuga.

—¡Al asalto del fuerte! —aulló el Olonés.

Alentados por el triunfal desembarco, los corsarios se lanzaron colina arriba. Sin embargo, el Corsario y el Olonés, previendo una resistencia desesperada, se detuvieron para cambiar ideas.

—Perderemos demasiados hombres —expuso el Olonés—. Tenemos que hallar una forma para abrir una brecha o nos harán pedazos.

—Sólo hay una —contestó el Corsario.

—Explícate.

—Hacer estallar una mina en la base de los bastiones.

—¿Y quién se atreverá a afrontar ese peligro?

—Yo —dijo una voz detrás de ellos.

Era Carmaux, seguido por su amigo Wan Stiller y el compadre negro.

—¿Eres tú, bandido? —preguntó el Corsario—. ¿Por qué estás aquí?

—Lo seguí, comandante. Como me ha perdonado, no temo que me haga fusilar.

—No te haré fusilar, pero harás estallar la mina.

—Obedezco, comandante. En un cuarto de hora tendrá la brecha.

—Espero volver a verte con vida —dijo el Corsario, conmovido.

—Gracias por su buen deseo, comandante —repuso Carmaux, y se alejó rápidamente.

Los bucaneros y los filibusteros seguían avanzando por entre los árboles. El fuerte era un cráter en erupción. De pronto, se oyó en la cima una explosión formidable, que repercutió largamente en el bosque y el mar. A un costado del fuerte se vio aparecer una gigantesca llama y una lluvia de escombros cayó sobre los árboles, golpeando y matando a no pocos de los atacantes.

—¡Al ataque, hombres de mar! —se oyó la voz metálica del Corsario.

Los doscientos cincuenta hombres que defendían las fortificaciones se vieron impotentes para resistir el empuje. Muchos cayeron masacrados en sus puestos y otros fueron perseguidos sin cuartel por entre las ruinas de la colina.

El Corsario Negro hizo arriar la bandera de España y entró en la desierta Maracaibo. Sus hombres, mujeres y niños habían huido a los bosques, llevándose consigo los objetos de más valor.

Cuando el Corsario llegó al palacio de Wan Guld, lo encontró tan desierto como la ciudad. Carmaux, ennegrecido por la pólvora, con la ropa hecha pedazos y la cara ensangrentada encabezó un piquete para registrar el palacio y buscar a Wan Guld. Al poco rato apareció Wan Stiller y Carmaux arrastrando a un soldado español, alto y flaco como un clavo.

—Comandante, ¿lo reconoce? —gritó Carmaux, mostrándoselo al Corsario.

—¿Tú, otra vez? —exclamó éste.

—He querido ver otra vez a quien me perdonó la vida. Además, deseo serle útil al Corsario Negro.

—¿Tú?

—Sí, yo. Cuando el gobernador supo que caí en manos de los filibusteros y que usted no me hizo ahorcar en un árbol, me recompensó con veinticinco azotes.

¿Comprende usted?... Hacerme apalear a mí, don Bartolomé de Barboza y de Camarga, descendiente de una de las familias más nobles de Cataluña...

—Termina de una vez.

—Juré vengarme de ese flamenco que trata como perros a los soldados españoles, a los nobles como si fueran esclavos indios. Pero al ver caer el fuerte, ese maldito ha huido.

—¿Huyó?... ¿No me engañas? Si mientes, te haré despellejar vivo.

—Estoy en sus manos —dijo el soldado.

—Entonces, habla. ¿Adónde ha huido Wan Guld?

—Al bosque. Quiere llegar a Gibraltar. Lleva siete hombres de línea y un capitán, todos muy fieles. Van a caballo.

—Y los demás soldados, ¿dónde están?

—Se dispersaron.

—Bien —dijo el Corsario—, nosotros seguiremos a Wan Guld. El que vaya a caballo no le servirá de nada en el bosque.

En seguida, tomó papel y tinta de un escritorio y escribió apresuradamente:

Querido Pedro

Sigo a Wan Guld por la selva con Carmaux, Wan Stiller y el africano. Utiliza mi nave y mis hombres. Cuando termines el saqueo, anda a buscarme a Gibraltar. Allí encontrarás tesoros mucho mayores que aquí.

El Corsario Negro.

Después de entregar la carta a un contramaestre y dejar en libertad a los filibusteros que lo seguían, se internó en el bosque con Carmaux, Wan Stiller, el africano y el prisionero.

CAPÍTULO 7

A LA CAZA DE SAM GULD

Es difícil hacerse una idea de la lujuriosa vegetación del suelo húmedo y cálido de las regiones sudamericanas, especialmente en las cuencas de los grandes ríos. Es

tierra virgen, perpetuamente fertilizada por las hojas y por las frutas que se amontonan desde hace siglos, y cubierta por gigantescas plantas, que no pueden compararse con las de ninguna región del mundo.

—¿Por dónde habrán pasado? —dijo él Corsario—. No veo ningún boquete en esta masa de árboles y lianas.

—No se lo ha llevado el diablo —comentó el catalán.

—Ni tendrán caballos alados, supongo —agregó el Corsario.

—El gobernador es astuto. Ha querido borrar sus huellas.

Sin embargo, el catalán logró descubrir huellas de cascos que se internaban por entre una masa de palmas espinosas y se perdían al borde de un arroyo. Efectivamente, las huellas desaparecían allí, pero pronto comprendieron que el gobernador había seguido el curso del arroyo para no dejar rastro. Entraron en el agua, que apestaba a vegetales en estado de descomposición. Un silencio casi total reinaba bajo la bóveda vegetal que se inclinaba sobre el pequeño curso de agua. Solamente de cuando en cuando se escuchaba el tañido de una campana. La producía el llamado pájaro–campana por los españoles. Súbitamente, hubo una violenta detonación, seguida de una lluvia de proyectiles que cayeron en el arroyo con el ruido del granizo

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller—. ¡Nos están ametrallando!

Todos sacaron sus revólveres y trataron de protegerse, excepto el catalán que reía.

—No tengan miedo —les dijo—, es el árbol–bomba.

Era el curioso árbol de la familia de las euforbiáceas que los botánicos llaman *hura crepitans.*

Siguieron en fila india por el agua hasta que el catalán, que iba la cabeza, descubrió una masa de caballos que flotaba. Éstos habían sido ultimados a navajazos. Y las huellas se perdían nuevamente.

—¡Miren! ¡Allá, esas ramas que gotean!

—¡Los astutos!

—¡Han trepado a los árboles para dejarse caer más allá! Vamos a imitarlos.

—¡Muy fácil para marineros como nosotros! —exclamó Carmaux—. ¡Arriba!

Cincuenta metros más allá, el catalán, desde la copa de un árbol, descubrió una daga, y ya en tierra, el Corsario recogió un puñal de hoja corta damasquinada.

—Aquí volvieron a tomar contacto con el suelo —dijo.

Un poco más allá se veía un sendero abierto con hachas.

—Excelente —comentó Carmaux—. Nos han ahorrado trabajo y ganaremos tiempo.

—Pero están todavía lejos —repuso el Corsario—. De lo contrario escucharíamos el ruido de sus armas.

—Haremos lo posible por alcanzarlos.

El catalán y los filibusteros corrían, en mutua competencia, cuando su rápida carrera se vio detenida por un obstáculo imprevisto. Habían llegado a una zona de espinos, que en las selvas vírgenes de las Guayanas hace imposible la marcha de un hombre que no lleve polainas.

—¡Truenos de Hamburgo!... —exclamó Wan Stiller—. De aquí saldremos lacerados como San Bartolomé.

—¡Bah!, hallaremos otro paso —aseguró el catalán—. Desgraciadamente ya está muy oscuro.

Y contra su voluntad debieron acampar para esperar la salida de la luna.

Se acomodaron lo mejor posible junto al tronco de un árbol gigante después de haberse asegurado de que allí no había serpientes venenosas. Comieron, y luego de distribuir la guardia se dispusieron a dormir.

Carmaux, que hacía el primer turno con el africano, estaba desconcertado con el ruido estrepitoso de la selva.

—¿Qué jauría es ésa, compadre negro?

—Son ranas, compadre blanco —rió el negro.

—¡Parece que estuvieran batiendo todos los calderos del infierno!

—¿Y eso? —susurró Carmaux tras un rato—. Eso no es una rana.

—¡No! Es un jaguar —dijo el negro, con seriedad.

—¡Rayos y centellas!

Un segundo maullido, más cercano, hizo temblar al negro. El Corsario apareció con aspecto tranquilo.

—¡Un jaguar, comandante! —dijo Carmaux.

—Suceda lo que suceda, no disparen —repuso el Corsario, con la misma calma.

Avivaron el fuego y se quedaron escuchando el característico ronronear de los felinos y el ruido de las hojas secas. Sin duda, la fiera había olfateado la proximidad del hombre y avanzaba sigilosa.

Pero al parecer el fuego la atemorizó. De pronto se oyeron los crujidos de las ramas y de las hojas secas que indicaban su retirada.

A medianoche apareció la luna. Los vigías despertaron a los que dormían y el Corsario dio la señal de partida. Habían perdido el sendero abierto por los fugitivos, pero no parecían preocuparse por ello, pues caminaban hacia el sur, hacia Gibraltar, orientándose por la brújula.

—Juraría que nos siguen —dijo el catalán, deteniéndose.

—¿Crees que alguien pueda seguirnos? —preguntó el Corsario.

—No, salvo un indígena.

—Continuemos con las espadas desenvainadas —ordenó el Corsario.

El piquete siguió su camino con prudencia. De pronto, una masa oscura cayó sobre el catalán desde una palma. Los filibusteros creyeron que era una rama.

—¡Socorro! —gritó el español—. ¡El jaguar!

Pasado el primer instante de sorpresa, el Corsario se lanzó en ayuda del soldado, hundiendo la espada en el cuerpo de la fiera. Pero ésta se volvió hacia su nuevo adversario. El Corsario se retiró con presteza. La fiera vaciló un instante, y tras buscar el espacio suficiente, se arrojó otra vez, describiendo una parábola de seis metros, para caer a los pies del Corsario. La espada de éste le penetró en el pecho, en tanto que el africano le rompía la cabeza con la culata de su pesada carabina.

—¿Está vivo? —preguntó el Corsario al catalán, que se levantaba.

—Gracias a la coraza de piel de búfalo, señor mío, que llevo bajo la chaqueta. Sin ella, me desgarra el pecho.

—¡Adelante!, sigamos nuestro camino —ordenó el Corsario—. Este jaguar nos ha hecho perder un tiempo precioso.

Avanzaban ahora sobre un terreno muy húmedo. Bajo la presión de los pies el agua saltaba, y los árboles adquirían un tamaño desmesurado. El catalán, conocedor de la región, sondeaba el suelo con una rama antes de pisar. De pronto se detuvo.

—¿Otro jaguar? —preguntó Carmaux que venía detrás de él.

—No me atrevo a seguir avanzando antes de que salga el sol.

—¿Qué temes? —inquirió el Corsario.

—Me hundo en este terreno. Estamos cerca de una sabana movediza.

—Perderemos un tiempo precioso —dijo el Corsario—, pero en media hora amanece. Además, ¿acaso piensan ustedes que los fugitivos no encuentran obstáculos?

Se echaron, entonces, al pie de un árbol a esperar que la cerrada oscuridad se disipara. En el bosque empezaban a resonar otra vez los mil ruidos de toda clase de pájaros, batracios e insectos.

Apenas la luz penetró el follaje, los filibusteros se pusieron en pie. Antes de reiniciar la marcha bebieron una exquisita leche, ordeñada del árbol de la leche por el catalán. Una bota de Carmaux hizo las veces de jarro.

El español caminaba lentamente por temor a la ciénaga, cuando se oyó un grito ronco y un ruido sordo seguido de una zambullida.

—Ése ha sido un animal —dijo Carmaux.

—Sí, el rugido de un jaguar.

—Mal encuentro.

Se detuvieron.

A unos cincuenta o sesenta metros descubrieron al jaguar. Estaba a la orilla de una laguna formada por residuos de la selva, al acecho, como un gato dispuesto a atrapar a un ratón. Se acercaron sin ruido, con las espadas desenvainadas. Era un ejemplar de gran tamaño y de extraordinaria belleza. Sus hirsutos bigotes se movían apenas y su larga cola rozaba suavemente las hojas.

—¿Qué espera? —preguntó el Corsario, que parecía haber olvidado a Wan Guld y su escolta.

—Espía a su presa —repuso el catalán.

—¿Alguna tortuga, quizá?

—No, a un yacaré, compadre —indicó el negro a Carmaux—. Allí se ve su hocico, fuera del agua.

—Si nos quedamos quietos asistiremos a una lucha terrible —informó el catalán.

—Esperemos que no sea larga —murmuró el Corsario.

Los reyes del bosque y del pantano se miraron un momento con la mirada feroz de sus ojos amarillos. El caimán subió resueltamente a la playa, agitando su pesada cola; no esperó más el jaguar y se lanzó sobre él tratando de romperle las escamas que no atraviesan ni las balas de una carabina. De un zarpazo, logró arrancarle un ojo y abrirle un costado. El reptil dio un rugido prolongado de dolor y se deshizo de su enemigo tirándolo contra unos troncos, para embestirlo y triturarlo. Desgraciadamente para él, la falta del ojo le hizo errar el blanco y sólo aferró la cola. El jaguar lanzó un aullido terrible: el reptil se la había arrancado. La fiera, desesperada, saltó sobre el yacaré que, enceguecido, retrocedía al pantano. Aferrados el uno al otro cayeron al agua y se debatieron entre la espuma que se teñía de sangre. Después, en la ribera apareció el jaguar, en un estado deplorable.

—Mañana el caimán flotará y le servirá de desayuno —dijo el catalán.

Los filibusteros siguieron por la orilla de la laguna, cuidándose de los reptiles venenosos que merodeaban por allí.

A mediodía el Corsario, al ver a sus hombres cansados después de la ininterrumpida caminata de diez horas, ordenó hacer un alto.

Para economizar los pocos víveres que llevaban y que serían preciosos durante el cruce de la selva, salieron a recoger alimentos silvestres. El hamburgués y el africano se dedicaron a recolectar los vegetales y Carmaux y el catalán salieron de caza.

—Es increíble que en estas selvas no haya ni un gato —se quejó Carmaux.

—No nos faltaran jaguares.

—¿No ves por ahí una cabrita, catalán de mi corazón?

Sorpresivamente, un animal de medio metro de largo, rojizo, patas cortas y cola peluda, saltó delante de ellos. Sin saber qué clase de animal era, Carmaux apuntó y disparó. El animal dio un brinco y huyó, dejando tras de sí un hilillo de sangre. Carmaux se lanzó tras él.

—¡Para! —gritó el catalán—. ¡Te vas a romper la nariz!

El animal huía a todo correr y Carmaux ya iba a darle alcance cuando aquél, extenuado por la pérdida de sangre, se dejó caer junto a un tronco. Carmaux se precipitó sobre él, pero fue recibido por un hedor tan terrible, que cayó hacia atrás ahogado.

—¡Por la muerte de todos los tiburones del océano! ¡Que reviente esta carroña!

—No tengo valor para llegar a tu lado —le gritó el catalán, tapándose la nariz.

—¿Qué pasa? Estoy mareado.

—Te ha fumigado un zorrino. Estarás perfumado una semana entera. No te muevas, voy por ramas para ahumarte.

—¡Demonios!... ¡Prefiero vérmelas con jaguares!

El calor era intenso. Los filibusteros llevaban las ropas empapadas en sudor. Caminaban por las márgenes de una laguna desprovista de árboles, de donde se levantaba una ligera niebla portadora de miasmas. Por suerte, a las cuatro de la tarde divisaron un bosque; se internaron en su sombra húmeda reanimados, pero el grito del negro que cerraba la fila los detuvo: un pedazo de género flotaba en un pantano verde. Se acercaron al estanque cenagoso, que parecía una lengua de agua disecada, y vieron una pluma de gorro español y, muy cerca de ella, cinco pequeñas clavijas cuyo color hizo estremecer a los filibusteros.

—¡Los dedos de una mano!... —exclamaron al mismo tiempo Carmaux y Wan Stiller.

—¡Qué horrible muerte la de ese soldado!

—Wan Guld ha pasado por aquí —murmuró el Corsario.

Llevaban dos horas caminando con mil precauciones en dirección al sur. Los pájaros y los monos habían desaparecido, sin duda ante la presencia de sus más encarnizados enemigos: los indios, que estiman mucho su carne. De pronto oyeron las modulaciones de una flauta de bambú.

—¿Es una señal, verdad? —preguntó el Corsario al catalán.

—Sí, señor. Y muy peligrosa, considerando que los indios son aliados del gobernador.

—Sigamos avanzando —ordenó el Corsario.

Fue providencial que el catalán se agachara al emprender la marcha, porque varias flechas pasaron silbando y se clavaron en una rama a la altura de un hombre.

—¡Cúbranse! ¡Esas flechas están envenenadas!

Wan Stiller, el negro y Carmaux dispararon sus armas al unísono, pero no se escuchó un solo ruido. Después, se sintieron unas melancólicas notas de flauta en la espesura.

—¡Acabemos con esos malditos indios, comandantes! ¡Incendiemos el bosque!

—No. Forzaremos el paso. Avanzaremos disparando hacia todos lados —respondió éste.

A una seña del Corsario, los hombres avanzaron en medio de un furioso tiroteo. Éste produjo cierto efecto en el enemigo, pues no se vio a ninguno. Alguna flecha caía de repente, pero sin alcanzarlos. Ya creían haber escapado de la celada, cuando un enorme árbol cayó delante de ellos con gran estrépito.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller—. Un poco más y nos hace mermelada.

—Quiero verles la cara a estos obstinados indios —dijo Carmaux, recargando su revólver.

—Manténganse separados. Ofrecerán menos blanco a las flechas —recomendó el Corsario.

Las flautas, con sus tristes sones, se oían cada vez más cerca.

—¡Un momento! —dijo el catalán—. Ésa no es una melodía guerrera.

—¿Qué quiere decir?

—¡Vean! Ahí está el parlamentario, el brujo.

Un indio acababa de aparecer, seguido de dos tocadores de flauta. Era un hombre maduro, de estatura media, como casi todos los naturales de Venezuela. Tenía anchas espaldas, músculos fuertes y la piel de un tinte amarillo–rojizo. Estaba desprovisto de barba y su cabellera era negrísima. Su vestimenta era escasa: una falda azul, adornada con pesados collares de conchillas, brazaletes de huesos, de uñas y de dientes de jaguar, picos de tucán, cristal de roca y brazaletes de oro macizo.

El brujo ordenó callar a los tocadores de flauta y gritó, en un pésimo español:

—¡Los hombres blancos me oigan!...

—Los hombres blancos te escuchan —contestó el catalán.

—Este es territorio de los guarives. No pueden violar nuestros bosques.

—Somos amigos. No hacemos la guerra a los hombres de color.

—La amistad de los hombres blancos no está hecha para los Arawaki. Vuelvan a sus tierras o los comeremos a todos.

—¡Diablos!... —exclamó Carmaux.

—Antropófagos —murmuró el Corsario.

El brujo se dirigió a éste:

—¿Eres el jefe? —preguntó.

—Sí. ¿Has visto pasar a unos hombres blancos por aquí? —preguntó el Corsario a su vez.

—Sí. Pero no irán muy lejos, porque los comeremos.

—Nosotros te ayudaremos a matarlos.

—¡No! ¡Hombres blancos deben irse!

—Nosotros atravesaremos tu bosque aunque se oponga tu tribu.

—Te lo impediremos. —~

—¡Hombres de mar! —gritó el Corsario—. Mostrémoles a estos indios el poder de nuestras armas.

Al verlos avanzar con sus fusiles, el brujo huyó precipitadamente con los tocadores de flauta, pero el Corsario no permitió que sus hombres hicieran fuego; no quería ser el primero en iniciar la lucha.

Encabezado por el Corsario Negro, el piquete cruzó la peor parte de la selva entre flechas perdidas y alguna jabalina lanzada por los indios, a las que los filibusteros respondieron con tiros al azar.

Cuando el sol estaba próximo a ponerse, los hombres acamparon en un enorme claro, pues sabían que los indígenas no se atreven a atacar en terreno descubierto.

Comieron frugalmente un poco de tortuga y unas galletas, y ordenaron los turnos para dormir.

La primera guardia la iniciaron los dos marineros y el negro, dentro del círculo de fuego que éste había encendido, y al que arrojaban puñados de pimiento de cuando en cuando, remedio excelente contra los mosquitos, los asaltos de los hombres y de las fieras.

—¿Qué es eso?... —se preguntó de pronto el negro, auscultando el silencio del bosque.

—No he oído nada —respondió Carmaux.

—¡Los indios! —aseguró el negro.

Rápidamente Carmaux agarró el sombrero y la chaqueta de Wan Stiller, y armó unos muñecos con unas ramas, las prendas del hamburgués y las propias.

—Ahora el Corsario y el catalán están protegidos —expresó Carmaux, contento por su inventiva.

—¡Silencio, compadre! ¡Ahí vienen!

Ocultos entre la hierba, sintieron muy pronto el silbido característico de las flechas. Varias se clavaron sobre los muñecos; un indio apareció enarbolando una masa

y cuando Carmaux se aprestaba a dispararle, una descarga de fusiles acompañada de horribles gritos hizo que el indio se ocultara.

—¿Dónde están? —se levantó preguntando el Corsario, espada en mano, y seguido por el catalán.

—Desaparecieron, comandante.

—¿Y esos tiros?

—Son de hombres blancos que luchan con los indios.

—¡El gobernador y su escolta! Lamentaría que lo mataran los guarives.

—Parece que la lucha ha terminado —comentó el catalán—. Por el gobernador no me movería, pero sí por mis compañeros.

—¿Te atreverías a llevarnos hasta ellos? —preguntó el Corsario, con voz sombría.

—La noche está oscura, señor, pero... podríamos encender algunas ramas cauchíferas.

—Atraeríamos la atención de los indios.

—Es cierto, señor, pero allá veo cucuyos. ¡Déme usted cinco minutos de tiempo!

El catalán corrió hasta un árbol y quitándose el casco empezó una extraña cacería de puntos luminosos que revoloteaban fantásticamente en las tinieblas.

—¡Demonio de catalán! ¿Qué serán los cucuyos? —masculló Carmaux.

—¡Calma! —repuso Wan Stiller—. Desde aquí no le pierdo la vista.

El soldado volvió luego y extrajo de su gorro un insecto que difundía una bella luz verde pálido.

—¿Quién tiene hilo? —inquirió.

—Un marinero siempre tiene hilo —respondió Carmaux.

—Ahora deben atarse dos insectos a la pantorrilla. Así lo hacen los indios. Con estas luciérnagas podremos ver todos los obstáculos de la selva.

Al cabo de una complicada tarea para instalar estos verdaderos fanales vivientes, que duró más de media hora, los hombres apuraron el paso. Cerca se oían gritos, señal de que la tribu había acampado y que se preparaba para celebrar la victoria con algún monstruoso banquete.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Carmaux, tropezando y levantándose—. ¿Qué es esto?... ¡Un muerto!

Un indio, con la cabeza adornada con plumas de arará, yacía entre las hojas y las raíces. Tenía la cabeza destrozada de un sablazo.

Los filibusteros buscaron sobrevivientes entre la hierba, pero sólo encontraron a otro indio muerto y algunas mazas y flechas esparcidas. Entonces se dirigieron rápidamente hacia el lugar de! bosque que proyectaba una luz vivísima hacia el cielo.

CAPÍTULO 8

FLECHAS, GARRAS Y COCINA

Una escena sobrecogedora se ofreció a sus miradas. El fuego que los guarives atizaban, y las plantas que recogían, estaban destinados a dos cuerpos humanos, que los caníbales aderezaban para su inmundo banquete.

Carmaux se estremeció:

—¡Son peores que hienas! —musitó.

—¡Qué fin más horroroso!

—Señor —preguntó el catalán, con ojos suplicantes—, ¿se atreve usted a arrancarlos de las manos de esos monstruos y darles honorable sepultura?... Los guarives le perseguirán, señor.

—¡Bah!... No temo a los indios —dijo el Corsario, con soberbia—. Son apenas dos docenas.

—Pero esperan a los demás para devorar...

—Mejor. Antes de que sus compañeros lleguen, nosotros habremos sepultado a tus camaradas.

Agazapados, los filibusteros urdieron un rápido plan y se precipitaron sobre los guarives, sorprendiéndolos y arrebatándoles los cuerpos. Los indios sobrevivientes huyeron entre las balas. Entretanto, el catalán y Wan Stiller abrían velozmente una fosa en el terreno blando del bosque. Apenas alcanzaron a ocultar los cuerpos, cuando la tribu, que seguramente había seguido a Wan Guld, volvía gritando, alertada por los disparos;

—¡Huyamos! —gritó el Corsario, que hacía de centinela—, o tendremos a toda la tribu encima.

—Trepemos a ese árbol —dijo el catalán—. En ese follaje nunca nos encontrarán.

El árbol era un summameira, uno de los más grandes que crecen en los bosques de Venezuela. Sus ramas son muy numerosas y el follaje abundante, por lo cual los filibusteros no tuvieron problemas para ascender hacia la copa, hasta unos cincuenta metros de altura. Carmaux se acomodaba en la bifurcación de una rama, cuando sintió que ésta se doblaba por el peso de otro cuerpo.

—No te muevas tanto, Wan Stiller. Si nos caemos, nos haremos polvo.

—¿Qué dices?... —preguntó el Corsario—. Wan Stiller está aquí, a mi lado.

—¡Demonios! ¿Quién está en mi rama? —averiguó Carmaux.

—¡Silencio! Los guarives están por llegar.

—Juraría que esos ojos pertenecen a un jaguar —dijo el catalán.

—¿Un jaguar?... —exclamó Carmaux, con un escalofrío.

—¡Silencio! —susurró el Corsario—. Ya están aquí.

Los indios llegaban gritando como poseídos. Eran más de ochenta, todos armados. Al ver a sus compañeros muertos y a los blancos desaparecidos, salieron en todas direcciones, en una explosión de cólera. Picaneaban las malezas y el follaje, con la esperanza de encontrar nuevos blancos para su banquete.

Los filibusteros no respiraban. Pero, más que los antropófagos que rastreaban los alrededores, ahora les preocupaba el maldito jaguar o lo que fuera, que hasta ese instante no se había movido.

—¡Condenado animal! —mascullaba Carmaux, helado, mirando los ojos amarillos que brillaban en la oscuridad.

—¡No te muevas, Carmaux! No temas, estoy listo con la espada —ordenó el Corsario.

—Silencio! Unos indios se acercan.

Dos indios rondaron algunos minutos alrededor del gigantesco tronco, y luego se alejaron, desapareciendo en la maleza. Los gritos de sus compañeros se oían cada vez más lejos.

—¡Carmaux! —susurró el Corsario—, sacude ahora tu rama. Deshazte de ese peligroso acompañante. Estamos listos para defenderte.

Carmaux se puso a remecer violentamente el follaje bajo el que estaba.

—¡Fuerza, Carmaux! —gritó el catalán.

La fiera maullaba y resoplaba. De pronto se recogió sobre sí misma y saltó a una rama más baja, pero al pasar, el africano le asestó un golpe de maza en plena cabeza, haciéndola caer.

—¿Era un jaguar?... Me pareció un poco chico.

—Es un maracaya, un gato grande que no ataca al hombre.

—¡Bandido! —exclamó Carmaux—. Me lo comeré asado.

—Tendremos ocasión de probarlo cuando atravesemos el bosque pantanoso, donde casi no hay animales —comentó el catalán.

—Quiero estar cuanto antes en Gibraltar —dijo el Corsario—. ¡No quiero que Wan Guld se me escape!

—En Gibraltar también estaré yo, señor —terció el catalán—. Y no lo perderé de vista. No he olvidado los veinticinco azotes que me hizo dar.

—¿Qué quieres decir?

—Que entraré antes que usted para vigilarlo.

—¿Antes que nosotros?

—Señor, soy español. Espero que me permita dejarme matar junto a mis camaradas.

—¿Pero tú quieres defender Gibraltar? Todos los españoles que están allí morirán.

—Sea. Pero morirán empuñando las armas, defendiendo el estandarte de la patria lejana —dijo el catalán, conmovido.

—Eres un valiente —repuso el Corsario—. Sí; llegarás antes que nosotros para luchar junto a tus compañeros. Wan Guld es flamenco, pero Gibraltar es española.

Habían caminado muchas horas a marcha forzada desde que saliera el sol. El terreno, hasta entonces seco, se impregnaba rápidamente de agua y el aire se saturaba de humedad. Un silencio profundo reinaba bajo los vegetales, como si el exceso de agua y los vapores de la fiebre causaran el éxodo de pájaros y animales.

—¡Por mil tiburones!... —exclamó Carmaux—. Se diría que estamos atravesando un enorme cementerio.

—Esta humedad me penetra en los huesos —comentó Wan Stiller.

El calor era intenso, aun debajo de las plantas; era un calor depresivo que hacía traspirar sin tregua. De cuando en cuando, el camino estaba cortado por anchas charcas, llenas de agua oscura y pútrida. Otras veces debían buscar un vado, pues no era posible fiarse de las arenas traidoras que podían tragarlos. Al borde de las charcas abundaban los reptiles venenosos, de los que debían cuidarse. Todas estas precauciones les hacían perder mucho tiempo.

Sin haber encontrado huellas de Wan Guld y su escolta, asaron el maracaya y lo comieron, agobiados por el calor. Luego reemprendieron la marcha a través de una zona infestada por nubes de moscas que atacaban con verdadero furor a los filibusteros, haciendo blasfemar a Carmaux y Wan Stiller.

Al caer la tarde, se detuvieron para buscar un lugar donde acampar. El africano, que se había alejado algunos pasos, volvió con el rostro ceniciento.

—¿Qué te pasa, compadre "carboncillo"? —preguntó Carmaux, cargando su fusil—. ¿Te persigue un jaguar?

—¡Allí hay... un muerto!...

—¿Un español? —preguntó el Corsario.

—Sí, comandante. Está frío como una serpiente.

Todos corrieron detrás de Moko, y vieron, sin poder ocultar su horror, el cadáver de un hombre boca arriba, las piernas semidesnudas y los pies ya carcomidos por víboras o termitas. Su rostro de cera mostraba una pequeña herida en la sien derecha. Los ojos habían desaparecido y los labios contraídos dejaban ver los dientes.

—¡Pedro Herrera! —dijo el catalán, lleno de emoción e inclinado sobre el infeliz.

—¿Un soldado de Wan Guld? —preguntó el Corsario.

—Sí, señor. Un valiente y buen compañero.

—¿Le habrán matado los indios?

—Herido, sí. Tiene una herida a un costado, pero su asesino ha sido un murciélago.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Que un voraz vampiro lo ha desangrado; tiene la marca en la sien. Sin duda, Herrera fue abandonado por sus compañeros en la precipitación de 1a fuga.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la muerte de este soldado?

—Creo que ha muerto esta mañana. Si hubiera muerto ayer, ya se lo habrían comido las termitas.

—¡Entonces están cerca! —exclamó el Corsario, sombrío.

—Sí, señor.

—Descansen, entretanto, lo mejor que puedan —dijo el Corsario—. ¡Ya no nos detendremos más hasta alcanzar a Wan Guld!

CAPITULO 9

LA FUGA DEL FLAMENCO

Hacía diez días que habían salido de Maracaibo, diez días y diez noches metidos en la selva, cada vez en condiciones más precarias. La marcha se hacía interminable por esos terrenos pantanosos que obligaban a largos rodeos. Ya les faltaban las fuerzas, las piernas les flaqueaban a esos duros marineros, sobre todo por la falta de víveres. Sólo el Corsario parecía no sentir el rigor de la expedición, impulsado por su odio hacia Wan Guld.

Una nueva noche los sorprendió sin encontrar rastro de sus enemigos, pero presentían por instinto que no podían estar lejos.

Aquella noche se vieron obligados a dormir sin probar bocado.

—¡Barriga de tiburón! —exclamó Carmaux, masticando algunas hojas dulces—. Si continuamos así, llegaremos a Gibraltar directamente al hospital.

Cuando reanudaron la marcha, al mediodía, estaban más cansados que la noche anterior. Caminaban tratando de conservar la dirección sudeste en que estaba Gibraltar, a orillas del lago Maracaibo. De pronto, a poca distancia de ellos, sonó un disparo.

—¡Al fin! —exclamó el Corsario, desnudando su espada.

—Señor, un consejo —sugirió el catalán—. Tratemos de tenderles una trampa.

—¿Cómo?

—Podemos esperarlos en el monte y obligarlos a rendirse sin lucha. Ellos son más de ocho y nosotros somos cinco, y estamos agotados.

—¿Piensas que ellos pueden estar en mejores condiciones que nosotros? De todos modos, acepto tu consejo.

Renovaron la carga de sus armas y se dispusieron a avanzar, arrastrándose entre lianas y raíces con el mayor sigilo. El Corsario volaba casi sobre la hojarasca, sin dar muestras de cansancio. Súbitamente se detuvo; se escuchaban dos voces en medio de un monte de caluros.

—Diego —decía una voz débil—, un sorbo de agua, por favor..., antes de que cierre mis ojos.

—No puedo, Pedro, esos perros indígenas... me han herido de muerte.

El Corsario, que se había lanzado en medio de la arboleda con su espada en alto y su pistola gatillada, se encontró con dos soldados agonizantes.

—¡Caballero!... —dijo uno de ellos, alzándose apenas—, ¿mataría a unos moribundos?

—¡Pedro! ¡Diego! —exclamó el catalán, que llegaba corriendo.

—¡Silencio! —ordenó el Corsario—. ¡Díganme dónde está Wan Guld!

—Partió hace tres horas —habló el llamado Pedro—, con un guía indígena... y dos oficiales... Van para el lago..., donde el indio tiene una barca.

—Amigos —apuró el Corsario—, hay que continuar rápido.

—¡Señor! —rogó el catalán—. No puedo abandonar a mis camaradas. El lago está cerca. Mi misión ha terminado. Renuncio a mi venganza.

—Estás en libertad de hacer lo que quieras —contestó el Corsario—, pero tu auxilio es inútil. Te dejo a Moko. Mis dos filibusteros y yo podemos atrapar a Wan Guld.

—Nos veremos en Gibraltar, señor. Se lo prometo.

El Corsario reinició la marcha a paso vivo, tratando de acortar la ventaja que llevaba el gobernador. Eran ya las cinco de la tarde y necesitaba apurarse aún más. Felizmente, el bosque se abría y la cercanía del lago se intuía en el aire salino. A las siete, cuando el sol caía, viendo a los marineros exhaustos, el Corsario les dio un cuarto

de hora de descanso para que comieran las galletas que habían tomado de los soldados moribundos y se repusieran.

—Vamos —dijo Carmaux, levantándose con esfuerzo.

Hacía veinte minutos que caminaban, cuando vieron una luz entre el follaje.

—¡El golfo! —exclamó Carmaux.

—¡El campamento! —aulló el Corsario—. ¡El asesino de mis hermanos es mío!

Echaron a correr con sus armas dispuestas. Pero al llegar junto al fuego, donde había huellas de un reciente vivac, no encontraron a nadie.

—¡Maldición! —gritó el Corsario.

—¡No, señor! —indicó Carmaux—. Están allá, en la playa, al alcance de nuestras pistolas.

Los tres hombres corrieron hacia la playa.

—¡Detente, Wan Guld! —aulló el Corsario—. ¡Detente si no eres un cobarde!

Los hombres que se embarcaban en una canoa respondieron con disparos. Los filibusteros contestaron en igual forma y un hombre cayó al agua, acompañado de un grito. La canoa se alejó velozmente, comenzando a desaparecer en la oscuridad que caía.

El Corsario estaba ebrio de rabia.

—¡Capitán! —gritó Carmaux—; Allá en la arena hay otra canoa.

—¡Wan Guld es mío! —aulló el caballero, con alegría, y los tres se precipitaron sobre la embarcación, que era una piragua india.

La canoa que transportaba a Wan Guld se había alejado mucho. Aunque agotados y hambrientos por la larga travesía, Carmaux y Wan Stiller remaban con fuerza entre las tinieblas.

—¿Acortamos distancia?

—Continuamente —repuso el Corsario, sentado a proa, con el arma entre las manos.

Repentinamente, la proa chocó contra algo.

—¡Truenos! —gritó Carmaux—. ¿Un barco?

—Es un cadáver —dijo el Corsario, apartando el cuerpo de un oficial español.

—Alivianan la canoa —comentó Wan Stiller.

Minutos después, la canoa del gobernador cruzaba una zona fosforescente. El Corsario pudo distinguir la odiada cabeza del flamenco, apuntó y tiró, pero no se oyó ningún grito.

—Errado, capitán —dijo Carmaux.

—Se apunta mal desde la canoa.

—¡Alarga la remada, Wan Stiller!

—Me estoy rompiendo los músculos —jadeó el hamburgués.

Evidentemente, acortaban distancia, a pesar de los prodigiosos esfuerzos del indio mal secundado por un oficial español y el gobernador. Ahora la canoa se distinguía perfectamente, pues atravesaba de nuevo una zona de fosforescencia. A cuatrocientos pasos, de pie en la canoa, el Corsario tronó: —

—¡Deténganse o disparamos!

Nadie respondió y la canoa viró de golpe hacia los juncales de la costa, sin duda para buscar refugio en el río Catatumbo.

—¡Entonces, muere, perro!... —aulló el Corsario.

Apuntó a la cabeza de Wan Guld, pero la veloz marcha de la embarcación le impedía mantener la puntería. Tres veces bajó el arma y volvió a apuntar. La cuarta vez tiró. Al disparo siguió un grito y un hombre cayó al agua.

—¿Tocado?... —preguntaron ambos filibusteros.

El Corsario lanzó una blasfemia: el hombre muerto era el indio.

El gobernador y su acompañante, conscientes de su inferioridad, se dirigían a una isleta, con la intención de protegerse del fuego de su enemigo. Pero una voz gritó en ese instante:

—¿Quién vive?...

El gobernador y su compañero gritaron:

—¡España!

Una gran nave salió de detrás del promontorio de un islote.

—¡Maldición! —aulló el Corsario, con ojos llameantes—. Ese perro se me escapa otra vez.

—¡Es una carabela española!

—Rápido, amigos, remen hacia el islote antes de que nos hundan.

El gobernador, ya en la carabela, informaba al comandante del peligro que acababa de correr.

—Los españoles se alistan para apresarnos —gritó el Corsario.

—Estamos a cien metros de la playa —repuso Carmaux.

Vieron entonces brillar una mecha en la proa del barco y sin más se tiraron al agua con sus armas. Un proyectil de tres libras rompió la canoa.

Los filibusteros, escapados por milagro, se arrastraron por la playa seguidos por una veintena de disparos.

—¿Están heridos, mis amigos? —preguntó el Corsario.

—Los que tiran no son filibusteros: suelen errar.

—¡Síganme! ¡A la espesura!

Los corsarios llegaron hasta la falda de una colina sin encontrar ser viviente. Allí decidieron, a pesar del cansancio, llegar hasta la cima para deliberar sin molestias y vigilar al enemigo.

Necesitaron dos horas de fatigoso trabajo para abrirse paso en la espesura y llegar a una cumbre casi desnuda. A la luz de la luna, que acababa de salir, pudieron ver la carabela y a los soldados acampando en la playa, temerosos de internarse en el bosque.

—Es la segunda vez que se me escapa de las manos —comentó agrio el Corsario.

—Ahora —añadió el hamburgués— corremos el riesgo de caer en las suyas.

—Parece que estamos condenados a la horca. No contaremos aquí con la ayuda de un notario o de un conde de Lerma.

—¡El Olonés tendrá que venir en nuestra ayuda!

—¿Pero cuándo?

—Wan Guld debe estar colocando la soga con la cual me va a colgar —dijo con rabia el Corsario.

—¿Qué debemos hacer, capitán? —inquirieron los dos marineros.

—Resistir todo el tiempo posible.

—¿Aquí? —preguntó Carmaux.

—Sí, hay que atrincherarse en esta cumbre.

Y sin mayor discusión, los filibusteros se pusieron a trabajar. Transportaron piedras de gran tamaño hasta la cima de la colina, formando una trinchera circular. Luego acarrearon muchas plantas de espino, con las que construyeron una eficaz barrera para el enemigo.

—Sólo falta lo más importante para una guarnición poco numerosa —se quejó el hamburgués.

—¿A qué te refieres?

—A la despensa del escribano de Maracaibo.

—¡Centellas! Olvidaba que no nos queda ni una galleta que morder.

—No vamos a poder convertir piedras en panes.

—No te preocupes, amigo Wan Stiller. Recorreremos el bosque.

Mientras el Corsario hacía de vigía, bajaron una vez más la colina ocultos entre el follaje. Regresaron casi al alba, cargados como mulas. Traían cocos y naranjas de una plantación indígena; cavoli de palma, que puede reemplazar al pan; una gran tortuga de agua que habían sorprendido en un laguito, y algunos peces. Si economizaban las provisiones, podrían tener alimentos para cuatro días.

Pero su mayor alegría había sido el descubrimiento del mabuyero, una planta sarmentosa de las Guayanas que embriaga a los peces y produce cólicos a los hombres. Con sus tallos habían envenenado las aguas del estanque al que los españoles deberían acudir a beber.

—Las chalupas han rodeado la isla —les dijo el Corsario, cuando los vio llegar.

—¡Ay!... Son demasiados. No sé si el niku alcanzará para todos —comentó Carmaux.

—¿Qué es el niku? —preguntó el Corsario.

—Es una bebida de mabuyero que da cólico —contestó Wan Stiller.

—Tengo hombres astutos —los elogió el Corsario.

De pronto se oyó un disparo.

Los filibusteros se distribuyeron en puestos de observación, intentando averiguar desde dónde se había disparado, pero el enemigo no se mostraba.

—¿Ven a alguien? —preguntó el Corsario.

—Ni siquiera un mosquito, señor.

—No creo que se atrevan a atacarnos de día. Pienso que esperarán la noche.

—Entonces voy a preparar el almuerzo —anunció Carmaux, tomando un par de peces.

El Corsario se colocó en el puesto de vigía y los dos filibusteros encendieron fuego. Un cuarto de hora después, las rayas estaban asadas y los corsarios preparados para darles el bajo. Pero un cañonazo retumbó en el mar.

—¡Rayos! ¡Nos estropearon el almuerzo!... —gritó Carmaux, saltando.

—¡Quieren pulverizarnos! —exclamó el hamburgués.

—¿Ve españoles, comandante?

—Están a quinientos pasos.

—¡Rayos!... Se me ocurre que nosotros también podríamos bombardearlos.

—¿Has encontrado algún cañón?... ¿O te ha dado insolación?

—No, comandante. Se trata sólo de que hagamos rodar estos peñascos por las laderas.

—La idea es buena. La pondremos en práctica en el momento oportuno. Ahora cúbranse, para no recibir una esquirla en la cabeza.

Se separaron y ocultaron detrás de los últimos arbustos que rodeaban la cresta de la colina. Esperaban al enemigo para abrir fuego.

Los marineros de la carabela, por su parte, trepaban intrépidamente por dos flancos, estimulados sin duda por la promesa de una buena recompensa.

—¡Amigos! —dijo el Corsario—. Ocupémonos de los que suben a nuestras espaldas. Dejemos a los otros a la suerte del niku.

—¿Empezamos el bombardeo? —preguntó el hamburgués, haciendo rodar un peñasco de medio quintal.

—Adelante —dijo el Corsario.

Una formidable avalancha se abrió paso a través del bosque con el estruendo de un huracán, saltando, golpeando y destrozando todo. Los soldados retrocedían rápidamente entre gritos de horror y algunos disparos.

—¡Otra descarga, hamburgués! —gritó Carmaux.

—Estoy listo, amigo.

—¡Hacia el estanque! —ordenó el Corsario.

—Siempre que los de ahí no tengan cólicos.

Observaron. No se veía a nadie. Hicieron una nueva descarga general, en forma de abanico, pero tampoco obtuvieron respuesta ni escucharon grito alguno.

—¿Qué estará haciendo el enemigo? —se preguntó en voz alta el Corsario.

—¿Quiere saberlo, comandante? Veo a seis u ocho soldados que se revuelcan como locos.

—¡El niku!... Hay que. mandarles un calmante —rió el hamburgués.

—Déjenlos tranquilos —dispuso el Corsario—. Debemos economizar municiones. —Y volvió a su puesto de observación.

En la carabela se advertía un movimiento insólito: varios hombres se afanaban alrededor de un cañón. En tierra, los batallones que intentaron subir la colina no parecían haber vuelto a la playa. Entretanto, Carmaux volvía a poner en el asador los dos peces del suspendido almuerzo.

—Este asunto comienza a ponerse muy feo —dijo el Corsario, que regresaba de su puesto de observación.

—También yo temo, comandante, que esta noche intenten un ataque definitivo —dijo Carmaux.

—Es lo mismo que yo creo —replicó el Corsario.

—No podremos hacer frente a tantos hombres.

—¿Y si intentáramos romper el sitio?

—¿Y después?

—Podríamos apoderarnos de uno de los botes.

—No es una mala idea —dijo el Corsario, tras meditar algunos instantes—. Tendremos que esperar la noche. Pero debe ser antes de que la luna salga.

CAPÍTULO 10

EN PODER DEL ENEMIGO

Durante todo aquel largo día ni Wan Guld ni los marineros de la carabela dieron señales de vida. Sin duda querían obligarlos a rendirse por hambre o por sed. Al gobernador le interesaba tomar vivo al Corsario y colgarlo como ya lo había hecho con sus dos infortunados hermanos.

Pero los filibusteros se habían preparado para partir.

Hacia las once de la noche después de inspeccionar los alrededores y de asegurarse de que el enemigo se mantenía en los mismos sitios, cargaron los pocos víveres que les quedaban, juntaron sus municiones, unos treinta tiros, y abandonaron sin hacer el menor ruido la fortificación de la colina.

Se deslizaban sigilosamente, como reptiles, para no provocar sonidos ni desprender piedras, con todos los sentidos alertas, para descubrir a posibles centinelas emboscados. Al no escuchar nada, y ver que las hogueras de los campamentos continuaban encendidas, siguieron su camino siempre con mayor cuidado.

A trescientos metros, Carmaux, que iba primero, se detuvo bruscamente y se ocultó tras un tronco.

—Alguien viene. Detengámonos aquí —susurró.

Se ocultaron en los arbustos, conteniendo la respiración. Después de algunos instantes de angustiosa espera, oyeron, a poca distancia, a dos personas que hablaban en voz bajísima.

—Se acerca la hora. ¿Están todos preparados? —preguntaba una voz.

—Ya dejaron los campamentos, Diego.

—¿Y por qué las fogatas siguen encendidas?

—Hay orden de no apagarlas para hacer creer a los filibusteros que no nos hemos movido.

—¡Qué astuto es el gobernador!

—Es un guerrero, Diego.

—¿Crees que los agarraremos por sorpresa?

—Se defenderán terriblemente. El Corsario Negro solo, vale por veinte.

—Los que salgamos con vida disfrutaremos las diez mil piastras comiendo y bebiendo.

—¡Buena cantidad, a fe mía!

—¡Eh!... ¿No has oído nada, Sebastián?

—No, compañero.

—Debió ser un insecto o una víbora.

—Buena razón para alejarnos de aquí. Y allá arriba hay diez mil piastras.

Los filibusteros esperaron unos instantes por temor a que los españoles retrocedieran.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. Empiezo a creer que la suerte nos protege.

Seguros de no hallar otro obstáculo, los tres filibusteros bajaron hacia la playa, en un intento de llegar a la orilla meridional del islote para estar lejos de la carabela.

Ante ellos, en el extremo de un pequeño promontorio, vieron una chalupa cuya tripulación dormía confiada junto a una fogata que se extinguía.

—¿Matamos a los marineros? —preguntó Carmaux.

—No vale la pena —repuso el Corsario—. No creo que nos molesten. Embarquemos sin pérdida de tiempo.

Les fue fácil poner en el agua la embarcación, dentro de la cual se ubicaron y cogieron los remos. Se alejaron sesenta pasos, y ya los alentaba la esperanza de huir, cuando se escucharon tiros en la cresta de la colina y estridentes gritos. Al ruido de las descargas se despertaron los dos marineros de la playa, quienes al ver su bote lejos se lanzaron a las armas gritando:

—¡Deténganse!... ¿Quiénes son ustedes?

—¡Que el diablo los lleve consigo!...—gritó Carmaux, en el instante en que una bala le cortaba el remo de tres pulgadas del borde de la barca.

—¡Coge otro remo, Carmaux! —gritó el Corsario.

—¡Rayos!... —señaló Wan Stiller—. ¡Una chalupa nos persigue!

—Ocúpense de los remos. Yo la mantendré alejada a tiros.

Entretanto, desde lo alto de la colina llegaba el estruendo del tiroteo.

El bote se distanciaba velozmente de la isla, proa a la desembocadura del Catatumbo, situada a unas cinco o seis millas. Podían escapar de la persecución si lograban pasar desapercibidos para la carabela. Desgraciadamente, la alarma había cundido por la costa septentrional de la isla. No habían logrado recorrer mil metros, cuando otros dos botes, uno de ellos bastante grande y armado con una culebrina de desembarco, empezaron a darles caza.

—¡Estamos perdidos! —exclamó involuntariamente el Corsario—. ¡Amigos, debemos prepararnos para vender cara la vida!

—¡Por mil truenos!... —gritó Carmaux—. ¿Será posible que tan pronto nos vayamos al otro mundo?

El bote mayor avanzaba a gran velocidad. A trescientos pasos de los filibusteros, una voz gritó:

—¡Ríndanse o los hundo!

—¡Los hombres de mar mueren, pero no se rinden! —contestó el Corsario.

—¡El gobernador les perdona la vida!

—¡Ahí tienen respuesta!

El Corsario apuntó y tiró; uno de los remeros cayó muerto. Un grito de furor salió de los tres botes.

—¡Fuego! —ordenó una voz.

La culebrina disparó con gran estrépito. Un instante después, la chalupa corsaria hacía agua a raudales. Los filibusteros se lanzaron al agua.

—¡Agarren la espada con los dientes y prepárense para el abordaje! —aulló el Corsario— ¡Moriremos sobre la chalupa!

A los españoles les habría sido muy fácil pegarles un tiro sobre el agua, pero estaban interesados en apresarlos con vida.

Con pocas remadas llegaron hasta ellos y los golpearon con la proa de la chalupa. Antes de que se recobraran del golpe, veinte brazos los subieron a bordo, los desarmaron y los ataron.

Cuando el Corsario Negro se dio cuenta de lo ocurrido estaba atado, al igual que sus dos compañeros. Un hombre vestido elegantemente con un traje de caballero castellano se hallaba a su lado.

—¡Usted..., Conde!... —exclamó sorprendido el Corsario.

—Yo, caballero —respondió el castellano sonriendo.

—Jamás hubiera creído que el Conde de Lerma olvidara tan pronto que le salvé la vida en Maracaibo.

—¿Qué le hace pensar, señor de Ventimiglia, que yo no recuerde el día en que tuve la suerte de conocerle? —dijo el Conde, en voz baja.

—El que me haya tomado prisionero y me lleve para entregarme al duque flamenco.

—¿Y qué?

—¿Ignora el tremendo odio que hay entre el duque y yo? ¿Que él ahorcó a mis dos hermanos?

—¡Bah!

—No quiere creerlo, Conde.

—Quiero que sepa que esta carabela me pertenece, que los marineros sólo obedecen mis órdenes.

—Wan Guld gobierna Maracaibo. Todos los españoles le deben obediencia.

—Gibraltar y Maracaibo están lejos, caballero. Yo le mostraré luego cómo el Conde de Lerma burlará al flamenco. Y ahora, silencio.

La chalupa, seguida de los otros dos botes, se detenía junto a la carabela. Obedeciendo al Conde, los marineros transbordaron a los tres filibusteros.

Desde el alcázar de popa descendió rápidamente un hombre de aspecto imponente, larga barba blanca, anchos hombros y excepcional contextura física a pesar de sus sesenta años. Como los viejos dogos venecianos, vestía una espléndida coraza de acero cincelado, llevaba una larga espada y, en la cintura, un puñal con mango de oro. El resto del traje era español.

Miró en silencio al Corsario. Luego, con voz lenta y mesurada, dijo:

—Caballero, la suerte está de mi parte. Juré ahorcarle y mantendré la palabra.

—Los traidores tienen suerte en esta vida. Veremos en la otra —contestó el Corsario, con supremo desprecio.

—Usted ha perdido la partida y pagará —dijo el viejo, fríamente.

—¿Qué espera? ¡Hágame ahorcar!

—Hubiera preferido hacerlo en Maracaibo. Pero haré que goce del espectáculo el pueblo de Gibraltar.

—¡Miserable!...

—No le odio tanto como cree, pero es un testimonio peligroso de lo sucedido en Flandes. Si yo no le matase, tarde o temprano lo haría usted conmigo. Sólo me defiendo de un enemigo que no me ha dejado en paz.

—Entonces, hágame matar. La muerte no me asusta.

—Caballero, es usted un valiente y estoy seguro de que no me creerá si le digo que estoy cansado de la tremenda lucha que ha emprendido contra mí. Si yo le dejara en libertad, ¿qué haría?

—Recomenzaría la lucha con mayor encarnizamiento para vengar a mis hermanos.

—Me obliga, entonces, a colgarle, tal como colgué al Corsario Rojo y al Corsario Verde.

—Y como asesinó en Flandes a mi hermano mayor.

—¡Cállese!... —gritó el duque, con voz angustiada—. ¿Por qué reavivar el pasado? Déjelo que duerma para siempre

—Suprima al último señor de Ventimiglia. Pero le advierto que con ello la lucha no terminará. Otro de los míos, un hombre valeroso y audaz, recogerá mi juramento —sentenció el Corsario.

—¿Quién será ése? —preguntó el duque, temeroso.

—El Olonés.

—También le colgaré.

—Pedro navega hacia Gibraltar. Dentro de unos pocos días caerá usted en sus manos.

—Que venga el Olonés y le daré su merecido.

Dirigiéndose luego hacia los marineros, les dijo:

—Conduzcan a los prisioneros a la bodega y vigílenlos atentamente. Ustedes se han ganado el premio que prometí; lo recibirán en Gibraltar.

En seguida volvió la espalda al Corsario y se dirigió a popa. El Conde de Lerma le esperaba en la escalera.

—Señor duque —le preguntó—, ¿está usted resuelto a ahorcar al Corsario?

—Sí —respondió el viejo sin vacilar—. Es un corsario, un enemigo de España que ha encabezado una expedición contra Maracaibo.

—Es un caballero valiente, señor duque. Es lamentable que muera un hombre como él.

—Es un enemigo, señor Conde.

—Aun así, yo no le mataría.

—¿Porqué?

—No olvide que se dice que la hija de usted ha sido capturada por los filibusteros de las Tortugas.

—Es cierto —reconoció el duque, suspirando—. Pero la captura de la nave en que ella viajaba no ha sido confirmada.

—Pero si la confirmasen, podría canjearla por el Corsario Negro.

—No, señor —contestó resuelto el viejo—. Con una buena suma siempre podré rescatar a mi hija. Y eso, si es reconocida, cosa que dudo, pues se tomaron todas las precauciones para que navegase de incógnito. Ya es hora de que esta larga lucha termine. Señor Conde, ponga proa a Gibraltar.

El Conde de Lerma se inclinó sin contestar y se dirigió a proa.

Pero sólo a las cuatro de la tarde el barco estuvo en condiciones de zarpar. La impaciencia roía al duque. El Conde le advirtió que no era posible navegar a gran velocidad porque los innumerables bancos de arena lo impedían. Solo a las siete de la tarde, hora en que el viento aumentó, el velero comenzó a moverse algo más rápido.

El Conde de Lerma, tras cenar con el duque, fue a tomar el timón y mantuvo una larga conversación con el piloto. Parecía darle amplias instrucciones relacionadas con las maniobras nocturnas para evitar los bajíos de Catatumbo, frente a Santa Rosa, localidad pequeña a pocas horas de Gibraltar.

La misteriosa conversación duró hasta las diez de la noche. Después pareció que el Conde se retiraba a descansar, pero, al amparo de la oscuridad, bajó sin ser visto por la tripulación hasta la bodega.

—Y ahora —murmuró—, el Conde de Lerma pagará su deuda; después que pase lo que sea.

Encendió una linterna sorda que llevaba en la manga de su bota y alumbró a los que dormían.

—¿Usted, Conde? —dijo el Corsario—. ¿Viene a hacerme compañía?

—A algo mejor, caballero —replicó el castellano—. Vengo a cumplir mi promesa. Hoy no soy yo el que está en peligro, sino usted. Me corresponde devolverle un favor, que sin duda apreciará.

—Explíquese mejor, Conde.

—Vengo a salvarle, señor.

—¿Salvarme?... —exclamó el Corsario, estupefacto—. ¿Y qué pasará con el duque? Le hará a usted prisionero y le hará. ahorcar. ¿Ha pensado en ello, Conde?... Wan Guld no bromea.

—El flamenco es fiero y astuto, caballero. Lo sé. Pero no se atreverá a inculparme. La carabela es mía y la tripulación me es fiel. Sé que hago mal en liberarle en el momento en que Gibraltar va a ser atacada por el Olonés. Pero soy un caballero y cumplo mis promesas. Si más tarde el destino hace que nos encontremos en Gibraltar, usted cumplirá su deber de corsario, yo el mío de español y nos batiremos como dos enemigos encarnizados.

—Como dos enemigos encarnizados no, Conde.

—Como dos caballeros, entonces, que militan bajo distintas banderas —dijo con nobleza el castellano.

—De acuerdo, Conde.

—Huya, caballero. Aquí tiene un hacha para que corte los travesaños del ojo de buey, y un par de puñales para que se defienda de las fieras, cuando esté en tierra. Una chalupa va a remolque de la carabela. Corte su soga y reme hacia la costa. Ni el piloto ni yo veremos nada. Adiós, caballero. Espero hallarle ante las murallas de Gibraltar y que crucemos nuestros aceros,

El Conde cortó entonces las ligaduras del Corsario, le entregó las armas, le estrechó la mano y desapareció escaleras arriba.

El Corsario se quedó perplejo un instante, sorprendido por la magnanimidad del castellano, luego despertó a los filibusteros.

—¡Truenos! ¿Qué ha pasado, señor?

—¿No me diga que esto se debe al gobernador? —ironizó Carmaux

—Síganme en silencio —ordenó el Corsario.

Quitó a golpes de hacha dos travesaños del ojo de buey, dejando espacio suficiente para que pasara un hombre.

—No se dejen sorprender —susurró a los filibusteros—. Si les interesa la vida, sean prudentes.

Sigilosamente, uno a uno fueron dejándose caer al agua. Nadaron hasta la chalupa atada a la popa por un gran cable. Cuando iban a tomar los remos, la cuerda cayó al mar, cortada por una mano amiga.

El Corsario levantó la vista y vio en el alcázar de popa un bulto humano que lo saludaba.

—¡Que Dios lo proteja de la cólera de Wan Guld! —dijo el Corsario, reconociendo al castellano.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. Todavía no sé si estoy despierto o dormido. ¿Qué pasó, capitán? ¿Quién le ayudó a huir de ese viejo antropófago?

—El Conde de Lerma —repuso el Corsario.

—¡Qué gran caballero! Si le encontramos en Gibraltar, no vamos a tocarlo, ¿verdad, Wan Stiller?

—Lo trataremos como a un hermano de la costa —respondió el hamburgués.

El Corsario, que miraba ensimismado hacia el horizonte, se incorporó de pronto ansioso:

—Amigos —preguntó con cierta emoción—, ¿qué ven allá, a lo lejos?

Ambos filibusteros se levantaron para mirar en la dirección indicada. Unos puntos luminosos, como estrellitas, brillaban en el horizonte. Un hombre de tierra firme podría confundirlos con astros, pero no un hombre de mar.

—¡Fanales, comandante! ¡Fanales! —exclamó Carmaux—. ¡No me cabe duda de que es el Olonés!

—A la playa, ¡rápido! —ordenó el Corsario—. Encenderemos fuego para que vengan a rescatarnos.

Ambos filibusteros reanudaron sus remadas con gran energía, acercando la chalupa a la costa, que se divisaba a tres o cuatro millas de distancia.

CAPÍTULO 11

EL OLONÉS PROVIDENCIAL

El Olonés quedó sorprendido al encontrar al Corsario Negro, a quien creía en la selva o entre los juncales, y, más aún, al escuchar sus aventuras.

—Mi pobre amigo —dijo—, no tienes suerte con ese maldito viejo. Pero te juro por las arenas de Olón que ahora lo capturaremos en Gibraltar.

—Pedro, dudo que lo encontremos allí —respondió el Corsario—. Él ya sabe que caeremos sobre la ciudad.

—¿Pero no iba hacia allá en la carabela del Conde?

—Sí, Pedro, pero es muy astuto. Puede haber cambiado de rumbo para no dejarse sitiar tras las murallas de la ciudad. La suerte lo protege.

—La suerte se cansará de hacerlo, caballero. Si no lo encontramos en Gibraltar, lo buscaremos en Puerto Cabello. Te he prometido ayuda y jamás faltaré a mi palabra.

—Gracias, sé que cuento contigo. ¿Dónde está *El Rayo?*

—A la salida del Golfo, junto a las dos naves de Harris. No dejarán que nos molesten los barcos españoles.

—Estoy a tus órdenes, Pedro.

—¡Sabía que contaba con tu brazo valeroso! Esta noche llega el Vasco y mañana temprano atacaremos. Gibraltar será un hueso duro de roer, pero triunfaremos, amigo mío. Ahora vamos a cenar y a descansar a bordo de mi barco. Se ve que lo necesitas.

Aquel día no fue perdido. Los incansables bucaneros se dedicaron a explorar las inmediaciones de la ciudadela española, con el objetivo de estudiar detalladamente cómo atacarla por sorpresa.

Las informaciones que trajeron no eran alentadoras. Todos los caminos estaban interrumpidos con trincheras fortificadas, la campiña de los alrededores inundada, y

había cercos erizados de espinos. El comandante de Gibraltar, además, era uno de los jefes más valientes con que contaba España en América. Había hecho jurar a sus soldados que se harían matar hasta el último hombre antes que rendir su estandarte.

Cierta angustia empezó a apoderarse del corazón de los corsarios. Pero el Olonés, informado de todo, no se dejaba deprimir. Esa tarde reunió a los jefes.

—Es imprescindible, hombres del mar —los arengó—, que luchemos mañana con bravura. Fabulosos tesoros nos esperan en la ciudad. En el combate, observen a sus jefes y sigan su ejemplo.

A medianoche llegó el Vasco con cuatrocientos hombres. De inmediato se levantaron los campamentos y se formaron las escuadras. El pequeño ejército, encabezado por sus tres jefes, emprendió la marcha cruzando la selva.

Carmaux y Wan Stiller, bien comidos y dormidos, iban detrás del Corsario Negro. Ardían de impaciencia por estar en la primera línea de combate y ayudar a la captura de Wan Guld.

En el bosque se les unió el africano.

—Compadre carboncillo, ¿de dónde sales?

—Hace diez horas que los busco. Supe que el gobernador los tomó prisioneros.

—Es cierto, compadre. Huimos de sus garras gracias a la ayuda del Conde de Lerma.

—¿El. castellano que apresamos en casa del notario de Maracaibo?

—Sí, compadre. ¿Y el catalán? ¿Y los heridos?

—Los heridos murieron; el catalán ya debe estar en Gibraltar. La ciudad opondrá una dura resistencia.

—Sí; temo que muchos de los nuestros no podrán comer esta noche.

Los primeros tiros que se escucharon desde las avanzadas, les advirtieron que estaban a la vista de la ciudad. El Olonés, el Vasco y el Corsario Negro corrieron al encuentro de los exploradores. Pero no se trataba de un contraataque sino que de un tiroteo de reconocimiento. Sin embargo, ya no era posible ocultarse y el Olonés ordenó acampar en espera de que amaneciera.

Las defensas enemigas parecían inexpugnables. Sobre una colina se veían dos poderosas fortificaciones almenadas, en las que ondeaba el estandarte español.

—¡Por las arenas de Olón! —frunció el ceño el filibustero. Nos será muy difícil apoderarnos de esos dos fuertes sin escalas ni artillería.

—Sobre todo con el camino cortado. Hay empalizadas y baterías en él. Tendremos que atacar bajo el fuego de los cañones.

—Sí. Y tender puentes improvisados sobre ese pantano. Por la llanura no podremos pasar, porque está inundada.

—¡El comandante conoce bien todas las alternativas de la guerra! —dijo el Corsario Negro, pensativo.

—Así lo veo.

—¿Qué piensas hacer, Pedro?

—Probar suerte, caballero. No podemos retroceder ante nuestros hombres. Jamás volverían a confiar en nosotros.

—Es cierto, Pedro. Se vendría al suelo nuestra fama de corsarios audaces e invencibles. Además, en ese fuerte está mi mortal enemigo.

—Actuemos —dijo el Olonés—. Dejo en tus manos y en las del Vasco a la mayoría de los filibusteros. Utilicen el pantano para llegar hasta la colina. Yo daré la vuelta, y protegido por la arboleda intentaré llegar al pie de las murallas del primer fuerte.

—¿Y qué harás sin escalas, Pedro?

—Tengo un plan. Si dentro de tres horas Gibraltar no ha caído, dejaré de ser el Olonés. Y ahora, abracémonos. Quizás no volvamos a vernos.

Ambos corsarios se abrazaron afectuosamente. Los primeros rayos del sol asomaban, por lo que bajaban rápidamente de la ladera desde la cual observaban las posiciones enemigas.

Su decisión de iniciar la lucha sin demora, animó a la mayoría de sus hombres, que tenían una fe ciega en sus jefes.

—¡Valor, hombres de mar! —gritó el Olonés—. Detrás de estos muros se ocultan fortunas mayores que las que encontraron en Maracaibo. Demostremos a nuestros enemigos que continuamos siendo invencibles.

La columna que dirigían el Corsario Negro y el Vasco a través del pantano estaba integrada por trescientos ochenta hombres armados con espada corta y pistolas con sólo treinta cargas para cada una. No llevaban fusiles, porque es un arma inútil para atacar un fuerte y muy incómoda en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero eran trescientos ochenta demonios seguros de su triunfo.

Entraron sin vacilar al pantano, colocando sobre éste troncos y ramas para fabricarse un camino. El fuego español empezaba a hacer estragos. Los filibusteros caían al fango, se hundían y no podían recibir la ayuda de sus compañeros ni responder el fuego enemigo.

El Corsario Negro y el Vasco mantenían su sangre fría; alentaban con el ejemplo, animaban a los heridos y recorrían las filas ayudando a los que cargaban los troncos.

Los filibusteros empezaban a dudar de que pudieran salir adelante con lo que se habían propuesto, que lo consideraban una verdadera locura. Pero no perdían el valor y seguían luchando. La metralla había herido de muerte a más de doce hombres y una

veintena de heridos se debatía entre los troncos y las ramas. Sin embargo, todos seguían avanzando, hasta que finalmente llegaron a tierra firme. Nadie podía ya resistir a esos hombres sedientos de venganza.

Los filibusteros irrumpieron en el terraplén del reducto. Los primeros cayeron bajo la metralla, pero los que venían detrás alcanzaron las baterías y masacraron a los cañoneros sobre sus piezas.

Un hurra gigantesco anunció a las bandas del Olonés que el primero y más difícil de los obstáculos había sido vencido. Pero la alegría no iba a durar mucho rato. El Corsario Negro y el Vasco descubrieron en medio de un bosque la presencia de otra fortaleza.

—¿Qué hacemos? —preguntó el Vasco.

—No debemos retroceder.

—Hemos sufrido tremendas bajas y nuestros hombres están aniquilados.

—Mandemos a algunos hombres a reconocer el bosque —dijo el Corsario—. Ojalá tengamos suerte, Miguel.

Mientras la avanzada se alejaba sin pérdida de tiempo, el Corsario Negro y el Vasco hacían transportar los heridos al otro lado del pantano, previendo una posible retirada.

Muy pronto volvieron los exploradores y las noticias no eran buenas. Los españoles habían abandonado el bosque, pero en la llanura habían emplazado una batería con muchas bocas de fuego. No había noticias del Olonés.

—¡Adelante, hombres de mar! —ordenó el Corsario, empuñando su espada—. ¡Si hemos acallado la primera batería, no daremos la espalda a la segunda!

Los hombres no se hicieron repetir la orden y avanzaron resueltos a sorprender al enemigo. Pero al llegar a la llanura se detuvieron indecisos. La batería era imponente y el lugar, una verdadera fortaleza defendida por fosos, empalizadas y murallas a pique.

—Ya no podemos retroceder, Miguel. El Olonés debe estar llegando a la meta. Diría que hemos tenido miedo.

—Si tuviéramos un cañón.

—Los de la batería tomada están fijos. ¡Adelante!

El Corsario, sin mirar si lo seguían o no, se lanzó a la llanura blandiendo la espada. Los filibusteros dudaron, pero al ver que el Vasco, Carmaux, Wan Stiller y el africano lo seguían, corrieron tras ellos dando feroces gritos.

Los españoles los dejaron acercarse a mil pasos, y entonces dispararon. El efecto fue desastroso: barrieron la primera fila, mientras las otras retrocedían desordenadamente hasta el bosque.

El Corsario no había retrocedido. Reunió a su alrededor a diez o doce hombres, entre los que se encontraban Carmaux, Wan Stiller y el africano, y con ellos logró sobrepasar la línea de fuego y llegar al pie de la colina. En ese momento retumbaron los cañones de los dos fuertes de Gibraltar.

—¡Amigos míos!... —gritó—. El Olonés se prepara para entrar en la ciudad. ¡Adelante, mis valientes!

Aunque estaban deshechos, empezaron la ascensión de la colina, abriéndose paso fatigosamente entre zarzales y malezas. En lo alto, el cañón disparaba sin pausa y sus proyectiles destrozaban árboles seculares, que caían con estruendo.

El Corsario Negro y sus hombres corrían al encuentro del Olonés antes de que comenzara el asalto contra los dos fuertes. Descubrieron un sendero entre los árboles, y en menos de media hora llegaron a la cumbre. Allí se encontraron con la retaguardia del Olonés. El Corsario fue llevado hasta la vanguardia, donde se encontraba aquél con sus ayudantes.

—¡Por las arenas de Olón! Tu refuerzo llega en el mejor momento.

—Un refuerzo bastante pobre, Pedro —repuso el Corsario—. Te traigo sólo doce hombres.

—¿Doce? ¿Y los otros? —exclamó el filibustero, poniéndose pálido.

—Se vieron obligados a retroceder hasta el pantano, después de sufrir grandes pérdidas.

—¡Mil rayos¡...¡Contaba con ellos!

—Quizás hayan vuelto a intentar el ataque de la segunda batería.

—No importa. Comenzaremos el ataque al fuerte más importante.

—¿Cómo treparemos? No tienes escalas, Pedro.

—Simularemos una fuga precipitada. Mis hombres están avisados.

Los filibusteros lanzaron su característico grito de guerra y las bandas, hasta entonces ocultas, se lanzaron sobre la explanada. Los españoles del fuerte, que era el más cercano y el mejor pertrechado, al verlos aparecer arrasaron la explanada con la metralla, pero ya era demasiado tarde. Muchos corsarios cayeron, pero quienes los seguían llegaron a los muros de las torres. Fue entonces cuando se oyó la voz de trueno del Olonés.

—¡Hombres de mar!... ¡En retirada!

Los corsarios, que sabían que era imposible subir a las murallas, pues no tenían escaleras y los españoles presentaban una dura resistencia, huyeron en desorden a refugiarse en el bosque cercano.

Los defensores del fuerte creyeron que era el momento de exterminarlos fácilmente. Dejaron los cañones, bajaron los puentes levadizos, y salieron imprudentemente a aniquilarlos por la espalda. Era justamente lo que había esperado el Olonés. Los corsarios se dieron vuelta y cargaron con furia contra el enemigo.

Los españoles no esperaban un cambio de frente. Retrocedieron sorprendidos y en desorden. Ambos se empeñaron en una sangrienta batalla. Corsarios y españoles luchaban con igual valor a estocadas y tiros; los pocos que aún permanecían en el fuerte ametrallaban, hiriendo y matando a amigos y enemigos.

Fue la llegada de Miguel, el Vasco, la que decidió el combate y permitió a las fuerzas corsarias entrar en el fuerte. Pero los españoles estaban dispuestos a morir antes que rendir su estandarte. El Corsario acababa de librarse de un capitán de arcabuceros, que expiraba a sus pies, cuando oyó una voz:

—¡Cuidado, caballero, que voy a matarle!

—¡Usted, Conde!

—¡Defiéndase, señor; la amistad ya no existe entre nosotros. Usted combate por la filibustería, yo me bato por la bandera de Castilla.

—¡Conde, se lo ruego!... No me obligue a cruzar mi espada con la suya. Yo le debo la vida.

—Estamos mano a mano. Mientras quede un español vivo, nuestra bandera no será arriada —dijo el Conde y se lanzó con violencia contra el Corsario.

—¡Por favor, señor Conde!... —gritó el Corsario, retrocediendo unos pasos—. ¡No me obligue a matarle!

—¡A nosotros, señor de Ventimiglia! —exclamó el Conde, sonriendo.

Mientras alrededor de ambos la lucha se desarrollaba con creciente furia, los dos hombres comenzaron su duelo, dispuestos a morir o a matar.

El Conde atacaba con energía, redoblando sus estocadas y cubriendo al Corsario con rápidos golpes que éste paraba. Además de la espada, ambos usaban el puñal para parar los golpes.

El Corsario, que por motivo alguno quería matar al noble castellano, con una estocada en diagonal, y luego con semicírculo, hizo saltar la espada del Conde. Pero éste, velozmente, arrebató la espada al capitán de arcabuceros agonizante y se lanzó nuevamente contra su adversario. Entretanto, un soldado español acudió en su ayuda.

El Corsario no tuvo alternativa. Con una estocada mortal derribó al soldado y se lanzó a fondo contra el Conde, que no esperaba tal arremetida. La espada le atravesó el pecho y le salió por la espalda.

—¡Conde! —exclamó el Corsario, sujetándole con sus brazos—. ¡Qué triste victoria! ¡Usted la ha querido!

—Era... el destino... caballero... —murmuró el Conde, tratando de esbozar una sonrisa.

—¡Carmaux!... ¡Wan Stiller!... ¡A mí! —gritó el Corsario.

—Me... muero... adiós... amigo... no... —alcanzó apenas a decir el Conde.

Un golpe de sangre le cortó la frase y cerró los ojos.

El Corsario, más emocionado de lo que hubiera creído, depositó suavemente el cadáver del noble en el suelo, le besó la frente aún tibia y, recogiendo la espada ensangrentada, se lanzó a la lucha con voz destrozada:

—¡A mí, hombres del mar!

La sangrienta batalla duró una hora. Casi todos los defensores cayeron rodeando la bandera de su lejana patria. Ninguno aceptó rendirse.

La terrible lucha, que había empezado por la mañana, concluyó a las dos de la tarde. En el campo de batalla quedaban cuatrocientos españoles y ciento veinte filibusteros.

CAPÍTULO 12

LA CAÍDA DE GIBRALTAR

Ahora la ciudad estaba indefensa. Los filibusteros, como un río humano, se abalanzaron sobre ella ávidos, dispuestos a impedir que la población huyera a los bosques. Entretanto, el Corsario Negro, Wan Stiller, Carmaux y el africano buscaban entre los cadáveres del fuerte el de Wan Guld, el odiado gobernador de Maracaibo.

Por todas partes se veían horribles escenas. Cuerpos despedazados, heridos gemebundos, charcos de sangre que despedían un acre olor, agonizantes que pedían agua.

—¡Por mil tiburones! —exclamó Carmaux, deteniéndose ante un montón de cadáveres—. Yo conozco esa voz.

—Yo también —dijo Wan Stiller.

—Parece la de mi compatriota Darlas.

—¡Agua, caballeros!... ¡Agua!... —se oía suplicar entre unos cadáveres.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡Es la voz del catalán!

Removieron de prisa los cadáveres y apareció una cabeza ensangrentada, y luego un cuerpo flaquísimo lleno de sangre y vísceras.

—¡Caray! —exclamó el catalán—. No esperaba tener tanta suerte.

—¡Catalán de mi alma! —gritaba Carmaux.

—¿Dónde estás herido? —preguntó el Corsario, ayudándole a incorporarse.

—En un hombro y en la cabeza. Pero mis heridas no son graves, señor. ¡Denme de beber, se lo suplico!

—Toma, compadre —Carmaux le pasó un frasco de aguardiente.

El catalán, agobiado por la fiebre, bebió con avidez. Después se dirigió al Corsario Negro:

—Estaba buscando al gobernador de Maracaibo, ¿verdad, señor?

—Sí, ¿lo has visto?

—Ha perdido la oportunidad de colgarlo. Y yo de cobrarle mis veinticinco azotes: ¡el canalla no puso los pies aquí!

—Pero, ¿adónde ha ido?

—A Puerto Cabello, donde tiene familia y bienes.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Segurísimo, señor. Escapó de la persecución de las naves de ustedes haciéndose llevar a la costa oriental del lago, donde embarcaría en un velero español.

—¡Maldición y muerte! —aulló el Corsario—. ¡Puede irse al infierno, que allí lo iré a buscar! Llegaré a Honduras. ¡Lo juro por Dios!

—Yo le acompañaré, señor —dijo el catalán—, si no es molestia.

—Vendrás, ya que ambos le odiamos. ¿Crees que es posible seguirlo?

—A estas horas debe estar llegando a Nicaragua.

—Volveré a La Tortuga y desde allí organizaré una expedición sin rival, en el Golfo de México. Debo ver al Olonés.

El Corsario abandonó el fuerte y bajó a la ciudad. Ésta ofrecía un espectáculo tan desolador como el del interior del fuerte. Todas las casas habían sido saqueadas. De todos lados surgían gritos masculinos, llantos de mujeres, sollozos de niños, blasfemias y disparos. Grupos de ciudadanos huían por las calles tratando de salvar algunos objetos de valor. A cada rato estallaban sangrientas luchas entre saqueadores y saqueados. Los filibusteros no se detenían ante nada, con tal de obtener oro.

Dejando atrás algunas casas incendiadas, el Corsario llegó a la plaza central. El Olonés pesaba el oro que sus hombres seguían acumulando y que traían de diversas partes.

—¡Por las arenas de Olón! —exclamó el filibustero al verlo—. ¡Creí que ya habías partido a Gibraltar para ir a colgar a Wan Guld!

—A estas horas Wan Guld está navegando hacia las costas de Nicaragua.

—¿Se te ha vuelto a escapar...? Ese individuo es el diablo mismo. ¿Qué piensas hacer?

—Vuelvo a La Tortuga para preparar una expedición.

—¿Sin mí?... ¡No, caballero!...

—¿Vendrás?

—Te lo prometo. Iremos juntos a sacar de su cueva a ese viejo bribón.

—Gracias, Pedro. Sabía que contaba contigo.

Después de tres días, los filibusteros pusieron fin al saqueo y abandonaron la ciudad rumbo a Maracaibo. Llevaban doscientos prisioneros, por los que pensaban obtener cuantiosos rescates, y gran cantidad de víveres, mercadería y oro por valor de doscientas mil piastras.

El Corsario Negro y sus compañeros embarcaron en el navío del Olonés. *El Rayo* había quedado en la entrada del Golfo, para impedir una sorpresa de la flota española.

Carmaux y Wan Stiller transportaban al catalán, cuyas heridas estaban cicatrizando.

Exactamente como los filibusteros creían, los habitantes de Maracaibo habían vuelto a la ciudad pensando que los ladrones del mar no la visitarían por segunda vez. Imposibilitados para oponer resistencia, se vieron obligados de hacer un nuevo pago de treinta mil piastras bajo la amenaza de que les incendiarían la ciudad entera. Pero no contentos con esta extorsión, los filibusteros aprovecharon su segunda visita para saquear las iglesias, llevándose los objetos de arte y de valor. Todo ello serviría, se excusaron, para construir una capilla en La Tortuga.

Aquella misma tarde, la escuadra corsaria abandonó definitivamente Maracaibo y puso proa hacia la salida del golfo. El tiempo presagiaba tormenta y tenían apuro por alejarse de tan peligrosas costas.

A las ocho de la noche, el mar estaba embravecido, los relámpagos iluminaban el horizonte y el mar se había puesto fosforescente. Pronto la escuadra avistó el barco del Corsario Negro, frente a la punta Espada.

Un cohete lanzado desde la nave del Olonés indicó a *El Rayo* que abarloara, pues el Corsario Negro y sus acompañantes iban a abordarlo.

Morgan obedeció la señal. En cuatro bordadas la rápida nave del Corsario llegó junto a la chalupa que se acercaba y embarcó a su comandante.

Apenas estuvo sobre el puente, un inmenso grito lo acogió:

—¡Viva nuestro comandante!

—El Corsario, seguido de Carmaux y Wan Stiller, que transportaban al catalán, cruzaron por entre una doble fila de marineros y se dirigieron al encuentro de una blanca silueta que acababa de aparecer por la escalera de los camarotes.

—¡Usted, Honorata! —saludó el Corsario, alegre.

—Yo, caballero —repuso la joven flamenca yendo a su encuentro—. ¡Qué felicidad volver a verle!

En ese mismo momento, un relámpago enceguecedor iluminó la oscuridad del mar y el rostro de la duquesa.

—¡La hija de Wan Guld aquí!... —exclamó, asombrado, el catalán—. ¡Dios mío!

El Corsario, que iba al encuentro de la joven, se detuvo y, volviendo sobre sus pasos con ojos desorbitados, gritó al catalán:

—¿Qué has dicho?... ¡Habla... o te mato!

El catalán no contestó. Miraba asombrado a la joven flamenca que retrocedía paso a paso, trastabillando, como si hubiera recibido una puñalada en el pecho.

En el puente, los ciento veinte tripulantes no respiraban, concentrados en la joven, que seguía retrocediendo, y en el puño del Corsario, que amenazaba al catalán.

Todos presentían que iba a desatarse una tragedia.

—¡Habla! —repitió el Corsario—. ¡Habla!

—Es... es la hija de Wan Guld.

—¿La conocías? ¡Jura que es ella!

—Juro...

De los labios del Corsario escapó un rugido. Se dobló sobre sí mismo, como golpeado por una maza, pero se enderezó con un movimiento de tigre.

Sus palabras resonaron roncas en medio de la noche:

—Cuando surqué estas aguas con el cadáver de mi hermano, el Corsario Rojo, hice un juramento. ¡Maldita sea esa noche fatal que matará a la mujer que adoro!...

— ¡ Comandante! —dijo Morgan, acercándose.

—¡Silencio! —aulló el Corsario, con la voz quebrada—. ¡Aquí mandan mis hermanos!

Un estremecimiento de supersticioso terror recorrió a los tripulantes. El mar centelleaba igual que en la noche del juramento y les parecía que en cualquier instante verían surgir los cuerpos de los dos corsarios sepultados en el abismo. La joven flamenca seguía retrocediendo con las manos sobre la cabeza, sosteniendo los cabellos que el viento despeinaba. El Corsario le seguía, paso a paso, con los ojos chispeantes. Ninguno de los dos hablaba, y el resto de los filibusteros les miraban, también mudos.

La duquesa llegó hasta el borde de la escalera, por la que bajó sin darse vuelta. Ya en el salón, se detuvo, flaqueó y se dejó caer desesperadamente en una silla. El Corsario cerró la puerta tras de sí.

—¡Desventurada! —gritó, con la voz rota por el llanto.

—¡Sí!... —murmuró la joven en un susurro—. ¡Infeliz de mí!

Y sus sollozos ahogados quebraron el silencio de la cámara.

—¡Maldito sea mi juramento! —sollozó el Corsario, desesperado—. ¡Usted!... ¡La hija del hombre al que juré odio eterno!... ¡Usted!... ¡La hija del traidor que asesinó a mis hermanos!... ¡Dios mío!... ¡Es espantoso!

Se interrumpió, antes de seguir con lágrimas de ira:

—¡Lo juré!... Juré acabar con la familia de mi mortal enemigo. Se lo dije a usted. ¿Lo recuerda? El mar y mis hombres fueron testigos de mi fatal juramento, que ahora costará la vida a la única mujer que he amado, que amo... ¡Porque usted,... señora... morirá!...

Al oír la amenaza, la joven se levantó.

—Está bien —dijo—. ¡Acabe con mi vida! El destino ha querido que mi padre sea un traidor y un asesino... Ponga fin a mi vida... con sus propias manos. Moriré feliz en manos del hombre al que amo inmensamente.

—¿Yo? —exclamó el Corsario, horrorizado—. ¿Yo?... ¡No!... No la mataré... ¡Mire!

El mar centelleaba, como si bajo el oleaje corriera azufre líquido, mientras el horizonte se llenaba de relámpagos.

—Mire —continuó el Corsario, aún más exaltado—. El mar refulge igual que la noche en que dejé caer en su seno los cadáveres de mis hermanos, víctimas del padre de usted. Allí están... mirando mi nave... Sus ojos me suplican... me piden venganza... Han vuelto a la superficie para exigir que cumpla mi juramento... ¡Sí, hermanos! Les vengaré... ¡aunque yo ame a esta mujer!... ¡Velen por ella... socórranla, porque la amo! ¡La amé!...

Un sollozo le quebró la voz. Se inclinó hacia la ventana y se quedó mirando el bullir de las olas. Tal vez le parecía, en su desesperación, ver los cuerpos del Corsario Rojo y del Corsario Verde.

Al cabo de unos minutos, se volvió hacia la joven, que estaba como paralizada. En su rostro no había ningún gesto de dolor; volvía a ser el hombre del odio implacable.

—Prepárese para morir, señora —dijo con voz lúgubre—. Ruegue a Dios que mis hermanos la amparen. La espero en el puente.

Cruzó el saloncito de la cámara y subió al puente de mando. Los tripulantes continuaban inmóviles.

—Señor —ordenó el Corsario a Morgan—. Haga preparar una chalupa y que la bajen al mar.

El segundo preguntó:

—¿Qué va a hacer, comandante?

—¡Mantener mi juramento!... La hija del traidor bajará a esa chalupa.

—¡Señor!...

—¡Silencio! ¡Mis hermanos me miran! ¡Obedezca! ¡En este barco manda el Corsario Negro!...

Nadie había dado un paso para obedecer su orden. Aquella tripulación tan brava y veloz en el combate, estaba clavada a las tablas del navío por un terror insuperable.

—¡Obedezcan, hombres de mar!... —gritó el Corsario, amenazante.

El contramaestre se adelantó y llamando a algunos hombres, ordenó arriar una canoa en la que hizo poner víveres. Había comprendido qué pensaba hacer el Corsario con la desdichada hija de Wan Guld.

Concluía la maniobra cuando se vio llegar a cubierta a la joven flamenca. Se cubría con el mismo vestido blanco y sus cabellos rubios le caían sobre la espalda. La joven atravesó la toldilla de la nave sin decir una palabra, erguida, resuelta, sin un traspiés. Cuando llegó junto a la escala se volvió, miró largamente al enemigo de su padre, inmóvil en el puente de mando, con los brazos cruzados sobre el pecho, y le hizo una seña de despedida con la mano. Luego bajó livianamente la escala y saltó a la chalupa.

El contramaestre soltó la cuerda. El Corsario no hizo gesto alguno de contraorden. Un grito escapó entonces de las gargantas de todos los tripulantes:

—¡Sálvela!...

El Corsario continuó inmóvil.

La chalupa se alejaba. De su proa emergía la blanca silueta de la joven, con los brazos tendidos hacia *El Rayo* y los ojos fijos en el Corsario.

La tripulación no hablaba. Sabía que cualquier intento de ablandar al vengador sería inútil. La chalupa se distanciaba cada vez más. Ya sólo era un bulto negro entre la olas, al que la fosforescencia y los relámpagos hacían centellear. De pronto se la veía sobre las olas, para desaparecer luego y volver a aparecer, como si un ser misterioso la protegiera.

Incluso centelleó por última vez durante unos pocos minutos; luego desapareció en el oscuro horizonte.

Los filibusteros, horrorizados, volvieron sus miradas hacia el puente de mando. El Corsario Negro se había encogido sobre sí mismo, y se dejaba caer sobre un montón de cuerdas con el rostro entre las manos. A pesar de los silbidos del viento y del estruendo del mar, se oían sus ocultos sollozos.

Acercándose a Wan Stiller, Carmaux le indicó el puente de mando:

—¡El Corsario Negro llora! —dijo con lágrimas en sus ojos.

VOCABULARIO

Agave : Planta de la cual se elaboran el *pulque* y el *mezcal*

Al pairo : Acción de *pairar*.

Alabarda : Arma ofensiva, que consta de una asta de madera y una cuchilla trasversal en la punta.

Alabardero : Soldado armado de *alabarda*

Amura : Parte de los costados del buque donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.

Arcada : Serie de arcos en una construcción.

Barlovento : Parte desde donde viene el viento.

Barra : Pandilla, grupo de amigos.

Bauprés : Palo grueso colocado en la proa de los barcos.

Boneta : Paño que se añade a algunas velas para aumentar su superficie.

Bordada : Camino que hace entre *viradas* una embarcación para avanzar.

Bosnelía : Planta centroamericana

Bucaneros : *Piratas* que durante los siglos XVII y XVIII saqueaban las posesiones españolas de ultramar.

Capón : Pollo que se castra y se ceba para comerlo. / Su plural es: *capones.*

Corsario : Navegante autorizado por su país para combatir y saquear barcos de un país enemigo.

Cucuyo : Insecto coleóptero de América tropical, que, de noche, despide una luz azulada. También *Cucuy* o *Cocuyo*

Cumarú : Árbol gigantesco cuyo fruto es una almendra grande de la cual se puede sacar un perfume o una bebida embriagadora.

Damasquinada : (*Hoja damasquinada*) Puñal de acero con adornos de metales finos.

Desjarretazo: Derivado del verbo *Desjarretar,* que significa cortar las pìernas, con arma afilada, más arriba de la pantorrilla. En este caso se aplica a dar el mismo golpe para cortar a la altura de las costillas.

Festones : Guirnaldas de flores, frutas y hojas.

Filibusteros : *Piratas* que infestaron el mar de las Antillas durante el siglo XVII.

Fuste : Conjunto del tallo y de las hojas de una planta.

Gemebundo : Que gime profundamente

Gibraltar : Ciudadela fundada por los españoles en Venezuela

Jabeque : Herida en el rostro hecha con arma blanca.

Lamantino : Especie de cetáceo

Mampostería : Obra hecha con materiales superpuestos a mano: ladrillos, piedras u otros.

Mandioca : Arbusto tropical de cuya raíz se extrae harina; llamado también *yuca*, *guacamote* o *tapioca.*

Manigua : En las Antillas, terreno pantanoso cubierto de maleza tropical.

Miasma : Emanación perniciosa que se desprende de materias corruptas o aguas estancadas

Olón : Pequeña ciudad al oeste de Francia, junto al Atlántico.

Olonés : Gentilicio de *Olón.*

Pairar : Estar quieta la nave

Pasifloras : Pasionarias, planta originaria del Brasil que se cultiva en los jardines.

Pífano : Flautín de tono muy agudo, usado en las bandas militares.

Pirata : Ladrón de los mares, sin autorización alguna.

Pita : Planta con hojas carnosas. En México llamada *maguey*, de la cual se obtiene un agua miel que por fermentación produce el *pulqu*e, y de éste por destilación se obtiene el *mezcal*.

Randa : Encajes o adornos.

Sarape : Especie de frasada de lana o colcha de algodón, de colores vivos, que, con abertura en el centro para la cabeza, se usa como capa para combatir el frío.

Simaruba : Árbol corpulento cuya corteza se usa para hacer infusiones que combaten la fiebre.

Sotavento : Costado de la nave opuesto al *barlovento*.

Suplementarias : Que sirven para suplir o complementar algo, en este caso, las velas,

Tenca : Pez de agua dulce, de carne blanca y sabrosa, pero llena de espinas.

Viradas : Acción y efecto de *virar*.

Virar : Cambiar el rumbo del buque.

Yacaré : Caimán

Yesca : Materia muy seca y fácil de encender.

Zopilote : Ave rapaz diurna. Sinónimo: *Aura*; en ciertas partes llamada *galinazo* o *gallinazo*.